

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS
1852



SANCHEZ
SERMONES
VARIOS



BX1756

S2

V. 8

C. 1

135786

2



José Angel Benavides.



1080046324

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

C#2-6#43

232



SERMONES VARIOS.

• TOMO VIII.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

38173

SERMONES

VARIOS

DE CUARESMA.

SU AUTOR

*El P. Fr. Sebastian Sanchez Sobrino,
lector dos veces jubilado y del número,
doctor en teología, calificador del santo
oficio &c., morador en el convento de
S. Antonio Abad de Granada.*

TOMO VIII.



Con las licencias necesarias.

Madrid: Por la Viuda de Barco Lopez.

Año de 1820.

38103

B X 1756

52

SERMONES

VARIOS



BIBLIOTECA PÚBLICA
DE NUEVO LEÓN

135786

AL EXCMO.

É ILLMO. SEÑOR.

D. FR. JOAQUIN COMPANY
 POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA
 SEDE APOSTÓLICA, ARZOBISPO DE VA-
 LENCIA, DEL CONSEJO DE S. M., CABA-
 LLERO GRAN CRUZ DE LA REAL Y DIS-
 TINGUIDA ÓRDEN DE CÁRLOS III., MI-
 NISTRO GENERAL DE TODA LA ÓRDEN
 DE N. S. P. S. FRANCISCO, REFOR-
 MADOR Y VISITADOR APOSTÓLICO
 &c. &c.

EXCMO. SEÑOR:

Cualquiera otro que tuvie-
 se el honor de presentar esta
 obra á V. E. aprovecharia
 una ocasion tan oportuna para
 elogiar las buenas calidades que

le adornan, y hacen admirar como uno de los prelados mas beneméritos de la Iglesia de España. Uno alabaria en V. E. el zelo y vigilancia pastoral con que trabaja de continuo por el bien de la religion, á mayor gloria de Dios y salud de las almas: otro elogia-ria la piedad sincera con que edifica su rebaño: éste la prudencia ilustrada con que dirige sus negocios mas árduos: aquel la natural bondad y afabilidad de V. E., que le hacen tan amable á todos: éste sus entrañas de misericordia para con los pobres: aquel su amor

al comun, y su liberalidad para el fomento de la patria: todos su integridad y singular amor á lo justo.

Pero yo, que conozco bien á fondo cuán repugnante es al carácter moderado de V. E. se publiquen sus dotes, aunque ingénuos, prescindo por ahora de ellos por no mortificar su modestia. Ni trato en esta ocasion de otra cosa que de manifestar mi gratitud. Bien conozco que por mi falta de capacidad no hallará V. E. en esta obra piezas de elocuencia, ni aquella belleza de expresion que tal vez se desea en sermo-

nes impresos. Pero me lisonjeo que todos ellos respiran las verdades mas importantes del evangelio y á Jesucristo crucificado, método ajustado al de S. Pablo; al modo de pensar de N. P. Seráfico y de V. E.

Reciba pues V. E. baxo su alta proteccion esta pequeña obra, digna de su nombre, si no por la perfeccion con que va trabajada, á lo menos por el fin á que se dirige, que es el honor de Dios y bien de las almas.

EXCMO. SEÑOR,

M. Fr. Sebastian Sanchez
Sobrino.

SERMON
PARA EL MIÉRCOLES
DE CENIZA.

Pulvis es, et in pulverem reverteris.

Gen. III.

Polvo eres, y en polvo te has de convertir.

¡MORTALES!

Estas fulminantes y terribles palabras con que intimó el Señor la sentencia de muerte contra Adan pecador y toda su criminal descendencia, son las mismas de que usan hoy los ministros de la Iglesia al ro-

nes impresos. Pero me lisonjeo que todos ellos respiran las verdades mas importantes del evangelio y á Jesucristo crucificado, método ajustado al de S. Pablo; al modo de pensar de N. P. Seráfico y de V. E.

Reciba pues V. E. baxo su alta proteccion esta pequeña obra, digna de su nombre, si no por la perfeccion con que va trabajada, á lo menos por el fin á que se dirige, que es el honor de Dios y bien de las almas.

EXCMO. SEÑOR,

M. Fr. Sebastian Sanchez
Sobrino.

SERMON
PARA EL MIÉRCOLES
DE CENIZA.

Pulvis es, et in pulverem reverteris.

Gen. III.

Polvo eres, y en polvo te has de convertir.

¡MORTALES!

Estas fulminantes y terribles palabras con que intimó el Señor la sentencia de muerte contra Adan pecador y toda su criminal descendencia, son las mismas de que usan hoy los ministros de la Iglesia al ro-

ciar las cenizas sobre nuestras cabezas. ¡Pero con qué fin tan diverso! Dios, dice S. Juan Crisóstomo, ha usado y mandado usar de estas palabras y ceremonia muchas veces; mas no siempre con el designio de intimar al hombre el terror de sus juicios, sino á veces tambien con el fin de que se disponga á recibir sus adorables misericordias. En efecto, el mismo Señor de magestad, que mandó á Moysés llenase sus manos de ceniza, y la rociase á presencia de Faraon, como para signo de su castigo y azote de su dura obstinacion, fue el que inspiró á Josué, Judith, Ester, Mardoqueo y Jeremías, para omitir á otros muchos, el pensamiento de cubrirse de ceniza, á fin de desarmar su justa ira, y obtener sus piedades por medio de la penitencia. Por manera, que unas palabras tan terribles en su origen contra un pecador obstinado, son dulces, y llenas de consuelo para

el penitente; porque si respecto de aquel son el fallo de su reprobacion, en orden á éste son un poderoso estímulo de su conversion y justificacion.

En efecto, las palabras con que se executa esta augusta ceremonia, atendido el espíritu de la religion que profesamos, nos traen á la memoria lo que fuimos, lo que somos, y lo que serémos. En lo que fuimos y somos, nos humillan hasta el polvo de la tierra, de que fuimos formados; y en lo que serémos, nos incitan á penitencia, por medio de la cual podemos únicamente obtener las divinas promesas, que releven la miseria de nuestro origen, y nos hagan miembros vivos de Jesucristo. Este es el fin de la Iglesia en esta solemne ceremonia: y conformándome yo con los sentimientos de esta piadosa madre, juzgo propósito haceros ver en un breve discurso, que estas cenizas nos inti-

4. SERMONES

mán en primer lugar la necesidad de la penitencia, y en segundo el espíritu de la penitencia: dos reflexiones sencillas, dignas de esta cátedra, y útiles para vuestra enseñanza.

Vos, ¡ó mi Dios! poderoso en obras y en palabras santas, dignaos purificar los labios de este vaso inundo, para que no profane vuestro divino testamento. Encended mis expresiones á beneficio de un pueblo ansioso de vuestra doctrina. Animad en mi corazón y en el de mis oyentes aquella ardiente llama que vino vuestro Unigénito á encender sobre la tierra. Esta gracia os pedimos por los méritos é intercesion de su augusta Madre y nuestra María santísima. Saludémosla á este fin humildemente con el ángel. *Ave María.*

2 VARIOS

5

Pulvis es &c.

Nada es, señores, mas obvio en las divinas escrituras, en la tradición y en los padres, que la necesidad de la penitencia para salvarse despues del pecado. Como Dios es la pureza y la santidad esencialmente, nada manchado puede admitir en su reino. Es necesaria pues la expiacion de la culpa, lo cual no puede verificarse sino por uno de dos medios, ó por la inocencia adquirida por la gracia del bautismo ó la de la penitencia. Por manera, que abandonada la primera, es necesario ó que el hombre renuncie de su salud eterna, ó que la busque en la penitencia. Esta es una verdad fundamental de la moral de Jesucristo, anunciada en su evangelio: *no puede entrar en el reino*

de Dios, dice por S. Juan, *sino el que fuere reengendrado del agua y el Espíritu Santo*; esto es, en el sacro bautismo; y por S. Lucas declara expresamente, que: *perecerán de un mismo modo todos los que no hiciereu penitencia*. La razon de esto es, porque baxo el imperio de un Dios justo no puede el delito quedar sin castigo. En fuerza de lo qual es indispensable, ó que el pecador se lo imponga, ó que la mano del Señor lo execute; y como por otra parte: *todo hombre es mendáz, y el que dice que no tiene pecado, se engaña á sí mismo, y salta á la verdad*, como S. Juan se explica; se sigue por una consecuencia legitima, que la penitencia es absolutamente necesaria á todos los adultos.

¿Qué venerable y no interrumpida série de predicadores de esta virtud no nos presenta la historia de la religion en todos los siglos

para confirmacion de esta verdad! Noé fue el primero que exhortó á los hombres á penitencia, al ver que *toda la carne habia corrompido sus caminos*. Moysés manda al perjuro que haga penitencia de su pecado. ¿Qué cosa mas frecuente en Jeremías, Ezequiel, Joel, Oseas, Jonas y Zacarías, que clamar en nombre de Dios á los pueblos: *convertidos á mí: haced penitencia: abandonad vuestras sendas impías: rasgad vuestros corazones, y no vuestros vestidos*? Ni fue distinto el clamor del precursor del Mesías en el desierto de Judea: *haced penitencia*, decia á las turbas, *porque se ha acercado el reino de los cielos*. ¿Pero qué digo? ¿No fueron estas mismas palabras con las que Jesucristo empezó la carrera de su predicacion? ¿No pasaron de su boca á la de sus apóstoles? ¿Qué otra cosa responde S. Pedro acerca de tres mil personas que habia conver-

tido en un sermón, deseando saber lo que harían, sino: *haced penitencia, y bautizaos, para remision de vuestros pecados, y recibir al Espíritu Santo?* ¿No fue este en substancia el lenguaje de S. Pablo y los demás apóstoles, al anunciar la palabra de Dios sobre la tierra? ¿No fue universalmente adoptado por los concilios y los padres de la Iglesia, depositarios fieles de la tradición? Consultad á Tertuliano, Orígenes, S. Cipriano, S. Ambrosio, á los Gerónimos, Agustinos y Bernardos.

Yo bien sé que Novato, á quien S. Cipriano llama *enemigo de la misericordia*, los Novacianos, los Cátaros, denominados *inmundísimos* por S. Gerónimo, no sintieron bien de la penitencia. Ni se me oculta, que los hereges de los últimos siglos la miran como injuriosa á la cruz del Salvador y á su copiosa redención. Como si Jesucristo por su cruz nos hubiese adquirido un derecho

de vivir impunemente una vida mole; ó como si su pasión hubiese sido una dispensa de nuestra penitencia.

Escuchad, pueblos separados del seno de la Iglesia católica, para explicarme con palabras de un célebre controversista. Si la satisfacción de Jesucristo evacua nuestra penitencia; si el precio infinito de sus méritos hace inútiles los nuestros; si la expiación que hizo con su sangre de todos los pecados del mundo nos dispensa enteramente de la penitencia por nuestros delitos; si es injurioso á su cruz mortificar nuestras pasiones, sujetar nuestros apetitos, castigar el rebelion de nuestra carne; ¿qué significa aquella expresion del Salvador á sus discípulos: *si alguno quiere venir detrás de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz, y sígame?* ¿Qué significa esta senda estrecha y casi desierta, que conduce á la vida eterna; y qué este camino ancho, que dirige tan-

tos á la perdicion? ¿Qué quiso decir S. Pedro por aquellas palabras: *Jesucristo padeciendo por nosotros, nos dexó un bello exemplo para que siguiésemos sus pasos?* ¿Qué pretende S. Pablo cuando dice: *sufframos con Cristo, para ser con él glorificados? por lo que á mí hace, castigo mi cuerpo, y lo reduzco á servidumbre, no sea que despues de haber predicado á otros penitencia, venga yo mismo á ser réprobo.* ¿Qué pretende en fin este Apóstol de las gentes, por aquellas palabras tan claras y terminantes: *cumplo lo que falta de mi parte á la pasion de Jesucristo?*

Es pues, señores, inegable que todo pecador está obligado á unir sus satisfacciones y mortificaciones á la pasion del Salvador, contribuyendo por su parte á la expiacion de sus propios crímenes. Despues de haber gustado el cáliz de Babilonia en la culpa, es indispensable, ó pe-

recer, ó beber del cáliz de Jesucristo. El Señor tiene en sus manos el vaso que contiene la bebida de afliccion y de penitencia: lo mueve de una á otra parte, lo mezcla, lo tempera segun su beneplácito. Todos los verdaderos penitentes han bebido de él sin agotarlo, y beberán aún los que se siguen. Es verdad que Jesucristo bebió por ellos olas de tribulacion y de amargura; mas quedan aún heces en el fondo del cáliz, como dice el Real profeta, destinadas para los pecadores de la tierra: *calix in manu Domini vini meri plenus misto: et inclinavit ex hoc in hoc: verumtamen fœx ejus non est exinanita: bibent omnes peccatores terræ.* Infelices de ellos, si animados del espíritu de penitencia, no desarman la justa cólera de Dios, que fulmina en sus escrituras las mas terribles amenazas contra los negligentes y obstinados. Todos los profetas levantan el grito

contra los pecadores que no se pongan á cubierto de la ira del Señor por medio de la penitencia. *Tomad la disciplina*, dice Dios por David, *no sea que irritado, os prive de la senda de los justos*: por Jonás amenaza de próxima destruccion á una ciudad corrompida, si no hace pronta penitencia. *No la difieras de dia en dia*, dice al pecador por el Eclesiástico, *porque mi ira vendrá sobre ti repentinamente, y te destruiré en el tiempo de la venganza*. ¿ Pero qué digo? ¿ El mismo Jesucristo no anuncia á los pecadores impenitentes, que perecerán todos sin excepcion alguna?

¡ Ah, señores! Arrojad por un momento la vista sobre los libros santos, depósito de las verdades y juicios del Eterno, y vereis con estremecimiento, cuántas veces, aun en vida, han tenido efecto estas amenazas, y cuántas han atraido las venganzas de Dios sobre la tierra.

Aqui vereis un diluvio universal, que cubre la faz del mundo, y que á excepcion de ocho almas que se salvaron en el arca, envuelve á todo el género humano entre furiosas olas. Allí vereis un fuego voracísimo, que reduce á pavesas las infames ciudades de Pentápolis. Aqui las mas terribles plagas que destruyen al Egipto, y un ángel exterminador que quita la vida á todos los primogénitos. Allí la dispersion y esclavitud de las diez tribus de Israel. Aqui la horrible mortandad de este pueblo, de resultas de haber adorado al becerro de oro. Allí el fuego abrasador que absorbió vivos á los levítas ambiciosos, que murmuraban contra Moisés, y el que consumió á los perseguidores del profeta Elías. Finalmente, la hambre, la peste, la esclavitud, y demas infelicidades que experimentó el pueblo de Israel, ¿ no fueron otros tantos castigos de su impenitencia?

La consideracion de esta verdad ha servido de estímulo á los penitentes de todas las edades; y el deseo de satisfacer por su parte á la divina justicia les ha hecho emprender una vida austera y mortificada. Los judios de Betulia temerosos de Holofernes, que se acerca á destruirlos, se cubren de un saco y de ceniza para desarmar la justa ira de Dios, que merecian sus pecados. Los habitantes de Nínive, amenazados de su próxima ruina por un profeta, siguen el mismo exemplo, y añaden un riguroso ayuno, en señal de penitencia. Nadie ignora la dureza con que se trataron á sí mismos, un Moysés despues de su criminal desconfianza en el desierto; un David despues de su adulterio y homicidio; Ezequías estando próximo á la muerte; Manasés afligido entre cadenas; Acab temeroso de las amenazas de Elías, y el pueblo de los judios sobre los rios de Babilonia.

Pero no limitemos nuestra oracion á los penitentes del antiguo testamento. Acerquémonos al nuevo. ¿Quién puede ignorar, dice un sabio, la vida austera y penitente del Precursor del Mesías, aunque santificado en el vientre de su madre? ¿Á quién se ocultan el ayuno y los trabajos de Jesucristo, las mortificaciones de S. Pablo, las lágrimas de Pedro y de la Magdalena, las obras penitenciales de los primitivos fieles, las austeridades de una multitud de anacoretas, que poblaron los desiertos, y que por solo un pensamiento consentido emprendieron un género de vida, cuya consideracion causa horror y desmayo, como se explica S. Juan Climaco? Tantos monumentos eternos de penitencia; ¿no prueban que ella ha sido la virtud de todas las edades, y que ha sido necesaria en todos tiempos para la reconciliacion de los pecadores? Á estos en efecto ni

les queda mas recurso para satisfacer que la penitencia, como dice S. Cipriano con los demas padres de la Iglesia; y esta columna y firmamento de la verdad, dirigida siempre por el Espíritu Santo, así lo declara en el concilio de Trento. Convencidos pues de la necesidad de la penitencia, ¿qué otro medio que abrazarla os queda, para no caer en culpa en las manos de Dios vivo? Apresuraos pues á evitar su terrible juicio, juzgándoos con anticipacion á vosotros mismos, como os amonesta S. Pablo. Esto es, haced frutos dignos de penitencia, para que ella cubra la multitud de vuestros pecados, y satisfaga en el modo posible á la divina justicia. Vuestro Padre Dios ha jurado solemnemente, que: *no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y sane*, para vestirle como el padre de familias al hijo pródigo, la preciosa estola de su gracia. Mas para

esto es necesaria la verdadera penitencia. Estamos en la segunda reflexión. Seguidme atentos.

II. La verdadera penitencia puede considerarse como virtud y como sacramento. Como virtud, consiste principalmente en el acto interno del corazon, porque el acto exterior del penitente recibe toda su bondad del interior que lo impera. Como sacramento, fuera del acto interno del dolor, requiere necesariamente actos externos; es decir, la confesion del penitente, y la absolucion del sacerdote. Como virtud, es parte del sacramento, no por su naturaleza, sino por la institucion de Cristo. Como sacramento, es un todo artificial, que encierra el dolor, la confesion y la satisfaccion como materia, y la absolucion como forma. En cuanto virtud, es de derecho natural y divino, porque la misma razon natural dicta, que el pecado se debe detestar por ser in-

jurioso á Dios. En cuanto sacramento, es de derecho positivo divino; esto es, por institucion de Jesucristo. Como virtud, ha sido en todo tiempo necesaria: como sacramento, solo desde el establecimiento de la ley de gracia. Como virtud en fin, alcanza la remision segun la disposicion del penitente, *ó ex opere operantis*, como dicen los teólogos; pero como sacramento, remite la culpa *ex opere operato*, y causa gracia por su propia virtud.

Omitiendo pues por ahora la acepcion de la penitencia como sacramento, limitémonos á considerar los caractéres que debe tener como virtud, para que sea verdadera y fructuosa. La mortificacion con proporcion á la ofensa, el ódio y detestacion del pecado, el amor á Dios, y la firme resolucion de no volverle á ofender, hé aqui el espíritu de la verdadera penitencia, que debe

indispensablemente animaros para percibir los frutos dignos que os intitima el evangelio. Reflexemos.

“Fundada la Iglesia primitiva sobre este oráculo de Jesucristo: *haced frutos dignos de penitencia*, arregló, dice un sabio, las penitencias que debian ser impuestas á diferentes crímenes. De aqui el origen de esta preciosa coleccion de cánones penitenciales, que sirven como de norma á los confesores, para imponer las penas conforme á los delitos, observando todo lo posible el primitivo vigor de aquellas reglas. Lo contrario seria abolir la proporcion que la penitencia debe tener con el pecado; perjudicar á la salud de los fieles por una indulgencia criminal, y venir á ser cómplices de sus delitos, en lugar de absolverlos, como se explica el santo concilio de Trento.

Es verdad que la Iglesia en el transcurso de los siglos ha mitigado

el rigor de estos cánones, pero sin perder jamas de vista el espíritu de la penitencia, invariable por sí mismo, independiente de tiempos y lugares, y que exige de los penitentes satisfacciones proporcionadas á las culpas. No sea la penitencia inferior al crimen, dice S. Cipriano; y el confesor lejos de imitar al médico malo, que por indulgencia se contenta con apósitos, debe al contrario aplicar el fuego y el fierro á las llagas, sin atender á los gritos del enfermo. ¿Cuál juzgas debe ser tu penitencia? decia S. Ambrosio á una pecadora. Es necesario que iguale, y que aun exceda á tus pecados; piden grandes satisfacciones los grandes crímenes, como los males grandes remedios. La verdadera penitencia hace en el pecador las funciones de la ira de Dios, segun la expresion de Tertuliano. Meditad sobre la fuerza de esta expresion, señores, y juzgaos

á vosotros mismos, para no incurrir en el juicio de Dios, que tiene preparado á los transgresores de su ley un suplicio correspondiente á sus delitos: *quantum in deliciis fuit, tantum date illi tormentum*. El Señor ademas mira con ódio infinito al pecado; ódio que iguala á su poder, ódio tan fuerte, que es adorable en sí mismo, ódio tan vivo en fin como el amor con que á sí mismo se ama. Sí, debemos pues juzgarnos con rigor, para no caer en las manos de Dios vivo, y substraernos de su juicio, segun el pensamiento de S. Pablo: es necesario emprender un género de vida, en que la mortificacion corresponda á la gravedad de nuestros crímenes. De otra suerte, nuestras satisfacciones serán insuficientes, y el Señor, que es justo por esencia, en el día de su terrible venida ordenará á los verdugos de su furor: *quantum in deliciis fuit, tantum date*

illi tormentum; dadles un suplicio correspondiente á sus pecados, como nos lo anuncia en su evangelio.

Temblad pues y estremeceos, personas mundanas, esclavos viles del deleite, de la diversion, del luxo, de la vanidad y soberbia de la vida; vosotros rodaréis un dia á los pies del trono de Dios, y entonces, entonces conoceréis con arrepentimiento inútil lo errado de vuestras sendas. Olvidados de la necesidad y espíritu de la penitencia, y pensando expiar con leves satisfacciones los mas enormes pecados de escándalo, de ruina espiritual, de abandono de Dios, y de las obligaciones esenciales del cristianismo, pasaréis vuestros dias alegres y divertidos; pero en el momento de vuestra muerte descenderéis al infierno. Yo no lo digo, señores, sino el Espíritu Santo: *ducunt in bonis dies suos, et in puncto ad inferna descendunt.* ¿Sabeis porqué? Porque

si no baceis verdadera penitencia, habeis infaliblemente de perecer todos los pecadores, segun el oráculo de Jesucristo. Estas ideas os causan horror y desmayo, yo lo conozeo; pero no puedo dexar de intimáros las de parte de Dios, para no hacer traicion al ministerio, ni envolverme en vuestra ruina. Hago pues testigos al cielo, á la tierra y á los ángeles tutelares de este santo templo, de haberos anunciado unas verdades, de las cuales depende vuestra salud eterna.

Pero aún no he dicho todo lo necesario, para que forméis juicio de la verdadera penitencia. Renovad aqui vuestra atencion. Las mas duras mortificaciones y austeridades, dice un sabio prelado, de nada os servirán, si no van acompañadas del dolor y de la compuncion: en vano pretenderéis expiar el pecado, si no concebís contra él un justo horror: en vano os lisonjearéis repa-

rar con vuestras obras penales los ultrajes cometidos contra la suprema Magestad, si no estais penetrados del dolor de haberle ultrajado: en vano os cubriréis de ceniza y de cilicios, si no detestais vuestra vida pasada: en vano mortificaréis vuestro cuerpo con ayunos, disciplinas y vigiliass, si no estais firmemente resueltos á perder mil veces la vida antes que ofender á vuestro Dios: en vano, para decirlo de una vez, juzgaréis haber desarmado la cólera del Señor, si no os habeis hecho dignos del perdon, amándolo vosotros mismos. Las obras exteriores son un fantasma inanimado, que no puede vivir sino por la virtud de la penitencia; virtud del alma, virtud verdaderamente interior, que no se limita á castigar el cuerpo; se extiende á domar la voluntad, á reprimir los apetitos, á combatir las pasiones, á penetrar vuestras almas de arrepentimiento,

y abrasarlas en el amor divino; virtud en fin, que á juicio de la Iglesia fue necesaria en todos tiempos para la remision de las culpas, y sin la cual la penitencia exterior viene á ser de ordinario una mera hipocresía.”

No os dexéis pues seducir de una penitencia puramente exterior. *Rasgad vuestros pechos*, os diré con un profeta, *y no solo vuestros vestidos*, porque *si vuestra justicia consiste en exterioridades, y no excede á la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos*, como Jesucristo se explica. ¿De qué os servirá estar por fuera como sepulcros blanqueados, si estan interiormente vuestros huesos corrompidos? ¿De qué os servirá, repito, crucificar vuestra carne, si no crucificais los vicios? ¿De qué servirán vuestras preces y fórmulas de oraciones devotas, si permanecéis sumergidos en el lodo de la ocasion

próxima, adheridos á la avaricia, entregados á la gula, negados á la restitution, al perdon de la injuria, al amor de Dios y caridad fraterna?

Oid á David, verdadero exemplar de penitentes. Este profeta Rey, sin embargo de haberle Dios ya perdonado (en fuerza de su dolor) de aquel escandaloso adulterio y homicidio, traia siempre su pecado delante de sus ojos para detestarlo; y no contento de cubrirse de un saco y de ceniza, llora continuamente su delito, ayuna con frecuencia y con tanto rigor, que le temblaban de flaqueza las rodillas; alababa al Señor siete veces al dia, y levantándose á la media noche, confesaba y daba gracias al Señor, meditando su ley santa, y magnificando su nombre. ¿Se limitaba á esto su espíritu de penitencia? ¡Ah señores! Yo le veo "alimentarse del pan de lágrimas, cuando trayendo á la memoria

su pecado, se pregunta á sí mismo diariamente, ¿dónde está tu Dios? Yo le oigo clamar: cread, Señor, en mí un corazon limpio, y renovad en mis entrañas un espíritu recto. Un alma á quien su delito ha llenado de tristeza, hé aqui el sacrificio digno de Dios: tú, ¡ó Señor! no despreciarás un corazon contrito y humillado: lávame mas y mas de mi iniquidad, y límpiame de mi culpa."

¿Son estos, os ruego, los sentimientos de vuestro corazon al acordaros de vuestras culpas, acaso mayores que las del Rey profeta? ¿Es este el espíritu que rige y anima vuestra penitencia? ¡Ah! si en el momento que aqui hablo revelára Dios vuestro interior, como lo executará en el dia de su ira, veriais con rubor y confusion la ninguna proporcion que ha tenido hasta ahora vuestra penitencia con los ultrajes que habeis hecho al Señor. Veriais la

poca parte que ha tenido en vuestras satisfacciones y exercicios penales el ódio del pecado y la de restacion de la ofensa. Veriais que vuestras mortificaciones, ayunos y vigilijs jamas han sido dirigidos por un verdadero espíritu de penitencia, sino por observar la costumbre, por aparentar piedad, por no parecer libertinos. Veriais una multitud de penitentes de solemnidad y de ceremonia, que invocando al Señor con los labios, le tienen muy lejos de su corazón, desnudos de su amor, del dolor de haberle ofendido, y de la firme resolución de no volverle á ofender. Veriais, para decirlo de una vez, que la mayor parte de los penitentes hincan una rodilla á Dios y otra á Baal; sacrifican con una mano y ofrecen incienso al Señor, y con otra al ídolo de su pasión favorita; y creyendo poder servir á dos dueños contra el oráculo de Jesucristo, ponen todo

su conato en unir la luz con las tinieblas, á Cristo con Belial, al pecado con la virtud. Asi viven en esta falsa paz, y deseansan sin temer ser destinados á un sentido réprobo.

Formad, señores, os ruego por las entrañas amorosas de nuestro Salvador, formad desde este momento una idea justa de la necesidad y espíritu de la penitencia. Ella, pecadores, es un medio necesario para vuestra salud eterna; y para obtener tanto bien es indispensable que tenga proporción con vuestros delitos, que esté animada del dolor, del ódio de la ofensa, del amor de Dios, y de un firme propósito de no ofenderle jamas, dexando con anticipación las erradas sendas de la iniquidad. Aprovechad este tiempo aceptable, no despreciéis este dia de la salud. Volved, hijos pródigos, á la casa de vuestro Padre Dios, que os espera con los brazos abiertos. No perdais esta ocasion, que será

acaso la última: llegad pues con lágrimas de compuncion, y llenos de confianza á los pies de Jesucristo crucificado por vuestra salud, y decidle con verdadero dolor: Señor mio Jesucristo &c.

ALERE FLAMMAM
CUI LIBERTATIS



SERMON
PARA EL VIERNES
DE LA QUINCAGESIMA,

sobre el perdon de las injurias.

Ego autem dico vobis, diligite inimicos vestros, benefacite his qui oderunt vos. Matth. V.

SEÑORES:

El reino de Dios padece violencia, dice Jesucristo, y solo por violencia se arrebatá. La ley del

acaso la última: llegad pues con lágrimas de compuncion, y llenos de confianza á los pies de Jesucristo crucificado por vuestra salud, y decidle con verdadero dolor: Señor mio Jesucristo &c.

ALERE FLAMMAM
CUI LIBERTATIS



SERMON
PARA EL VIERNES
DE LA QUINCUAGESIMA,

sobre el perdon de las injurias.

Ego autem dico vobis, diligite inimicos vestros, benefacite his qui oderunt vos. Matth. V.

SEÑORES:

El reino de Dios padece violencia, dice Jesucristo, y solo por violencia se arrebatá. La ley del

perdon de la injuria, que nos intima hoy el evangelio, exige de parte nuestra cierta especie de sacrificio, que solo Dios ha podido mandar, y solo un verdadero cristiano es capaz de observar. Mas como ella encierra la gran perfeccion del evangelio, como S. Agustin se explica, sin su observancia (por mas violencia que cueste), nadie puede ser salvo: hablo de la caridad, alma y nervio del cristianismo, plenitud y complemento de toda su ley, sin la cual *nada aprovecha*, como dice S. Pablo.

Siendo esto asi, como de fe lo es, ¿de donde proviene, os ruego, que veamos tan pocos exemplos del perdon de la injuria, de la caridad con el perseguidor, de ternura con el enemigo? Del espíritu de venganza, señores, yo no temo decirlo; del espíritu de venganza, esta pasion funesta, que desde el seno de nuestras madres, donde nace con

nosotros, como se explica un sabio, pasa á la cuna, para hacer alli sus primeros ensayos, y fortificada considerablemente en la juventud, suele recoger todo su veneno en la vejez, para exhalarlo en las cercanías de la muerte. ¡Pasion deplorable! que trastorna los imperios, enciende las guerras, rompe los vínculos mas sagrados, los juramentos mas solemnes, y que sin respetar los derechos inviolables de la sangre y de la amistad, arma al hermano contra su hermano, al esposo contra la esposa, al padre contra su hijo. ¡Pasion cruel é inhumana! que proyecta y aun executa los homicidios; que prepara y da el veneno; que derrama en fin la sangre de su hermano, bañándose en ella misma. ¡Pasion detestable! que el mundo á veces canoniza, y que suele hallar partidarios aun en los asilos mas sagrados, donde solo debia brillar el espíritu de caridad.

No será pues fuera de propósito combatir á tan horrible monstruo, y que tantos estragos causa en la sociedad cristiana. ¿Mas podré yo lisonjearme de apagar en el corazon de mis oyentes el voracísimo fuego de esta pasion sanguinaria? Sola vuestra gracia ¡ó mi Dios! es capaz de conseguir este triunfo: sin ella trabajaria inútilmente; pero con este escudo invencible, con el cual todo lo podemos, segun el idioma de S. Pablo, no me será difícil desterrar de vuestros ánimos el monstruo de la venganza. Para lo cual bastará ponerlos á la vista la estrecha obligacion de perdonar la injuria que os impone la caridad, y las reglas inviolables que Jesucristo nos prescribe para cumplir este precepto: dos breves reflexiones que dividen justamente la materia de este discurso, digno de esta cátedra, y apropósito para vuestra instruccion.

Benedicid, ¡ó Dios mio! benedicid estas ideas de caridad, haciéndola reinar en nuestras almas. Comunicadnos; Padre mio! algunas centellas de la que os animaba en el árbol sacrosanto de la cruz cuando orabais por los que os crucificaban. Triunfe vuestra caridad de la violenta pasion de las venganzas, tan radicada en el corazon de los mortales. Esta luz os pedimos por la poderosa intercesion de vuestra augusta Madre y nuestra María santísima. Saludémosla humildemente con el ángel. *Ave MARIA.*

Ego autem dico vobis &c.

El perdon de la injuria es una ley expresa que prescribe Jesucristo á toda la Iglesia; ley autorizada por todas las máximas de la religion; ley que no pueden eludir to-

dos los vanos pretextos del vengativo: ley en fin del cristianismo, y por consiguiente transcendental á todo el mundo. Abrid el sagrado libro de los evangelios, depósito infalible de las verdades del Eterno, y oid cómo se explica sobre la materia Jesucristo. *Amad*, nos dice, á vuestros enemigos: *yo soy el que os lo mando*. Yo que puedo disponer de vuestro corazón con mas libertad que el alfarero del barro que tiene en sus manos: yo que no necesito daros otra razón de mis leyes, que la grandeza de mi poder y la magestad de mi nombre: yo que igualmente soy dueño de vuestras inclinaciones que de vuestras personas: yo que puedo destinaros al fuego eterno del infierno, si rehusáis perdonar las injurias; yo os lo mando á todos, sin distincion de sexó, de profesión, de grado; *amad*, os digo, á vuestros enemigos.

Jamas, señores, se ha promulgado

ley mas universal, mas justa, ni mas llena de equidad. Vuestro hermano, por mas que os haya injuriado, es obra del mismo Dios, formado á su imágen y semejanza, redimido como vosotros con la preciosa sangre de Jesucristo, reengendrado con el mismo bautismo, llamado á la misma felicidad eterna, reconciliado en el mismo tribunal, ilustrado con el mismo evangelio, y nutrido con el mismo pan celestial que vosotros: carne de vuestra carne, sangre de vuestra sangre, hueso de vuestros huesos, vuestro hermano y coheredero; títulos augustos que le adornan y deben ponerle á cubierto de todo género de venganza.

Meditad, os ruego, estas ideas. ¿No son ellas otras tantas verdades evangélicas? ¿No son el resultado de la caridad de Jesucristo? ¿No son el fin y complemento del cristianismo? ¿Con qué podreis cohones-

tar ¡hombres vengativos! la infracción de una ley tan expresa, tan inviolable, y que no admite excepción? Vosotros que respetais, y con razon, la imagen del príncipe sobre la tierra, porque es ministro de Dios, por quien reina, y en cuyo nombre exerce la autoridad, ¿rehusaréis respetar en vuestro hermano la imagen del mismo Dios, que os ha formado, y de quien dependeis esencialmente? ¿No es esto aborrecer al mismo Dios en su criatura y semejanza? ¡Pecado monstruoso, exclama aqui S. Cipriano, que aun el martirio es incapaz de expiar. Por manera que sería inútil derramar nuestra sangre por sostener la fe de Jesucristo, sin obedecer el precepto de reconciliarnos con nuestros enemigos. *Quale crimen est nolle dimittere, quod martirio non potest expiari.*

Borrad pues de vuestra memoria todo motivo de resentimiento con

vuestros hermanos; atended únicamente á los sagrados vínculos que os ligan, y al augusto carácter que os une. Este hombre que os parece tan odioso, cuya vista os irrita, es tolerado por Dios en su paciencia, y prevenido en su bondad. Reflexad que os ilumina un mismo sol, y que un mismo rocío riega y fecundiza vuestras tierras. ¿Pero qué digo? ¿No es Dios el principal ofendido en vuestra injuria, el mas agraviado en vuestra afrenta, y el mas interesado en vengar sus derechos? ¿Osaréis, viles gusanos de la tierra, osaréis vengaros cuando el Señor perdona? ¿Haréis la guerra á un hombre, á quien debéis reuniros eternamente en el cielo, si unos y otros haceis de vuestros delitos una verdadera penitencia? ¿Os atreveréis á manchar vuestras manos en su sangre, que clamará contra vosotros como la de Abél desde la tierra? Seréis tan temerarios, que os

atrevais á disputar á Dios el derecho que se ha reservado de castigar por sí mismo las injurias? *Mibi vindicta, Ego retribuam.* ¿Quiénes sois para juzgar los siervos del soberano de la tierra, decia S. Pablo? ¿Y quiénes de vosotros, os preguntaré yo, hermanos míos, se atreverán á usurpar los derechos de Dios en perjuicio de vuestro próximo, á quien debeis amar como á vosotros mismos?

¡Ah! temblad y estremeceos, hombres vengativos! pues si rehusais perdonar á vuestro enemigo, la religion fulmina sobre vosotros los mas terribles anatemas. ¿Ignorais por ventura este gran principio de nuestra moral, que solo recibirá el perdón y la misericordia el que la tuviere con su hermano? No os engañeis, señores, Dios no será burlado. Su evangelio no prescribe con el tiempo. Nada, nada es capaz de preservaros del infierno, si no per-

donais al enemigo: ni podeis reconciliaros con Dios, si antes en el modo posible no os reconciliais con vuestro hermano.

¿Pero qué mucho? Cuantas veces rezais el *Padre nuestro* ¿no fulminais en esta hipótesis contra vosotros mismos la terrible sentencia de vuestra condenacion? ¿No pedís expresamente al Señor, que perdone vuestras ofensas, como vosotros perdonais las de vuestros próximos? Cuando en el santo sacrificio de la Misa osais pronunciar con el sacerdote aquellas dulces palabras: *¡Cordero de Dios! que quitais los pecados del mundo, tened misericordia de nosotros,* ¿no oís salir del fondo de nuestros tabernáculos aquella espantosa voz de muerte, *con la medida que midiéreis habéis de ser medidos: in qua mensura mensi fueritis, remetietur vobis?* ¿No os hace temblar el eco de aquella terrible sentencia, que intima *un juicio sin misericordia.*

Tom. VIII. D

sericordia á el que no ha tenido misericordia: iudicium sine misericordia illi, qui non fecit misericordiam? Mal siervo, dirá el Juez Soberano, como consta de la parábola del padre de familias, siervo ingrato y desnaturalizado, yo te perdoné primero, ¿porqué tú no has tenido misericordia de un consiervo tuyo, como yo la usé antes contigo? Sea pues entregado á los verdugos hasta que pague el último cuadrante. Asi lo hará mi Padre celestial con vosotros, dice Jesucristo, si no perdonais de corazón á vuestros hermanos: *sic et Pater meus caelestis faciet vobis, si non remissèritis unusquisque fratri suo de cordibus vestris.* ¡Terrible sentencia, repito, y de las mas funestas consecuencias! Si aborrezco á mi enemigo, Dios me aborrecerá; si le castigo, Dios me castigará; pero con esta notable diferencia, que yo no puedo vengarme de él sino de paso y por un mo-

mento, y Dios en su tribunal me puede condenar á una pena eterna en el rigor de su justicia.

¿Qué podreis oponer á estas verdades, hombres inhumanos, sin afeccion ni caridad? No ignoro vuestros frívolos pretextos. Bien sé que ponderais la dificultad del precepto, y la gravedad de la ofensa recibida. ¡Ingratos! aun cuando la ley fuese dura, ¿dexaría por eso de obligaros? ¿No sabeis que sin haceros violencia no podeis conseguir el reino de los cielos, segun el oráculo de Jesucristo? ¿Ignorais por ventura que es angosto el camino para la vida eterna, y estrecha la puerta del cielo? Convento que os cueste trabajo perdonar la injuria. ¿Mas no es un precepto absoluto de vuestro Salvador, acreditado con su mismo exemplo, y en el cual hace consistir toda su ley? Aunque este yugo sea suave y ligero para el que le ama, ¿no deberá

tener peso alguno, para hacernos conformes á la imagen de Jesucristo, sin cuya conformidad no podemos ser salvos? ¡Ah! Los mártires, nuestros padres en la fe, y nuestros jueces delante de Dios, ¿qué de agravios no tuvieron que perdonar? ¿Cuánto no se interesaban por la prosperidad de aquellos mismos emperadores y magistrados que los proscribian? ¿Cuántas veces levantaban las manos al cielo, para pedir la conversion de aquellos tiranos que tenian su mayor fruicion en perseguirlos y derramar su sangre? ¿Serán, os ruego, mas graves las injurias que os han hecho vuestros enemigos, que las que sufrieron Jesucristo, y vuestros padres en la fe? Estos pudieron conformarse á su original ayudados de la gracia; ¿porqué no podremos nosotros observar este precepto, socorridos con el mismo auxilio? ¿Seremos mas delicados, mas sensibles

que ellos á la injuria, ó ellos mas cristianos que nosotros?

¿Qué seria de mi honor, oigo decir á alguno, qué seria de mi estimacion, si no tomase venganza de mi agravio? ¡honor frívolo y vano! ¿á cuántos vengativos no tienes sepultados en el abismo? Como si el verdadero honor consistiese en la vana estimacion del mundo, y no en saber conducir el corazon en la caridad de Dios y paciencia de Jesucristo, como se explica S. Pablo. ¿Qué se diria de mí en el mundo, dice otro, si no tomase satisfaccion de semejante injuria? ¡Mundo ciego! ¡mundo insensato! ¿cuándo dexarás de hacer la guerra á Jesucristo? Va en ello vuestra estimacion, decís. ¿Mas no os merece atencion alguna la de vuestro Dios? El honor de un vil gusano de la tierra puesto en compromiso, ¿deberá ser preferido al de nuestro amabilísimo Redentor, que nos manda perdonar la injuria?

Este es el uso, osais decir, así lo quiere el mundo. Y los rayos fulminados por la Iglesia, los edictos de los príncipes que gobiernan en nombre de Dios, la espada de la muerte, las llamas del infierno que os amenazan, ¿no deberán haceros mas impresion, hombres vengativos, que los caprichos del mundo? Es verdad que éste siempre en contradicción consigo mismo, no rara vez canoniza lo que otras muchas reprueba. ¿Mas deberá servirnos alguna vez de regla para nuestra conducta el falso juicio de los mundanos contra las leyes expresas del evangelio? ¿Quién duda que por el tenor de éstas debemos ser juzgados, y que solo conseguirá la misericordia del Señor el que la hubiere exercitado con su hermano? Es pues indispensable obligacion de todo cristiano que desea salvarse, perdonar las injurias y agravios recibidos, para que Dios le perdone.

Precepto absoluto, cuyo cumplimiento no admite excepcion ni tergiversacion alguna. Y para que ninguno pueda alegar ignorancia sobre el modo de observarlo, paso á exponeros las reglas inviolables que acerca de esta materia nos prescribe el evangelio, la tradicion y los padres: segunda reflexion de este discurso, que voy á manifestaros con la posible brevedad.

II. *Amad á vuestros enemigos*, dice Jesucristo, *haced bien á los que os aborrecen, orad por los que os persiguen y calumnian*. Hé aqui en breves palabras los deberes de la caridad cristiana, y las reglas inviolables del perdon de la injuria, y perfecta reconciliacion, sin cuyo cumplimiento nadie puede ser salvo. Si estas leyes saludables os parecen difíciles de observar, yo no las he inventado; son oráculos de Jesucristo, acreditados con su mismo exemplo, y el de todos los justos

perseguidos: ni yo haré mas que intimaros sus órdenes en los términos precisos del evangelio; pues si sus palabras no bastan para extinguir en la raíz vuestros ódios; ¿qué autoridad será capaz de obrar vuestra sincera reconciliación? Ésta necesariamente exige el amor y la beneficencia ácia el enemigo. Si en perjuicio de estos deberes, si contra unas leyes tan llenas de equidad, y tan sabiamente establecidas, no os reconciliais sino en el exterior, conservando en vuestro corazon el fuego oculto del odio, y de un vivo deseo de venganza, esto solo sirve de colmar vuestra malicia, y atraer la ira de Dios sobre vuestras cabezas. ¿Seria esto otra cosa que engañar á la Iglesia, á vuestro próximo, y aun á vosotros mismos, pretendiendo engañar al Señor, que aborrece de todo corazon y condena vuestra hipocresía?

La Iglesia, bien lo sabeis, her-

manos mios, la Iglesia conducida siempre por el Espíritu Santo, os ha intimado muchas veces, que la caridad es el carácter distintivo de los cristianos; que ella nos obliga á perdonar á nuestros enemigos como nosotros deseamos ser perdonados por Dios; que en fuerza de ella no solo debemos amarlos, sino tambien hacerles bien y orar por ellos. ¡Espíritu de paz y de dulzura! ¡espíritu de mansedumbre y de misericordia! sobre el cual apoyada la Iglesia, no admite á sus sacramentos á los que rehusan perdonar al enemigo, segun el precepto de Jesucristo. Por manera, que aunque es madre tan piadosa, prohíbe á sus ministros que absuelvan de sus crímenes á los que rehusen reconciliarse con sus enemigos, y perdonarles la injuria recibida. Tal ha sido siempre la práctica de la Iglesia.

Mas como ésta no juzga del in-

terior, manifiesto solamente á Dios, á quien nada se oculta, si algun enemigo simulado, por un efecto de su hipocresía, engaña al confesor en materia de reconciliacion con su hermano, y le absuelve, la Iglesia le recibe á sus sacramentos, le admite á la participacion del cuerpo y la sangre de Jesucristo. Mas ¡ah! ¿qué infelicidad no es para el que así procede, dice un sabio, unir la hipocresía al ódio; desmentir en su corazón el perdón que han pronunciado los labios; presentarse delante del Señor con un espíritu de ódio y de venganza; recibir el cuerpo y sangre de su Redentor, devorando su juicio y su propia condenacion!

Yo no aborrezco á mi enemigo, decís: el mal que le deseo á mí me venga. ¿Os parece haber llenado con esto la ley de la caridad? Nada menos. Es necesario amarle: es necesario hacerle bien: es neces-

sario orar por él. Yo le amo, osais añadir, engañándoos á vosotros mismos. Y si le amais, ¿de dónde viene que rehuseis su compañía, saludarle, y aun encontraros con él? ¿Querriais que Dios os amase otro tanto, y que siempre estuviera lejos de vuestra presencia? Vosotros le amais; mas ¿de dónde procede que os alegréis de su adversidad? ¿De dónde el conato de exáminar de cerca su conducta, de menospreciar sus talentos, de buscar defectos hasta en sus mejores acciones? Vosotros le amais; pero es solo con los labios: le amais como Esaú á su hermano Jacob, como Saul á David, y lejos de amarle sinceramente, como la Iglesia de parte de Dios os manda, vuestra reconciliacion aparente no es menos criminal que vuestro ódio declarado; pues como dice S. Leon, la reconciliacion simulada es mucho peor y mas peligrosa que la

guerra declarada y abierta.

Yo bien sé que el mundo autoriza esta especie de reconciliaciones. ¿Qué cosa en él mas frecuente que ver familias enteras reconciliadas en apariencia con otras, mantener de por vida entre sí la emulacion, la envidia, los oficios mútuos dirigidos á destruirse? Se prestan, es verdad, se prestan reciprocamente ciertos deberes, que la política y la razon de estado les inspira; pero siempre se miran con una secreta aversion, que se encamina mas de una vez á su total ruina. Ni penséis que este es un crimen exclusivamente propio de personas las mas abandonadas al pecado. Es un vicio, dice S. Agustin, que se mantiene á veces baxo las apariencias de la virtud misma: ni falta quien despues de haber domado todas sus pasiones, ceda vergonzosamente á ésta. Testigo aquel cristiano de los tiempos apostólicos, que estando

ya para derramar su sangre por Jesucristo, rehusó reconciliarse de corazon con su enemigo, y abandonado en aquel momento de la gracia, faltándole la constancia, en lugar de morir por Dios, sacrificó á los ídolos.

¿Mas á qué fin retroceder á tan remota antigüedad? ¿No nos enseña la triste experiencia de cada dia cuán raras son en el mundo las verdaderas reconciliaciones? Aquí una persona al parecer devota, que hace frecuentes limosnas, que asiste á los ejercicios de piedad, que hace profesion de vivir separada de los espectáculos y diversiones profanas, y que recibe con frecuencia el adorable cuerpo y sangre de Jesucristo, suele ser la mas sensible á la injuria, y estar poseida de una secreta aversion contra su hermano, que roe sin cesar y devora sus entrañas. Allí un severo censor, que baxo un exterior de aparente mo-

destia y humildad, predica con vehemencia las estrechas leyes de la caridad; pero que dexa reinar en su interior la emulacion, el ódio, la maledicencia contra un rival, á quien no puede tolerar ni suplantar. ¿Y qué diriamos, señores, si una pasion tan violenta hallase partidarios en estas sociedades santas, en estos sagrados asilos destinados á la paz, á la mansedumbre, á la caridad de Jesucristo? ¡Sacerdotes de Dios altísimo! el que tenga oídos para oír, oiga. ¿Qué será de vosotros en el terrible juicio, si empeñados por vuestro ministerio y vuestros votos, y llamados á la santidad mas sublime, á la piedad mas elevada, os dexais fascinar del espíritu de envidia, de emulacion, y del deseo de dominar y suplantar á vuestros hermanos, tendiéndoles continuamente lazos para que tropiecen y caigan, á fin de levantar el edificio de vuestra fortuna

sobre la ruina de los demas? ¡Ah! *Non intres in iudicio cum servis tuis, Domine, quia non justificabitur in conspectu tuo omnis vivens.*

Por otra parte, señores, si considerásemos la idea que la infalible disciplina de Jesucristo nos da de las injurias, estariamos prontos á perdonar al enemigo, á amarle de corazon, y á hacerle bien, como nos manda el evangelio. ¿Qué idea nos da la religion de las injurias, atendida la tradicion de la Iglesia? En su origen no son otra cosa que desgracias que Dios permite para nuestro bien. Asi lo comprendió el santo rey David. Semeí, el audaz Semeí, le cubre de injurias, y le insulta gravemente, cuando sale huyendo de su corte, perseguido de su hijo Absalon. Los que le acompañan se conmueven é irritan á presencia de semejante atentado, y Abisai le pide licencia para ir á cortar la cabeza á este rebelde. ¡Mas

ah! tú no conoces, le dice el santo profeta, tú no conoces á tu rey, y mucho menos á tu Dios. Es el Señor el que permite me maldiga. Dexadle que me llene de injurias, que acaso por este medio se compadecerá Dios de mi afliccion, y alcanzaré sus bendiciones. Adoremos en silencio su santísima voluntad, y bendigamos con amor sus adorables rigores.

Así pensaba esta alma fiel; como si dixese: ¡cruz preciosa! ¡deliciosas afrentas! vosotras debéis brillar en mi interior. Yo os amo y os adoro: detesto la pasión que me inspira la venganza; ni apetecí mas que beber el cáliz de amargura saludable que se me presenta. Mi Padre Dios me lo ofrece, ¿rehusaré recibirlo? Nada menos. Aun cuando todo el universo se conjurase contra mí, no abriría mis labios para lamentarme: recibiré gustoso el cáliz del Señor, é invocaré su nombre dulce é inefable.

¿No es esta, señores, la idea que nos da la religion acerca de las injurias? Acordaos de Josef el antiguo. ¿No lo veis derramando lágrimas, cuando considera arrodillados en su presencia á los mismos que con tanta inhumanidad habian conspirado contra su vida? ¿No los hace levantar de sus pies con la mayor dulzura? ¿No los abraza tiernamente, y los colma de beneficios? No temais, les dice afectuoso; vuestros delitos ya estan olvidados: vosotros sois hermanos míos: de lo pasado solo conservo esta memoria: por este dulce nombre yo os perdono, y olvido todas las injurias que me habeis hecho.

¿Qué mas? Oid á Jesucristo, que os dice en el fondo de vuestro corazón, á favor de vuestro enemigo, lo que el apóstol S. Pablo escribía á Filemón en recomendacion de un esclavo fugitivo, cuyo retorno solicitaba. Este hombre que perseguís,

le dice, es hijo de mi dolor; yo le engendré entre cadenas.... si me miras pues como sócio tuyo, recíbelo como á mí mismo; y si en algo te agravió, yo quiero ser su caucion, ofreciendo á favor suyo el precio de mi sangre. ¿Qué hombre habrá tan cruel, tan desnaturalizado é inhumano, que no ceda á una reconvencion tan amorosa?

Entrad pues en vosotros mismos, carísimos hermanos, y reconoced de buena fe la estrecha obligacion que Jesucristo os impone de perdonar las injurias, y amar de corazon á vuestro enemigo, orando á Dios por él, y haciéndole el bien posible por el mal que os ha inferido. Estas son las leyes de la caridad, leyes características del cristianismo, leyes acreditadas con el exemplo de Jesucristo y de los mayores héroes de la religion, leyes, sin cuya observancia nadie puede ser salvo; pues todo aquel á quien falta el amor y

caridad, permanece en estado de muerte eterna, segun el evangelio. Sed pacíficos, aun con aquellos que aborrecen la paz, como lo hacía el Rey profeta. Si pretendéis el perdón de vuestras culpas y la amistad de vuestro Dios, amad de todo corazon á todos vuestros próximos, que si no podeis atraerlos á vuestra amistad por medio del sufrimiento, y de hacerles bien por la injuria que os han hecho, congregaréis de este modo carbones de fuego sobre su cabeza, como S. Pablo se explica.

Ruego al Señor, cuya palabra os he anunciado, se digne grabarla profundamente en vuestros corazon, á fin de que teniendo todos un solo corazon y un alma, como los fieles primitivos, unidos y enlazados en espíritu de caridad con todos vuestros hermanos en Jesucristo, le conozcais y améis en esta vida, para gozarle en la eterna y

60 SERMONES

feliz bienaventuranza, que os des-
seo en el nombre del Padre, y del
Hijo, y del Espiritu Santo. Amen.

DIXE.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

61



SERMON

PARA EL

DOMINGO PRIMERO

DE CUARESMA,

sobre la divina palabra.

*Non in solo pane vivit homo, sed in
omni verbo, quod procedit de ore
Dei. Matth. IV.*

SEÑORES:

Debiendo anunciaros hoy la pa-
labra de Dios, como único medio
de conservar vuestra vida espiritual,
con arreglo a la sentencia del evan-
gelio que acabais de oír, ningun



60 SERMONES

feliz bienaventuranza, que os des-
seo en el nombre del Padre, y del
Hijo, y del Espiritu Santo. Amen.

DIXE.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

61



SERMON

PARA EL

DOMINGO PRIMERO

DE CUARESMA,

sobre la divina palabra.

*Non in solo pane vivit homo, sed in
omni verbo, quod procedit de ore
Dei. Matth. IV.*

SEÑORES:

Debiendo anunciaros hoy la pa-
labra de Dios, como único medio
de conservar vuestra vida espiritual,
con arreglo a la sentencia del evan-
gelio que acabais de oír, ningun



exordio juzgo mas apropósito que el que usó S. Pablo, hablando en semejante ocasion á los fieles de Corinto: *os exhorto*, les dice, *no recibais en vano la gracia del Señor: ahora es el tiempo aceptable, y el dia de la salud.* Y adoptando yo en la hora este mismo language, os ruego por las entrañas de Jesucristo, por su terrible venida, por su reino inmortal, graveis en vuestro corazón aquella divina palabra, que con su omnipotencia nos sacó de la nada; que con su luz inaccesible disipó nuestras tinieblas; que hizo triunfar la verdad, destruyendo la idolatría y el error, y exáltando la gloria del Excelso. ¡Palabra inefable! comparada por S. Dionisio al agua, porque vivifica y fecundiza; á la leche, porque da incremento; al vino, porque recrea el ánimo; á la miel, porque purifica, conserva y dulcifica. ¡Palabra benéfica! que da vista á los ciegos, salud á los

enfermos, vida á los muertos. ¡Palabra triunfante y victoriosa! que cautiva el entendimiento en obsequio de la fe, y erige altares al verdadero Dios sobre las ruinas de los de Astarte, de Baal, de Dagon y de Moloch, elevando la cruz sobre la cabeza de los mas altos monarcas. ¡Palabra, en fin, adorable! que emanada de la boca de Dios, sirve de alimento espiritual al hombre, que será bienaventurado, si la oye y la observa, como se explica Jesucristo.

Con arreglo pues á estos irrefragables principios de nuestra religion y cristiana moral, ¿no podré yo inferir la indispensable necesidad que teneis todos de oír la palabra de Dios con aquel espíritu de veneracion, respeto y obediencia, que os haga dignos de recibir sus frutos? La materia, señores, no puede ser mas importante, ni mas análoga á vuestros verdaderos intereses.

Para tratarla pues con método, os haré ver en primer lugar: *vuestra obligacion de oír la divina palabra;* y en segundo: *el modo de oirla con fruto:* dos breves reflexiones, dignas de esta cátedra, y apropósito para vuestra enseñanza.

Ayudadme todos á pedir las luces del Espíritu Santo, rogándole se digne difundirlas sobre vuestros corazones y mis labios, á fin de que hoy se renueve su gloria en el templo de nuestras almas. Pidamos con espíritu de confianza y de compuncion esta gracia por la poderosa intercesion de María santísima. Saludémosla todos con el ángel. Ave María.

Non in solo pane vivit homo &c.

Para quedar plenamente convencidos de la estrecha obligacion de

oír la divina palabra, basta un momento de reflexion sobre nuestra propia indigencia espiritual, y la virtud omnipotente de aquella para curar nuestras dolencias, y remediar nuestras necesidades. El hombre, señores, es un admirable compuesto de alma y cuerpo; dos substancias diferentes, que no pueden permanecer largo tiempo vivas sin el competente alimento. Asi para que por falta de él no falleciese esta obra singular de las manos de Dios, se dignó el Señor por un efecto de su inefable bondad proveer con abundancia y esplendidez á todo. Á la subsistencia del cuerpo destinó las aves del cielo, los peces del mar y de los ríos, las bestias y frutos de la tierra, ya industriales, ya espontáneos: todo lo cual no solo basta á remediar al hombre en su indigencia, sino tambien á promover su regalo y su delicia; y esto con tanta universalidad y constan-

cia, que desde el principio del mundo, así como nace el sol sobre los buenos y los malos, así también provee de alimento á toda la carne, según la expresión del salmo.

Por lo que hace al alma, hecha á imagen y semejanza del Señor, quiso le sirviese de sustento su divina palabra, por medio de la cual instruidos en su ley santa, en su disciplina, en sus adorables misterios y sacramentos, pudiésemos, ayudados de su gracia, remediar en sus necesidades la vida del espíritu. Por manera, que así como el hombre en cuanto terreno, no puede subsistir largo tiempo sin alimento corporal, y pecaría gravemente siendo homicida de sí mismo, si rehusase tomarlo, no sería menos reo de suicidio espiritual el que privase á su alma del alimento que le corresponde, según los designios de Dios.

○ Hé aquí el sólido fundamento en que estriba la estrecha obligación que

teneis de oír la palabra divina. Las necesidades de nuestra alma se multiplican, señores, cada día, y solo la voz de Dios puede iluminar sus tinieblas, disipar su ignorancia y sus errores, desterrar su negligencia y su desidia, animar su fe, y confirmar su esperanza, encender en fin su caridad, y dirigir al hombre por las verdaderas sendas de la justificación.

Esta obligación pues no comprende solamente á las personas del vulgo, ni es privativa de las gentes ignorantes y timoratas; es extensiva á todos los mortales que desean salvarse, por mas elevados que se juzguen por nobleza, por grado, ó por talentos. Oid, os dice Dios, escuchad, poderosos del siglo, presuntuosos sabios, magestades subalternas, depositarios de la justicia del Señor sobre la tierra; oid la voz del Soberano de los reyes, de quien vuestro poder y autoridad dimanar;

oid su divina palabra: jamas, os dice, olvidéis los beneficios de vuestro Dios; amadle siempre con toda vuestra alma, con toda vuestra mente y potencias, y á vuestros hermanos como á vosotros mismos: convertíos á mí con todo vuestro corazón, y abandonad las sendas de la iniquidad. No hay mas que un Dios, una fe, un bautismo, una moral, cuyos preceptos comprehenden á todos sin excepcion alguna; ni se ha dado otro nombre á los mortales para ser salvos, que el de Jesucristo.

Á todos pues hablo en esta hora; á sabios é ignorantes, á plebeyos y poderosos, á súbditos y magistrados, á gentes de todas edades, sexos y condiciones: vosotros sois hijos de Dios por adopcion. ¿Ignorais por ventura que todo el que es hijo de Dios oye su voz, como se explica Jesucristo por S. Juan? Tened estas verdades, tenedlas siempre delante de vuestros ojos; en-

señadlas á vuestros hijos; grabadlas sobre las puertas de vuestras casas, como os lo manda Dios por un profeta.

¿Y á qué fin, me direis, tan exquisita diligencia para remedio de vuestras necesidades espirituales? Reconocedlas de buena fe. ¿Qué de tinieblas no obscurecen vuestro entendimiento! ¿qué de pasiones favoritas no dominan vuestro corazón! ¿qué de aversiones secretas no devoran vuestras entrañas! ¿qué de errores no teneis que disipar! ¿qué de verdades que aprender! ¿Quereis proveer á todo? Oid la palabra de Dios, que con su virtud omnipotente socorrerá vuestra indigencia.

Ella en efecto, si la oís debidamente, difundirá sus rayos sobre vuestra alma, dirigirá con seguridad vuestros pasos, os mostrará las virtudes, y os conducirá á la verdad. La palabra de Dios, dice un sabio, es como una antorcha divi-

na, que arroja de sí la luz mas viva; que descubre los mas secretos escollos; que penetra hasta los asi- los mas oscuros, en que los crí- menes se ocultan, y se reconcentran los vicios. La voz de Dios resonó con fuerza y magnificencia sobre las aguas, como se explica un profeta; y bien diferente de la del hombre, que solo puede aconsejar y excitar, ella produce lo que ordena, manda y obra juntamente, llena siempre de virtud y de eficacia. La palabra de Dios desenvuelve el caos de la na- da, y produce al universo: el cielo y la tierra son obra de su virtud omnipotente, criándolo todo para el hombre, y al hombre para Cristo.

La voz de Dios, dice David, hace temblar las naciones, y trastorna poderosamente los cedros elevados del Líbano, conmueve los desiertos de Cades, y postra á los fuertes y robustos de Moab. Poderoso eres, Señor, y nada hay que resista á vuestra voz.

La Grecia supersticiosa, la soberbia y altiva Roma, la Pérsia sensual, la India feroz, la Scitia bárbara, ¿no se reunieron baxo una misma fe al oír vuestra divina palabra, como se explica S. Gregorio? Sectas deificadas, sistemas filosóficos, Estóicos severos, Cínicos arrogantes, Epi- cúreos voluptuosos, ¿no doblasteis vuestra dura cerviz al yugo del Cru- cificado por la virtud irresistible de su divina palabra?

Ella en efecto es viva y eficaz por sí misma, como dice S. Pablo á los hebreos, y mas penetrante que una espada de dos filos; pero vos- otros (Dios me manda os lo diga), vosotros la temeís, porque no que- reis dexar vuestras pasiones. Solo ella es capaz de iluminar vuestras tinieblas, y dirigir vuestros pasos á la bienaventuranza; pero vos- otros rehusais abandonar las sendas de la iniquidad, que os conducen inevitablemente al precipicio. Ella

es la única que puede desterrar vuestra ignorancia, sujetar vuestra rebeldía, arreglar vuestros deberes, y mostraros los caminos que os conduzcan á seguro puerto; pero vosotros cerrais de propósito los oídos á sus ecos amorosos, á sus amonestaciones paternas, á sus mas terribles amenazas; y adoptando mas de una vez un language anticristiano, decís con los impíos en el libro de la Sabiduría: "venid, y gocemos de los bienes.... llenémonos de vino y de ungüentos, para no perder la flor del tiempo: coronémonos de rosas antes que se marchiten: no haya prado que no sea testigo de nuestra luxuria... dexemos por todas partes señales de nuestra alegría.... oprimamos al pobre justo, sin perdonar á la viuda ni al anciano; sea en fin nuestra fortaleza la ley de la justicia." Los que así te desprecian, ¡ó palabra de mi Dios! bien podrán pasar sus días

rodeados de bienes y regocijos; pero en su muerte *descenderán en un momento al infierno*, como el santo Job se explica.

¡Temblad pues, cristianos relajados, mortales sordos á la voz de Dios! Temed que el Señor os quite en su cólera á los ministros de su divina palabra, trasladándola á otras regiones, donde consiga mas fruto que entre vosotros. *Los días se acercan*, dice el profeta Amós, *de enviar hambre á la tierra, no hambre de pan, y sed de agua, sino hambre de oír la palabra de Dios.... de un mar á otro se conmoverán las gentes, desde el Aquilon hasta el Oriente circuirán buscando la palabra del Señor, y no la encontrarán*. Esta amenaza terrible, como se explica un sabio, ha tenido ya su cumplimiento en provincias y reinos enteros, que de jardines amenos de santidad, se han convertido en espantosas soledades por falta de obreros evangélicos.

Nosotros, hermanos míos, por la misericordia de Dios, habitamos en paz en esta tierra de Gesé, entre tanto que vemos al Egipto cubierto de tinieblas y de funestas plagas en castigo de su obstinacion. El cielo nos provee de abundante sustento con el maná de su divina palabra, en el tiempo mismo en que ni la lluvia ni el rocío descienden sobre los infelices montes de Gelboé, sepultados en las densas tinieblas del error y de la infidelidad.

¿Y de dónde, os ruego, una diferencia tan notable? ¿Por ventura del arreglo de nuestra vida, de la santidad de nuestras costumbres? ¿Ah!... preguntadlo sin indulgencia á vuestro interior. Vuestra misericordia ¡ó mi Dios! y la adorable predileccion con que siempre habeis mirado á este reino, ha contenido hasta de presente vuestra ira. ¡Mas ay de ti, nueva Corozain! ¡ay de ti, Betsaida! os diré con Jesucristo; pues si en

Tiro y en Sidon se hubieran obrado los prodigios que has experimentado tú misma, ya habrian hecho penitencia cubiertos de ceniza y de cilicios. Pero vuestra suerte en el terrible juicio será (yo, señores, me estremezco), será mucho mas dura y mas funesta que la de estas ciudades réprobas; y tú, nueva Cafarnaum, exáltada hasta las nubes, serás sumergida hasta el abismo. Vos, Señor, lo mandais así decir á los ministros de vuestra palabra; añadiendo, que el que los oye, oye á vos mismo, y el que los desprecia, á vos mismo desprecia, y al Padre que os envió al mundo.

¿Y qué es lo que pretendo inferir de tan altos principios; ó á qué fin estas terribles amenazas, que Jesucristo nos anuncia en su evangelio, y por boca de sus profetas? A fin de que conozcais sin excusa la obligacion que teneis de oír y obedecer la voz de Dios para salvaros; porque

ella es el alimento espiritual de todo fiel cristiano, que á los párvulos sirve de leche para su aumento; á los enfermos de medicina para curar sus dolencias, descubrir sus llagas mas ocultas, animar su espíritu, y fortalecer sus pasos por las sendas de la salud; y á todos los viágeros y peregrinos por este valle de lágrimas sirve de pan substancial, que les da esfuerzo como á Elías, para seguir sus marchas, y huir de los peligrosos lazos que les tienden sus enemigos y perseguidores en el desierto de esta vida.

Para afirmarnos pues en la fe y práctica de estas verdades, nos dice Jesucristo en las palabras de mi tema, que: *el hombre no vive de solo el pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios; declarando bienaventurados á los que la oyen y observan.* Mas esto pertenece ya á la segunda reflexión; en que os prometí mostrar el modo de oír la palabra de Dios

para que sea fructuosa. Seguidme atentos.

II. De poco nos servirá vivir persuadidos á que la palabra de Dios es el alimento mas análogo á la indigencia espiritual del hombre, si no queremos aprovecharnos de su virtud y su eficacia para sostener la vida del alma. Por mas fecunda que sea en sí misma esta divina semilla, como Jesucristo la llama, nada producirá si cae sobre tierras áridas é ingratas, que la impidan crecer y multiplicarse; sobre corazones duros é indóciles, que la critiquen, ó que no la observen. Para sacar pues fruto de la palabra de Dios, es necesario oírla con respeto, y obedecerla con fidelidad; porque no son los oyentes de la voz del Señor los que han de justificarse, sino los que la observen, como nos enseña S. Pablo; y el mismo Dios, queriéndonos dar una regla fixa de conservar la vida del alma, nos dice á todos en el libro de los pro-

verbios: *reciba tu corazon mis palabras, guarda mis preceptos, y vivirás.* No vincula pues al oido y á la memoria el fruto de la palabra, sino á la docilidad del corazon, y á la fiel execucion de los mandatos, que os intimamos en nombre de Jesucristo, como legados suyos, segun la expresion de S. Pablo á los corintios. El Salvador nos enseña, dice San Agustin, oigámosle, obedezcamos, y temamos. "Id, añade el Salvador á sus discípulos, predicad el evangelio á todas las criaturas, y si os conduxeren ante los reyes y príncipes, no temais, porque no sois vosotros los que hablais, sino el espíritu de vuestro Padre que está en los cielos es el que habla en vosotros: todo el que creyere con una viva fe, y fuere bautizado, será salvo; y todo el que debidamente no crea; es decir, el que no tenga fe, ó la tenga sin obras, será condenado."

Esta es, señores, la suma de nuestra moral, y el blanco á que se dirige la divina palabra; y hé aquí el origen de la veneracion y fidelidad con que debe ser recibida y executada. Ella en efecto no es menos digna que el cuerpo de Cristo, dice San Agustin, ó el autor de una homilía que se le atribuye, y por tanto, añade este padre, no es menos reo el que oye con negligencia la palabra de Dios, que el que por su descuido dexa caer en la tierra el cuerpo de Cristo: *non minus est verbum Dei, quam corpus Christi. Ideo non minus reus est, qui verbum Dei negligenter audierit, quam ille qui corpus Christi in terram negligentia sua cadere permisit.*

Con arreglo á estos principios, no es difícil inferir la causa por qué siendo la palabra de Dios tan fecunda y eficaz por sí misma, produce de ordinario tan poco fruto en los oyentes. Entre estos por lo comun,

unos son curiosos, y otros indóctiles: los primeros faltan al respeto, y los segundos á la fidelidad. Así unos y otros, ademas de no recibir fruto alguno, aumentan su iniquidad. La obligacion de mi ministerio, y el zelo que Dios me inspira, no me permiten dexar de hacer alguna reflexion sobre estas dos causas, que impiden el fruto de la divina palabra. Hijo del hombre, me dice Dios por su profeta Ezequiél, si cuando yo digo al impio, que morirá con muerte eterna, no se lo anuncias, para que abandone sus erradas sendas, él morirá en su iniquidad; mas yo requeriré su sangre de tus manos. No quiera pues el Señor que haga yo traicion á su palabra, porque ni temo la censura de los hombres, ni pretendo complacerles, como decia en otro tiempo S. Pablo.

Oid pues al profeta: *vivo yo, dice el Señor: no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta de su*

errada senda, y viva..... la justicia del justo no lo librará en el dia en que pecare; ni la impiedad del pecador le dañará en el dia en que se convierta de su crimen..... Convertíos, convertíos á mí, y abandonad vuestros pésimos caminos.

¿Y qué efecto, os ruego, causaron estas palabras entre el pueblo de Israel? El que producen de ordinario entre nuestros oyentes curiosos, y morosos críticos. Oid la disposicion de aquellos ánimos, manifestada por Dios al profeta, para que la cotejeis con la vuestra. Venid, decian, vamos á oír los discursos que nos hablan del Señor, y juzguemos por nosotros mismos de este nuevo predicador. Te hallarás rodeado de un concurso brillante y numeroso, que sentados en tu presencia, observarán un profundo silencio: oirán la voz, y no se aprovecharán de ella. Esta multitud curiosa corren á oír los sermones como

si fuesen á los espectáculos. Las gracias de tu estilo, la fuerza y energía de tus expresiones, lo persuasivo de tu elocuencia, será para algunos un agradable concierto de música, que lisonjea sus oídos por un momento; para otros un motivo de censura, si no abundan tus discursos de aquellas vivas imágenes y pinturas, que retraten con exactitud los crímenes de alguno de los circunstantes, para poder decir como Natán á David: *tú eres el modelo de este retrato: tu es ille vir*. Ellos en efecto buscan oradores, y no apóstoles, y por consiguiente no van en pos de la verdad, sino de los talentos. ¿Qué fruto sacarán de esta vana curiosidad?

¿Y qué diré de los críticos y censores de la palabra? ¿Con qué satisfacción no deciden del mérito de una pieza, como si fuese de teatro! ¿Con qué facilidad no aprueban el discurso de un predicador, y re-

prueban el de otro! Juzgar de todos, criticar á todos, censurar á muchos, sin convertirse al oír á ninguno, esto es ser oyentes ilustrados y á la moda. ¡Crímen funesto! ¡disposicion abominable! que dimana de venir á oír la palabra como si fuese del hombre, y no de Dios; ó como si fuera diversa segun la diversidad de los talentos. Aunque S. Pablo sea vehemente en sus expresiones, aunque S. Juan sea todo amor y dulzura, aunque hable Amós con tanta sencillez, Jeremías, Ezequiél y Daniél con tanta energía y elocuencia, ¿no son todos legados de Dios, y embaxadores que nos hablan en su nombre, y con el mismo espíritu?

Yo bien sé que entre los ministros de la palabra no faltan algunos que dicen mucho, y obran poco. Mas aun cuando ellos no obren todo el bien que deberian, ¿dexa por esto de ser verdadera la voz de Dios que

os proponen? ¿El crimen de ellos disminuye ó autoriza el vuestro? Cuando Jesucristo habla de los escribas y fariseos, cuya conducta censura y reprueba, ¿no manda al pueblo que practiquen exáctamente todo lo que enseñan? *Omnia quæcumque dixerint vobis, servate, et facite.* La virtud, dignidad y eficacia, así de los sacramentos, como de la palabra divina, no depende, señores, de la mayor ó menor santidad de sus ministros, sino de Jesucristo, en cuyo nombre obran y hablan. ¿Sabéis por qué la Iglesia de Tesalónica fue colmada en un momento de tantas bendiciones? porque recogió tanto fruto de la predicacion de San Pablo. Oídlo decir al mismo Apóstol: *damos gracias á Dios continuamente, porque habiéndoos anunciado la palabra de Dios, la habeis recibido, no como palabra de los hombres, sino como verdadera palabra del Señor, que obra en vosotros los que*

habeis creído. Para recibir pues sus frutos, abandonando toda vana curiosidad, todo espíritu de crítica y de censura, no solo debemos oirla con veneracion y respeto, sino obedecerla con fidelidad.

Sin este requisito, señores, nada podemos adelantar en la carrera de la salud. Jesucristo nos lo enseña expresamente, cuando habla de su divina palabra baxo la parábola de la semilla. La que cae sobre piedras ó entre espinas no fructifica, porque aquellas no la permiten echar raíz, y éstas la sufocan. Imágen fiel de aquellos cristianos, que, ó por su obstinacion no la reciben, ó por su negligencia no la observan. El hombre incrédulo, el esclavo de la avaricia, de la ambicion, de la belleza, el supersticioso, el vengativo, vienen á nuestros templos, como preparados á resistir la divina palabra. Esta clase de mundanos de corazón cierran de propósito los ojos para

no ver la luz de la resplandeciente antorcha de la voz de Dios, que es la única que puede iluminar sus tinieblas, y disipar sus errores. Los preceptos del Excelso son duros para ellos. No pueden sufrir se les hable de la humildad, del desprecio de los bienes terrenos, de la negacion de sí mismos, de la renuncia del mundo réprobo, y de las obras de tinieblas, del perdon de la injuria, de la caridad fraterna, y de la mortificacion de la carne. Solo apetecen, como los impios del tiempo de Isaias, que se les lisonjee con palabras blandas, que se les divierta con especies que les causen placer: *loquimini nobis placentia*. Pueblo mio, os diré con este profeta: *el que os adula, el que os alaba, ese os engaña, y extravía vuestros pasos*. Si os obstináis en no querer obedecer estos preceptos, hé aquí la sentencia fulminada por Dios contra vosotros: *por quanto os llamé,*

y lo rehusásteis, dice en los proverbios; *porque extendí mi mano, y no hubo quien atendiera; por haber despreciado mis consejos, y no hacer caso de mis amenazas; yo tambien en vuestra muerte me reiré, y haré burla de vosotros.... cuando os sobrevenga la calamidad repentina, y os asalte la tribulacion y la angustia. Entonces me invocarán, y no los oiré; se levantarán de mañana, y no me encontrarán, por haber mirado como odiosa mi disciplina, y no haber recibido el temor de Dios*. Tal será el fin de los que vienen á oír la divina palabra con designio premeditado de no aprovecharse de ella.

¿Y será mas copioso el fruto de los que conociendo su verdad, necesidad y eficacia, no la observan con fidelidad? ¡Ah, señores! ¿De qué sirvió al pueblo de Licaonia, dice un sabio, haber oído con atencion y respeto al Apóstol de las gentes, sin haber abrazado su doctrina,

sino de ser mas culpables á los ojos de Dios, por no haberse aprovechado de la palabra que se les anunció? ¿De qué sirvió á Felix haber formado, al oír á Pablo, el bello proyecto de abandonar el judaismo para someterse á la ley de Jesucristo, si por falta de fidelidad, renuncia de este propósito al punto que dexa de hablar el Apóstol? Temblad aqui vosotros, los que creéis haber adelantado mucho, cuando habeis sentido algun movimiento en vuestra conciencia al oír la voz de Dios, y que pensais no estar obligados á mas que á ciertos sentimientos de piedad. Aun cuando confirmeis la verdad de la palabra por la confesion de vuestra conciencia, ¿qué fruto sacaréis de este conocimiento? Estos oyentes, dice Santiago, son semejantes al que se mira á un espejo, examinando en él todas las facciones de su rostro. Éste apenas ha perdido de vista su retrato, quan-

do se olvida de todo lo que antes había considerado y visto.

Hé aqui una imágen fiel de lo que pasa de ordinario en los que al oír la divina palabra, conocen el mal estado en que se hallan, y retardan su conversion para lo sucesivo. Ellos gastan su vida en formar proyectos quiméricos, sin executar jamas con fidelidad lo que la voz de Dios les ordena; porque los esclavos de las pasiones apenas salen del templo, cuando por mas convencidos que esten de su espiritual indigencia, y del riesgo inminente de su perdicion eterna, se vuelven á engolfar en el mundo, olvidan las ideas de conversion que habian concebido á beneficio de la divina palabra, lisonjeándose de su salud, mientras Dios los reprueba.

Y si me preguntais: ¿en qué consiste oír la palabra del Señor con fidelidad? No dudo deciros, que cuando observeis con exáctitud los pre-

ceptos que os íntima con aquel espíritu de religion, de amor y de caridad que prescribe para todas las obras, entonces podreis llamaros fieles executores de la divina palabra. Oidla pues con los sentimientos de Samuel, cuando decia: *habla, Señor, que tu siervo oye*: ó con los del Apóstol, cuando arrojado del caballo por la voz de Dios, exclama: *qué quereis, Señor, que haga*. Ni debéis contentaros con la veneracion y respeto que exige su dignidad, excelencia y omnipotente eficacia para remedio de nuestra indigencia, sino que debéis executarla con la mayor fidelidad, para que produzca en vosotros los frutos de vida eterna. Y enlazando el fin con el principio, os ruego por las entrañas amorosas de Jesucristo, por su reino inmortal, no recibais en vano esta divina palabra, alimento espiritual de vuestra alma: grabadla en vuestro corazón, enseñadla á vuestros hijos,

apreciadla y obedecedla como á la voz de Dios, con docilidad, con sumision, con rendimiento; para que viviendo conformes á su divina ley, recibais en vuestra muerte las bendiciones del Señor, que vive y reina Padre, Hijo, y Espíritu Santo, Dios por todos los siglos de los siglos. Amen. DIXE.

92

SERMON

PARA EL VIERNES

DESPUES DE LA DOMINICA
primera de cuaresma.

¿Vis sanus fieri?... hominem non habeo..... surge, tolle grabatum tuum, et ambula. Joann. V.

¿Quieres sanar?... no tengo hombre... Levanta, toma tu lecho y marcha.

SEÑORES:

¿Qué confianza no deben inspirar á todos los pecadores estas palabras de Jesucristo, pronunciadas como

para manifestacion y desahogo de su infinita bondad! y que impresion al mismo tiempo no deben ellas causar en el ánimo de todo fiel cristiano que desee con sinceridad su eterna salvacion! Este amabilísimo Redentor y médico omnipotente, que no vino sobre la tierra á curar sanos, sino enfermos, ni á llamar á los justos, sino á los pecadores, habla así á un paralítico, que padecía esta deplorable enfermedad por el largo espacio de treinta y ocho años, por no haber tenido quien le entrase en la piscina antes que baxára el ángel á mover sus aguas. Viendo el Salvador la imposibilidad en que yacía este enfermo de valerse á sí mismo, movido de compasion, le dice: ¿quieres sanar? y á pesar de su alegato de carecer de hombre, le manda levantar y caminar con su pobre lecho á cuestas.

En esta piscina entienden los pe-

des de la Iglesia el sacramento de la Penitencia, por medio del cual, debidamente recibido, recobran la salud espiritual todos y cada uno de los verdaderos penitentes, sean cuales fueren sus enfermedades; y por aquel paralítico de treinta y ocho años entienden á el pecador envejecido en la culpa. Todo á fin de darnos á conocer, que no hay pecado alguno, por grave que sea, que no pueda ser absuelto por la potestad que Jesucristo dexó depositada en su Iglesia, ni pecador, por mas obstinado y endurecido que sea, que no pueda obtener el perdón, si quiere buscar sinceramente á Dios. ¡Qué motivo de consolacion, señores! ¡qué objeto de tanta confianza para vosotros! Apoyado pues en estas ideas, que son las de la religion, no juzgo fuera de propósito manifestar la inefable misericordia de Dios para con todos los pecadores, que quieran en tiempo aprove-

charse de ella. Esta es la materia de que voy á tratar con arreglo al espíritu de nuestro evangelio. Para darle la posible claridad, probaré en primer lugar, que ningun pecador, por envejecido que sea, debe desesperar de su salud; y en segundo, manifestaré los medios de que debe usar para aprovecharse de la divina misericordia: dos breves reflexiones, dirigidas á honra y gloria de Dios, y á el bien de vuestras almas. Ayudadme todos á pedir las luces del Espíritu Santo por la poderosa intercesion de su augusta esposa. Saludémosla postrados con el ángel. *AVE MARIA.*

¿Vis sanus fieri? &c.

La esperanza cristiana es una de las virtudes teologales, sin cuya noticia nadie puede salvarse. Por ella

confiamos conseguir las promesas de Jesucristo, ayudados de su divina gracia. Media entre dos escollos, que es necesario evitar con mucho cuidado. Uno el de la desesperacion ó despecho, y otro el de la presuncion ó temeridad. Los dos son igualmente viciosos y conducen á la perdicion. Los que se dexan pues arrastrar de la desesperacion, como Cain y Judas, y los que á imitacion del Fariseo se lisonjean de una falsa justicia y de una vana seguridad, pecan contra el Espiritu Santo, cuyo delito es casi moralmente irremediable. Para evitar estos dos extremos viciosos, debemos estar animados de una firme esperanza de alcanzar el perdón y las promesas del Señor, apoyados en su misericordia, y sostenidos por su gracia; pero siempre desconfiados de nosotros mismos, y temerosos de nuestra parte de no haber puesto todo lo que nos pertenece, como cooperadores

de nuestra salud, por la virtud de sus auxilios. Esta es la instruccion que nos da S. Pablo, quando dice: *amados míos, puesto que siempre fuisteis obedientes, obrad vuestra salud con temor y estremecimiento, desconfiando de vuestras propias fuerzas, y poniendo toda vuestra confianza en el poder y socorros del Señor. Baxo estas reglas invariables anuncio á todo pecador por envejecido que sea, que si está verdaderamente arrepentido de sus delitos, tenga firme esperanza de alcanzar el perdón por la misericordia del Señor, que por efecto de su bondad lo espera, lo solicita, y lo recibirá paternalmente. Reflexionemos.*

¶ Aunque el hombre por el pecado mortal viene á ser á los ojos de Dios un objeto de cólera y de indignacion, tanto mas abominable, quanto mas envejecido y obstinado en el vicio; sin embargo, es tal la bondad del Señor, que aún lo espera con

mucha paciencia, con el fin de que se convierta. No hay verdad mas auténtica en las sagradas escrituras. Dios ha jurado por un profeta, que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y sane. ¿Porqué, Señor, decía Habacuc, observas á los que obran mal, y callas? como si dixese, ¿porqué tan benigno con los pecadores? ¿no son ellos vasos de ira? ¿cómo no extiendes tu brazo para castigar á estos enemigos de tu gloria? ¿porqué no te levantas á juzgar tu causa? ¿Hasta cuándo se gloriarán los pecadores en su iniquidad y en los ídolos de sus pasiones favoritas? ¿cuándo rodarán á los pies de vuestro trono? Ah señores! El pecador merece todo esto y aun mayores castigos. Dios podía exterminarlo y arrojarlo al infierno en el momento que le ofende, sin que nadie pudiese argüirle de injusticia; pero es tanta su misericordia, que disimula los pecados

de los hombres, como dice el sabio, con el fin de atraerlos á penitencia: *dissimulas peccata hominum propter paenitentiam*. Llegará el día en que haga víctima de su furor á el que no se haya convertido; mas entre tanto sufre con mucha paciencia, como se explica S. Pablo, á estos vasos de ira, aptos para la muerte, y solo á propósito para el fuego eterno. Por vosotros, dice S. Pedro, obra Dios con esta paciencia; no quiere que ninguno perezca, sino que todos se conviertan á penitencia. Hija de Sion, habla el Señor por Jeremías á su pueblo, si una esposa jóven, á pesar de sus sagrados vínculos, divide con otro el amor que únicamente debe de justicia á su esposo, ¿qué hará este hombre irritado? ¿la recibirá por ventura? Convertida en furor la ternura que antes la profesaba, ofrecerá al público una de estas escenas ruidosas tan frecuentes en el mundo. ¿Obrará así

contigo tu Dios? Es verdad que lo has olvidado, vírgen insensata, dexándote profanar en los brazos de muchos amadores: vuelve no obstante conmigo, que yo te recibiré.

Despues de unos oráculos tan expresos ¿en qué podeis fundar vuestra desconfianza de la divina misericordia, pecadores envejecidos? ¿Por ventura en la multitud y gravedad de vuestros crímenes? ¿Ah! si fuesen mas en número que las arenas del mar, que sus gotas de aguas, y que los átomos que se descubren con el sol, la misericordia del Señor es infinitamente superior á toda malicia; y aun cuando por su gravedad fuesen vuestros pecados roxos como la grana, quedarán blancos como la nieve por vuestra conversion á Dios, segun la expresion de Isaías. Es verdad que estais amenazados de una funesta ruina, no menos que los moradores de Nínive; pero aún hay lugar á la misericor-

dia, si imitais á aquellos en hacer penitencia. Por lo mismo que el Señor es paciente con nosotros, decía Judith á los habitantes de Betulia, debemos arrepentirnos, y pedir la indulgencia y remision de nuestros pecados, bañados en lágrimas. A este fin no solo nos espera el Señor de toda bondad con paciencia, sino que nos busca y solicita con adorable ternura.

Pecó Adan, y con él todos nosotros, cómplices infelices de su crimen y de su desgracia; y movido el Señor de su bondad, lo llama y requiere, diciéndole: ¿dónde estás, Adan? Palabras enérgicas, dice el Crisóstomo, y llenas de misericordia: palabras hijas de la bondad de Dios, y que solicitan y revocan á nuestro primer padre á penitencia, como se explica S. Gregorio. ¿Ó Señor! ¿quién es el hombre, que así te acuerdas de él? ¿Qué has visto en el hombre, polvo y ceniza, según

Abrahan, para usar de las palabras del Niseno, heño, segun Isaiás, vanidad, segun el Ecclesiastés, ¿qué has visto en el hombre, para buscarle con tanta solitud, y arrojar vuestros ojos sobre él, como dice el santo Job? Un Dios cuya grandeza es infinita buscando á un vil gusano de la tierra, á un hombre pecador y miserable! ¡Un Dios criador omnipotente del cielo y de la tierra, en pos de un ingrato y pobre mendigo! ¡Un Dios santo y origen de toda santidad, buscando á un hombre pecador, rebelde é indigno de su misericordia! ¿Quién no admira, concluye este padre, la caridad de un Dios que busca y solicita la conversion del mismo que lo ha despreciado?

¿Pero qué digo, señores? ¿Habeis por ventura olvidado, que el Hijo del hombre vino al mundo á buscar y salvar lo que en él habia perecido? ¿No es este el pastor miseri-

cordioso, que dexa las noventa y nueve ovejas en los montes, y viene á buscar la que se habia descarriado? ¿No protesta tener mas gozo al encontrarla, que con todas las demas que no han sido errantes? ¿No afirma, que llevará con sumo placer sobre sus hombros á esta oveja perdida, y que será mayor el gozo del cielo á presencia de la conversion de un pecador, que el que causan los noventa y nueve justos, que no necesitan de penitencia? ¿No es este el buen Pastor, tan lleno de caridad, que dió gozoso la vida por su rebaño? ¿No es en fin aquel médico misericordioso, que no vino á curar sanos, sino enfermos? ¿Aquel Dios hombre de toda bondad y consuelo, que no vino á llamar justos, sino pecadores? ¿En qué podeis pues fundar vuestra desconfianza de ser perdonados? Si hasta ahora os espera con paciencia, si os busca con solitud, si os llama con benigni-

dad, es para recibiros con entrañas de Padre. Alentad, os ruego, vuestra esperanza en el Señor.

Los divinos oráculos, y los hechos mismos del Salvador acreditan, ¡ó pecadores! la paternal benignidad con que está dispuesto á recibirnos. Acordaos de la parábola de aquel hijo pródigo, que habiendo disipado toda su legítima viviendo luxuriosamente, cuando se vió en tierra extraña afligido de hambre y de miseria, entró en el pensamiento de volver á casa de su padre, y arrojarse á sus pies arrepentido. ¿Y logró el perdón este hijo ingrato y escandaloso? Ah señores! no solo le recibe su buen padre, sino que habiéndole visto, aun estando lejos de su casa, movido de misericordia, se levanta, corre á su encuentro, lo estrecha entre sus brazos, y lo besa. ¿Paró en esto su afecto paternal? Aún se extiende á mucho mas su bondad. Sa-

cad al instante la primera estola, dice á sus criados, vestido con ella, poned un anillo en su mano, y calzadlo: traed ademas un ternero cebado, matadlo, y comamos; porque este hijo mio estaba muerto, y ha revivido; habia perecido, y ha sido hallado.

¿Quién es este Padre? dice Tertuliano. Es Dios, al cual nadie puede compararse, ni en razon de padre, ni en calidad de piadoso. El hijo rebelde y pródigo es el hombre pecador, que separado lejos de su Padre Dios por la culpa, ha disipado la gracia santificante y demas dones en que consistia su legítima espiritual. Mas si este mismo pecador vuelve en sí, busca al Señor, y le pide perdón arrepentido, le recibe lleno de piadoso placer, y en el sacramento de la reconciliacion lo adorna con la preciosa estola de su gracia, y lo restituye en los antiguos derechos de hijo de Dios, y

heredero de su reino. Y para que la parábola corresponda á la realidad, testifica Jesucristo en su evangelio, que la conversion de un pecador que hace penitencia se celebra con gozo en presencia de los ángeles de Dios.

Ademas, ¿no nos convida repetidas veces con su misericordia? ¿Exceptúa á alguno su bondad? Venid á mí, nos dice Jesucristo, todos los que gemís y estais oprimidos baxo el peso de vuestras iniquidades; venid á mí, yo os consolaré: recibid mi yugo, que es suave y leve, y dadme vuestro fardo: mas quiero la misericordia, que el sacrificio. No he venido á juzgar, sino á salvar. Cuántas veces, Jerusalén ingrata, que quitas la vida á los profetas, y cubres de injurias á los ministros de mi palabra, ¿cuántas veces he querido recoger á tus hijos criminales baxo las alas de la misericordia, como abriga la gallina

á sus polluelos, y no has querido? Yo os he llamado, dice á los pecadores por un profeta, y no habeis querido venir; extendí mis manos, y me habeis desatendido... ¿Qué significan todas estas expresiones, y otras muchas (que por brevedad omito), en el sentido óbvio de las escrituras, sino el amor y caridad de un Padre, que está siempre dispuesto á recibir con benignidad á sus hijos? ¿Cuál otro seria el fin de nuestro adorable Salvador al recorrer predicando tantas villas, lugares y campiñas, sino el de atraer y recibir pecadores? Aquella su fatiga y cansancio en buscar la Samaritana, su benignidad en consolar á la Magdalena, su indulgencia con la muger adúltera, su piedad con la Cananéa, ¿no prueban su sincera voluntad de recibir al pecador? ¿No manifiestan que el Hijo del Hombre, cuando descendió del seno de su Padre, no vino á juzgar, sino á salvar al mundo?

Mas entre tantos oráculos y hechos demostrativos de esta verdad, ¿ me olvido yo de la cruz del Salvador, que es el mas auténtico de todos? Considerad á esta víctima sangrienta, dice un contemplativo, mirad al Soberano de la naturaleza coronado de espinas, vestido á lo ridículo como un rey de burlas, y en sus manos una caña por cetro; acercaos al pie de la cruz en que murió por nuestra salud; mirad á este Hombre Dios moribundo, y que recoge sus últimos alientos para disculpar y rogar por sus mismos verdugos; reparad en aquel costado abierto con una lanza; en aquella cabeza inclinada ácia la tierra para bendeciros; en aquella preciosísima sangre, que corre en abundancia para purificaros; en aquella sed que padece por salvaros. ¿ Dudais de la significacion de esta augusta tragedia? ¿ Ignorais que murió por todos? ¿ Cómo arrojará de su presencia á

ninguno de sus hijos, por quienes murió este Padre misericordioso, si debidamente invocan su clemencia? He dicho *debidamente*, porque á esta expresion estan reducidos los medios de que debeis usar para aprovecharos de la divina misericordia: segunda reflexion de este discurso, que paso á manifestaros con la posible brevedad. Seguidme atentos, porque la materia es de sumo interes.

II. Cuando buscáres á Dios tu Señor, dice el Espíritu Santo, le hallarás, si le buscas de todo corazón. Estas breves y enérgicas palabras intiman al pecador su total conversion al Señor, y todos los medios conducentes á aprovecharse de su misericordia. Estos se reducen á remover los obstáculos que impiden la sincera conversion, y á seguir las inspiraciones de la gracia, con la cual lo podemos todo, segun el idioma de S. Pablo. Es verdad que el mundo y las pasiones os presen-

IIO SERMONES

tan varios impedimentos que os parecen insuperables. Ni se me oculta, que uno de los principales artificios del demonio para inducir al hombre á su perdicion, es hacerle mirar como imposible el perdon de una culpa, cuya indulgencia y remision le habia representado muy fácil antes de cometerla. Mas todos estos obstáculos cesan á presencia de una sincera conversion. Ni para ella pide Dios otra cosa, que el que le busquemos de todo corazon. El que así lo executa, siguiendo la inspiracion de la gracia, puede vencer todos los impedimentos, é imitar á los verdaderos penitentes, que supieron usar bien de los auxilios divinos, y aprovecharse de la misericordia de Dios. Renovad aqui vuestra atencion, para oir los frívolos pretextos de los pecadores, que ellos miran como insuperables obstáculos para entablar su conversion, y obtener la salud eterna.

VARIOS. III

Vivimos, dicen unos, en un mundo corrompido, que presenta de ordinario objetos tan brillantes y halagüeños, que nos seducen á cada instante; y nuestra inclinacion á seguir sus marchas y caprichos es demasiado poderosa para no dexarnos arrastrar de ella. ¡Insensatos! ¿Ignorais que dentro del gran mundo hay un mundo réprobo, cuyos usos, máximas y costumbres debeis huir y detestar, como repugnantes á la moral de Jesucristo, y al espíritu de su religion? ¿Habeis ya olvidado que renunciasteis solemnemente de este mundo y de las obras de tinieblas en el sacro bautismo? Si en pena del pecado original, que contraximos todos en Adan, nos quedó aun despues de perdonado, la inclinacion al mal, como uno de sus funestos efectos, ¿no basta la gracia de Dios para triunfar de este obstáculo si seguimos sus inspiraciones? ¿Osaréis afirmar con los here-

ges, que pecais por necesidad? ¿Ó pretendéis que á fuerza de ser frecuentes, sean canonizadas vuestras culpas? Si vuestro deseo de conversion fuese sincero, veriais lo frívolo de estos pretextos, y cuán fácil es vencer estos obstáculos, usando bien de la gracia, para buscar á Dios de todo corazon; veriais, digo, cuán fácilmente, y cuán propicio le hallabais. No es un señor cruel, un tirano de las conciencias, como los libertinos blasfeman; es un Dios de toda bondad, mas inclinado al perdón que al castigo, y cuya misericordia es sobre todas sus obras. Mas quiere abandoneis la impiedad, y las sendas torcidas que os conducen al precipicio: quiere confeseis vuestro yerro con verdadero dolor y firme resolucion de no volverle á ofender: quiere todo vuestro corazon, porque es zeloso de su honra y de su amor, y ve la imposibilidad de servir á un mismo tiempo á dos dueños,

segun se explica en su evangelio.

Si esto es así, oigo decir á algunos, ¿quién podrá salvarse en el mundo? Será necesario huir á los desiertos, ó encerrarse en la estrechez de un cláustro, rompiendo los vínculos de la sociedad, y entregándose á una vida austera y penitente, ó habremos de perecer necesariamente, segun estos principios, todas las gentes del mundo; porque la razon de estado, y nuestros enlaces con la sociedad, nos ponen en la precisa alternativa de visitas, convites, galas y modas adoptadas por la costumbre del país. Si esto se opone pues á la ley de Dios, ¿quién podrá aspirar á su conversion? Luego si no puede alternar el obsequio á Dios con el debido al mundo, es necesario separarse de él, ó perecer.

Así se explican llenos de arrogancia ciertos racionadores importunos. Desenvolvamos este paraloxismo, y separemos la luz de las tinie-

blas, para ensalzar la misericordia de Dios, que desea la conversion de todos ellos. La sociedad, señores, debe durar tanto como el mundo. Sus deberes, sus obsequios mútuos no tienen oposicion con el cristianismo, siendo razonables. Cada uno en su estado puede ser salvo, porque en la casa de Dios hay muchas mansiones, y ninguna criatura racional está positivamente excluida de su reino sino por su propia culpa; pues como dice el Señor por Oseas: tu perdicion, Israel, de ti proviene, y solo en mí tienes auxilio. No es necesario pues que huyan todos al desierto, ó que vistan un sayal tosco y grosero para salvarse, ni que rompan sus enlaces con la sociedad; pero es necesario al cristiano, segun los oráculos del Salvador, renunciar del mundo corrompido, huir de la compañía de los malos, negarse á sí mismo y á su amor propio, para tomar la cruz diariamente, y seguir

á Jesucristo por el camino de la humildad, de la paciencia en los trabajos, de la obediencia á sus leyes, del amor de Dios, y de la caridad con el próximo: es necesario para salvarse no conformarse al siglo en sus costumbres y usos profanos, en su espíritu de avaricia, de ambicion, de vanidad, de desenvoltura y soberbia de la vida: es necesario mortificar los sentidos, domar los apetitos, y hacerse violencia para adquirirse el reino del cielo, porque las pasiones de este tiempo no son dignas de la gloria que Dios nos tiene prometida. Es necesario vivir con modestia, y que todas nuestras obras, palabras, usos y costumbres se conformen al evangelio, y no sirvan de escándalo, de ruina y mal exemplo á nuestros hermanos. Es necesario en fin cortar de raíz todo lo que se opone á la honestidad; lo que sirve de estímulo á la concupiscencia, y da fomento á los demas

vicios capitales, para acreditar que somos discípulos de Jesucristo, y no semicristianos, ó semipaganos. Por estas reglas, que son el fondo de nuestra moral, y que no prescriben con el tiempo, debemos formar juicio de la alternativa de visitas, juegos, diversiones y obsequios mútuos establecidos en la sociedad, mirando siempre como criminales aquellos en que falta el decoro, la decencia y la sobriedad, ó que se oponen por otra parte al espíritu de la Iglesia, y á sus decisiones sobre la santificación de las fiestas. Bien entendeis que hablo contra los toros y comedias en los días consagrados á Dios. Todos estos obstáculos, prescindiendo por ahora de otros, los debeis y podeis vencer con la gracia de Jesucristo, como lo han executado los justos y verdaderos penitentes de todos los siglos.

Recorred por un momento los anales de la religion, y vereis á Estér,

á Mardoquéo, y otros muchos grandes príncipes y magistrados, que en el bullicio del siglo, y en el manejo de los negocios mas árdulos, supieron conservar ilesos los derechos de Dios, observar con fidelidad sus preceptos, mortificar sus pasiones, sin dexarse arrastrar de sus malas inclinaciones, ni del torrente impetuoso de los malos exemplos. Ellos fueron hijos del pecado como vosotros, expuestos á los mismos combates de la irascible y de la concupiscible, á los brillantes objetos de vanidad, que el mundo seductor les ofrecia, á los ardidés mismos, y astucias con que el demonio pretende engañar á todos. Jamas se persuadieron como los hijos del siglo, que estaban precisados á seguir sus máximas criminales; y si alguna vez cayeron como frágiles, supieron buscar á Dios con sinceridad de corazón, y aprovecharse de su misericordia.

Mas ellos, decís, no estaban ligados como nosotros á una cadena de innumerables vicios, compuesta de tantos anillos, cuantos son los pecados que nos dominan. ¡Ah! ¿serán mas fuertes vuestros grillos que los que impedían la conversion de Augustino? Tagaste vió con dolor sus desórdenes, y Cartago sus sensualidades con escándalo. Cautivo y sumergido en el abismo de esta pasión tiránica, que domina hoy no menos que en tiempo de Noé sobre la tierra, reposaba en esta paz funesta, hecho vaso de la ira de Dios. Gozoso en sus cadenas, se gloria de su esclavitud, se complace en sus delitos, y los manifiesta con ostentacion al universo, viniendo á ser por este medio esclavo, no solo del pecado, sino de la malicia de la culpa, como él mismo se explica. Ama el mal, si es posible, como mal: desea pasar por el mas corrompido de todos los hombres, y por una

especie de vanidad casi increíble, se atribuye delitos que no ha cometido, creyendo ser menos estimado, si pasaba otro por mas criminal. ¡Qué monstruo de corrupcion, señores! ¡Pero ó gracia de mi Dios! Tú sola, que de Saulo, perseguidor implacable de la Iglesia, supiste hacer un vaso de eleccion, y apóstol de las naciones, tú sola pudiste quebrar las cadenas de Augustino, disipando sus tinieblas, para que iluminase al universo con sus escritos y virtudes.

Ni olvideis, os ruego, mis amados hermanos, el exemplo de un David penitente, cuyos cánticos serán siempre monumentos eternos de la misericordia, y el consuelo de los pecadores afligidos. ¡Ó mi Dios! clamaba en la amargura de su corazon; ¡qué complicacion de culpas no cometí en dos solas acciones de mi vida! Miré sensualmente á Bersabé, ¡y de aqui qué cadena de pecados, de pensamientos, deseos, solicita-

ciones é infamias! Yo que habia perdonado dos veces á Saul, hice asesinar á mi fiel vasallo Urías. ¿Y qué consecuencia saca de esto David? La que deben sacar todos los pecadores que quieran convertirse sincéramente á Dios. Para cubrir, decia, tantas iniquidades, necesito, Señor, de tu gran misericordia.... el perdon de los grandes reos ensalza la clemencia de los grandes reyes. Vuestras bondades serán celebradas en la tierra por los electos, y en el cielo por los santos.... resultará en gloria de vuestro nombre el perdon de mi iniquidad, porque es grande.

Hé aqui, señores, el language que deben adoptar, aun los pecadores mas duros, envejecidos y obstinados, que quieran aprovecharse de la misericordia de Dios, y obtener el perdon de sus delitos. La mano del Señor no está abreviada: su voluntad de salvarlos á todos es sincéra. El

Dios de David, de Paulo y de Augustino es el nuestro: sus piadosas entrañas de Padre son siempre las mismas: su infinita bondad nos espera con paciencia, nos busca con solicitud, y nos recibirá con amor. ¿Qué resta sino que nosotros sigamos las dulces inspiraciones de su gracia, confesando debidamente los pecados, detestando los vicios, dexando las ocasiones, llenos de dolor y compuncion de haber ofendido á esta infinita bondad, y con un firme propósito de no volverle á ofender, para que podais amarle de corazon? Estos son los medios de que debeis usar para aprovecharos de la misericordia del Señor, y alcanzar el perdon de vuestras culpas.

Volved pues, os ruego, volved, hijos pródigos, á la casa de vuestro Padre Dios. Aqui teneis la imagen de su Unigénito crucificado por vuestro amor. Llegad á los pies de

122 SERMONES

este Señor de clemencia, y con un vivo dolor de haberle ofendido decid : Señor mio Jesucristo &c.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

123



SERMON
PARA LA
DOMINICA SEGUNDA
DE CUARESMA,

sobre la Bienaventuranza.

Assumpsit Jesus Petrum, et Jacobum, et Joannem... et transfiguratus est ante eos. Matth. XVII.

SEÑORES:

La descripción del maravilloso y resplandeciente espectáculo que nos presenta la Iglesia en el evangelio del día, para consolarnos en nues-

122 SERMONES

este Señor de clemencia, y con un vivo dolor de haberle ofendido decid : Señor mio Jesucristo &c.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

123



SERMON
PARA LA
DOMINICA SEGUNDA
DE CUARESMA,

sobre la Bienaventuranza.

Assumpsit Jesus Petrum, et Jacobum, et Joannem... et transfiguratus est ante eos. Matth. XVII.

SEÑORES:

La descripción del maravilloso y resplandeciente espectáculo que nos presenta la Iglesia en el evangelio del día, para consolarnos en nues-

tras aflicciones, y excitar en nuestros ánimos un eficaz deseo de los bienes eternos, en que consiste nuestra verdadera felicidad; esta narracion, digo, debia estar reservada para alguno de los testigos fidedignos de este suceso luminoso, ó para un Apóstol de las gentes, que arrebatado al tercer cielo, oyó palabras arcanas, y entendió misterios tan ocultos, que ningun hombre los puede revelar. ¿Qué podré yo pues decirós, hombre terreno y sumergido en el abismo de mi propia ignorancia, acerca de la vida eterna, si aun el mismo Pablo nos dice expresamente, que ni el ojo vió, ni oyó el oido, ni ascendieron á el corazon humano las cosas que tiene Dios preparadas para los que le aman? ¿Cómo osaré acercarme al esplendor de tanta magestad, cuando testifica S. Gregorio, que el hombre que diserta sobre la eternidad, es semejante al ciego que

habla de la luz, y cuando el Espíritu Santo me amenaza de ser oprimido de su gloria?

¿Qué haré pues? ¿Callaré? Mas acertado sería, que hablaros de lo que no alcanzo ni comprehendo. Pero me instan la obligacion del ministerio y el deseo de vuestra salud eterna, y me alienta al mismo tiempo la promesa que tiene el Señor hecha, de dar palabras eficaces á los que evangelizan su doctrina. Apoyado pues en ella, y en lo que acerca de este adorable misterio nos enseñan las escrituras y los padres, fieles depositarios de la tradicion, no dudo presentaros hoy la Transfiguracion del Salvador como un prelude feliz y un verdadero diseño de la bienaventuranza, que solo nos dexa ver lo que podemos alcanzar en esta vida mortal; pero que nos enciende en el deseo de ver á Dios como es en sí, y de gozarle eternamente.

El Tabor en efecto ha sido siempre mirado por la Iglesia como la mas viva imágen del paraíso celestial. La elevacion de este monte, dice un sabio, denota la sublime situacion de aquel lugar de delicias. El rostro resplandeciente de Jesucristo transfigurado representa la claridad que Dios en él difunde. La blancura de sus vestidos es símbolo de la inocencia, sin la cual no es posible entrar en aquella mansion feliz; y los testigos privilegiados de esta vision memorable son la figura de los electos. Hé aqui el grande, el luminoso espectáculo que propone hoy la Iglesia á los ojos de nuestra fe. Quiera el Señor que ilustrados vuestros corazones por la verdad de la palabra y el evangelio de la salud, aspireis desde este momento á la preciosa herencia y al eterno reposo, destinado por Dios á los que observan sus preceptos. Para estimularos á tanta fe-

licidad, yo no haré mas que manifestaros, en primer lugar, *los caracteres de la bienaventuranza*, y en segundo, *los medios de conseguirla*: dos breves reflexiones que abrazan el importante, el único negocio de vuestra eterna salud.

¡Dios de toda bondad, poderoso en obras y en palabras santas! purificad los labios de este indigno ministro, para que no profane vuestro testamento: encended mis expresiones con el fuego ardiente de vuestro amor divino, para que enamorados mis oyentes del eterno esplendor de vuestra gloria, fixen en ella sus miras, y aspiren desde este momento á la exácta observancia de vuestra ley, para obtener esta suma felicidad. Asi os lo rogamos, ¡Señor! confiados en vuestra clemencia, que imploramos por la poderosa intercesion de María santísima, vuestra dulce Madre y nuestra. *Ave MARIA.*

Assumpsit Jesus Petrum &c.

La bienaventuranza, dice un sabio de la antigüedad, es un estado perfecto que encierra todos los bienes. Por consiguiente ella excluye toda especie de mal; y hé aquí en lo que consisten sus verdaderos caracteres; es decir, en carecer de todos los males, y gozar de todos los bienes. Reflexionemos.

La presente vida no es otra cosa que un tiempo de destierro, un estado de peregrinacion, un valle de lágrimas y una continua guerra con los enemigos que nos rodean, que nos inquietan, y repentinamente nos asaltan. Así aunque Dios, por un efecto de su bondad, nos comunica en este mundo muchos bienes que no merecemos, estos no son capaces de saciar nuestros deseos, ni de aquietar nuestro ánimo, cuyo

centro es el Señor; y vienen de ordinario mezclados con un tropel de trabajos y adversidades que nos hacen conocer por propia experiencia, que son incapaces de producir una verdadera felicidad. Desde el cedro hasta el hisopo; es decir, desde el mas alto monarca, hasta el ínfimo plebeyo, preguntad á todos los mortales, si hay alguno completamente contento de su suerte. Lía es fecunda, pero lagañosa; Raquel es hermosa, pero estéril; Abigail es prudente, pero casada con un necio; Augusto es amado de todo el imperio, pero no tiene hijos; Tiberio es temido, pero no tiene amigos; éste es poderoso, pero es un ignorante expuesto á la risa del pueblo; aquel es sabio, pero despreciado; éste...

¿Mas para qué me canso en persuadiros lo que os enseña una triste experiencia? ¿Qué de trabajos no os hace el mundo padecer? ¿La

hambre, el frio, el calor, las guerras, las enfermedades y epidemias, no son otros tantos azotes de la afligida humanidad? ¿Qué de injurias de parte de vuestros enemigos no teneis que tolerar? ¿Qué de ingratitudes de parte de los mismos amigos no debeis á veces sufrir? ¿Qué de violencias de parte de los poderosos? ¿qué de imprudencias de parte de vuestros iguales, y aun de los inferiores, no debeis disimular?

¿Qué diré de los ardides y astucias con que el comun enemigo continuamente os asalta? Este furioso leon, dice el apóstol S. Pedro, da vueltas al rededor de nosotros, buscando á quien devorar, y con un vivo deseo de cribarnos como al trigo, segun se explica el mismo Jesucristo. Ya nos sugiere una loca presuncion, facilitándonos la culpa con el gran poder de la misericordia; ya nos inspira la desesperacion, haciéndonos mirar las

culpas cometidas con los ojos de Cain y de Judas; esto es, incapaces de remision, y mayores que la bondad de Dios; ya turba nuestra fantasía con terrores; ya revuelve y altera nuestros humores para hacernos prorumpir en injurias y blasfemias; ya en fin, si el Señor le da licencia, como en orden á Job, nos persigue y nos castiga con crueldad. Tanta es la envidia y el odio que este dragon infernal nos tiene, que el mal que no nos hace, es porque no puede.

Añadid á estos males los que produce en nosotros aquella terrible concupiscencia, tan fecunda en movimientos desordenados, y que ha postrado por tierra á tantos cedros del Libano, á tantas torres de Dánae. Ella, dice un padre de la Iglesia, se rebela contra la razon, la carne se enfurece á pesar nuestro, nos solicita, nos deleita, nos atrae, nos molesta, nos precipita. "Yo ex-

perimento en mis miembros una ley tan imperiosa, decia S. Pablo, y tan inflexible, que se opone á toda mi razon, y me cautiva en el pecado: huyo del bien que deseo, y executo el mal que aborrezco: hago lo que no quisiera, oponiéndome á mis ardientes deseos... Háseme dado el estímulo de la carne, este ángel de satanás, que me atormenta y me persigue hasta el cielo, donde he fixado mi morada... ¡Infeliz de mí! ¿quién me librará de este cuerpo mortal y corruptible?"

De todos estos males, y de otros muchos que tocais por la experiencia, y por brevedad omito, estan ya libres los bienaventurados. Dios ha enxugado sus lágrimas. Oid á san Juan en su Apocalipsi, hablar de la eterna felicidad de los santos. Estos, dice, han venido de una gran tribulacion; esto es, de los trabajos que padecieron en este mundo por el amor de Jesucristo, y de

las persecuciones que sufrieron por sostener su honra y gloria: estos lavaron sus estolas, y las blanquearon con la sangre del Cordero. Por esta causa estan ante el trono de Dios, y sirven de dia y noche en su templo; y el que está sentado en el sόlio habitará sobre ellos. No tendrán para jamas hambre ni sed, no les molestará el calor del sol, porque el Cordero que está en medio del trono los regirá, y conducirá á las fuentes de las aguas de la vida, y Dios enxugará todas las lágrimas de los ojos de ellos... No habrá ya muerte para ellos, ni llanto, ni clamor, ni dolor alguno, porque ya antes lo sufrieron todo: pues habiéndole hecho compañía en los sufrimientos, es consiguiente le acompañen en el consuelo, como dice san Pablo. "Por manera, que nada pueden padecer que no quieran, y de nada que quieran pueden carecer, como reflexiona S. Bernardo." ¿Sa-

beis porqué, señores? porque la vida eterna es la posesion del sumo bien, y con él se goza de todos los bienes, no ya caducos y perecederos, sino inmuebles y eternos. Consultemos á las escrituras y á los padres sobre una verdad de tanto consuelo.

“Carísimos hijos míos, dice san Juan, aunque ahora somos hijos de Dios, no podemos decir lo que seremos en el cielo. Solo sabemos, que cuando se nos manifieste, seremos semejantes al Señor, porque le veremos como es en sí.” *Scimus autem quoniam cum apparuerit, similes ei erimus, quoniam videbimus eum sicuti est.* En el mundo no podemos ver á Dios sino como por un espejo ó en enigma; pero en el cielo le veremos cara á cara; y cuando contempláremos abiertamente la gloria de su rostro, dice S. Pablo, seremos transformados en su imágen, é iremos de claridad en claridad, por la ilu-

minacion de su espíritu, que será nuestra luz, segun David. Con tu rostro, añadía este Rey profeta, con tu rostro, Señor, me llenarás de alegría, y solo tendré saciedad cuando vea tu gloria.

Apoyado S. Agustin sobre estos divinos oráculos, clama lleno de fervor: ¡ó vida bienaventurada, tranquila, pura, hermosa, casta! ¡ó vida santa, libre ya de la muerte y la tristeza! ¡ó vida sin mancha, sin dolor, sin ansiedad, sin corrupcion, sin perturbacion, sin variedad ni mutacion! ¡ó vida completamente llena de hermosura y dignidad! donde no hay adversario que asalte, ni estímulo alguno del pecado; donde el amor es perfecto y sin ningún temor; donde el día es eterno, y uno el espíritu de todos; donde Dios se dexa ver claramente, y sirve de alimento vital al bienaventurado. . . ¡Ó vida sempiterna! donde abunda el gozo

sin mezcla de tristeza, el descanso sin trabajo, la dignidad sin sobresalto, las riquezas inamisibles, la salud sin achaques, la abundancia sin mengua.

¿Qué mas? Entrarémos, dice el Real profeta, en las potencias del Señor, y allí verémos la superabundancia de sus riquezas, la hermosura de su gloria, el resplandor de sus santos, la excelencia y magestad de su omnipotencia. Allí conocerémos, dice un antiguo contemplativo, el poder del Padre, la sabiduría del Hijo, la benignidad del Espíritu Santo: rebosarémos de gozo inexplicable al ver la beatísima Trinidad, y nos inflamará aquel fuego de amor, con que eternamente se aman entre sí aquellas tres divinas Personas: allí gozarémos de aquel torrente de delicias que tiene Dios preparado desde la constitucion del mundo para los que le aman hasta el fin: todos tendrémos una

lengua para alabar al Cordero que quitó los pecados del mundo, y un espíritu para amarle: hartura sin fastidio, apetito sin hambre, prosperidad sin soberbia, devocion sin tristeza, alegría sin disolucion, caridad, paz, descanso y gozo serán nuestras afecciones y entretenimientos; porque gozar de Dios es un sumo bien, un bien perfectísimo, el cual solo es capaz de saciar el deseo de los hombres, como santo Tomás se explica.

¿Pero qué mucho? ¿No es la vida eterna el mismo Dios, en frase de S. Agustin? ¿No consiste ella, segun el evangelio, en conocer al verdadero Dios, y á Jesucristo, á quien envió al mundo para redimir al hombre, y borrar con su sangre el decreto de condenacion, en que habia incurrido por su culpa? Este conocimiento, que empieza en esta vida por la fe, ¿no tendrá su pleno complemento y perfeccion en la

bienaventuranza, donde veremos á Dios como es en sí? Desde el seno de su divinidad, como de fuente inagotable, pasará al corazón de los bienaventurados un río caudaloso de gloria, un torrente de delicias, que los hará eternamente felices. Los justos glorificados, dice el sabio, vivirán para siempre; el Señor les ha reservado una recompensa segura, porque él mismo los cubrirá con su mano diestra, y los defenderá con su brazo santo. Esto mismo dió á entender Jesucristo á sus discípulos, cuando poco antes de su pasión les dice: vosotros estais ahora tristes, yo os volveré á ver, y os alegraréis, y nadie os quitará este gozo, fundado sobre la posesion del único bien inmutable y eterno.

¿Qué otros bienes pues podrán apetecer los bienaventurados gozando del bien supremo é infinito? Los justos vivirán perpetuamente, dice el sabio, y el mismo Dios será su

premio... Verán y gozarán para siempre de esta Sabiduría increada, que es un espíritu de inteligencia, santo, único, multiplicado en sus efectos, sutil, discreto, ágil, inmaculado, amante del bien, agudo, irresistible, benéfico, amador de los hombres, benigno.... que tiene todo poder, y abraza todos los espíritus; inteligente, puro, sutil, porque es un aliento de la virtud de Dios, y como una sincera emanacion de la claridad del Omnipotente.... resplandor de la luz eterna, espejo sin mancha de la divina magestad, é imagen de su bondad.... que renueva todas las cosas, é ilumina las naciones. ¡Qué inagotable manantial de contemplacion, de amor y de accion de gracias para los que poseen tanta felicidad! ¡Qué dulce complacencia para el alma que entrá en el santuario íntimo, y en las potencias del Señor! ¡Qué delicia ver aquella dulce bondad, que extien-

de su providencia benéfica hasta sobre los mas viles insectos; aquel corazon paternal, que ha derramado sobre nosotros tan grandes beneficios; aquellos inagotables tesoros, de donde hemos recibido tantas gracias!

¡Estado felicísimo! exclama un padre de la Iglesia, donde todo bien se goza sin zozobra, y donde el cuidado y ocupacion de los santos se reduce á contemplar, alabar y amar á Dios. Ellos pues únicamente son capaces de decirnos los bienes que poseen, segun la sentencia del amado evangelista: *nemo scit, nisi qui accipit*. Yo solo me atrevo á deciros, apoyado en los divinos oráculos, que viendo á Dios como es en sí, se goza perfectamente de todos los bienes en la bienaventuranza. ¡Ó Israel, decia Baruc, cuán grande es la casa del Señor, y cuán elevado el lugar de su posesion! ¡Cuán amables, Dios de las virtudes, clama-

ba David, cuán amables son vuestros tabernáculos!

¿Y quiénes serán, señores, os preguntaré con el mismo profeta, los que subirán al monte de Dios? ¿Quiénes ocuparán el lugar santo de la vida eterna? Ya os lo voy á decir, manifestándoos los medios de conseguirla: segunda reflexión del discurso, que paso á tratar con la posible brevedad. Seguidme atentos, porque va en ello vuestro único interes.

II. Para descubrir los medios que conducen con seguridad al estado feliz de que acabo de hablaros, no es necesario mucho estudio, ni largas discusiones. El Real profeta cuando se propuso la cuestion, la resolvió en breves palabras. El inocente de manos, y puro de corazon, que no ha gastado su vida en vano, ni ha jurado dolosamente contra su próximo; éste, dice, recibirá la bendicion del Señor, y la misericor-

dia de Dios su Salvador. Lo mismo en substancia , aunque con expresiones mas cortas y enérgicas, respondió Jesucristo á un jóven que le hizo esta pregunta : buen maestro , ¿qué haré para alcanzar la vida eterna? Si quieres entrar en la bienaventuranza , le dice el Salvador , guarda los mandamientos. Por lo que á mí hace , no tengo otra respuesta que daros , ni otros medios que proponeros , que la observancia de ellos , para que podais obtener el reino de Dios. Mas considerando por una parte , que seria exceder forzosamente los justos límites de una oracion , querer divagar por todos los preceptos ; y sabiendo de otra , que todos ellos se reducen á dos ; á saber , al amor de Dios y del próximo , me limito por ahora á intímaros el cumplimiento de estos dos mandamientos , que encierran toda la ley , como único medio de obtener la vida eter-

na , segun el oráculo de Jesucristo.

En órden á la observancia del primero , que es el amor de Dios, os debe servir de estímulo la obediencia que debeis á su soberanía, vuestra gratitud á sus beneficios, y vuestro propio interes. Amaréis á vuestro Dios con toda vuestra mente, con todo vuestro corazon y fuerzas , decia el Señor á su pueblo escogido. Grabaréis estas palabras en el fondo de vuestro corazon ; las enarraréis á vuestros hijos ; las meditaréis sin cesar en vuestras casas y en vuestras marchas ; siempre las tendréis presentes , ya despiertos ó ya en sueños ; las tendréis ligadas á las manos para presentarlas á la vista : las pondréis sobre las puertas de vuestras casas , y las llevaréis escritas sobre la frente. Jesucristo habló con mas fuerza aún que Moisés acerca de este mandamiento. Declara que es el primero y el mayor precepto de la ley : promete la vida

eterna al que lo cumpliere: nos manda que le amemos sobre todas las cosas; ni reconoce por discípulo suyo sino al que por seguirle renuncia de todo, y aun de sí mismo, exponiéndose, en caso necesario, á la muerte por la confesión de su nombre y de su divinidad.

No se contenta pues con el culto exterior; ni solo éste merecía, dice un sabio, que se estableciese por los grandes misterios de su encarnación, pasión y muerte. ¿Á qué fin la venida de Jesucristo al mundo, sino para establecer el reino de la caridad? ¿No nos enseña él mismo, que éste es el grande objeto de su misión divina? Yo vine, nos dice, á traer á la tierra el fuego del amor, y lo que deseo es que arda en el corazón de todos. Por esta causa anatematiza S. Pablo á todo el que no ama á Jesucristo, reputándole como un judío en el seno del cristianismo, ó como un vil esclavo, excluido de

la herencia de los hijos. ¡Infeliz de aquel que no tiene grabada en su corazón la ley del amor de Dios! El no pertenece ciertamente á la nueva alianza, porque ninguno es verdadero cristiano sino por amor y caridad.

¿Mas qué digo? aun cuando el precepto de amar á Dios sobre todas las cosas no fuese tan expresamente intimado á todos, como un medio necesario para conseguir la vida eterna, ¿no basta ser hombres, salidos de sus manos benéficas, para estar obligados á prestarle este homenaje por su excelencia suprema y por su soberanía? ¿No se extiende, os ruego, su dominio sino á los seres inanimados? El que nos ha hecho capaces de amar, ¿no tendrá derecho á exígnos este tributo? ¿Cuáles pues serian nuestros deberes ácia Dios, si no fuese el amor el primero? La naturaleza inspira á los hijos los mas tiernos sentimientos respecto

de los que les han dado el ser; ¿y nosotros serémos insensibles para quien nos sacó de la nada; es decir, para con nuestro Padre Dios, que nos dió por hermano á Jesucristo su Unigénito?; Qué dignidad, señores, y qué motivos de gratitud no deben aquí estimular vuestro amor á Dios!

Yo prescindo por ahora de aquellos beneficios generales que habeis recibido en el órden de la naturaleza; prescindo, digo, de vuestra creacion, y de aquella providencia benéfica que os conserva y os alimenta; de la misericordia con que os ha librado de innumerables peligros y ocasiones de perecer. Omito la apreciable libertad que el Señor os ha concedido, y aquella superioridad y dominio que os dió sobre las bestias de la tierra, sobre las aves del cielo, sobre los peces del mar, y sobre los seres inanimados: beneficios grandes, y que exígen de justicia vues-

tro amor de gratitud. Sin desatender pues dones tan apreciables, fixemos nuestra consideracion en otros de superior gerarquía.

Si nos remontamos á nuestro origen, vemos á Dios formando al hombre á su imágen y semejanza, dotándole de un espíritu de tanta capacidad, que solo pueden saciar su apetito los bienes eternos. Adoptóle por hijo y heredero de su reino inmortal, dándole por primicias la original justicia, y auxílios apropiados para permanecer en aquel estado felicísimo. Cayó, es verdad, cayó de esta excelencia, y perdidó todos sus derechos, quedó reducido á la miserable esclavitud que trae consigo el pecado. Pero el Señor, por un efecto de su bondad, se dignó mirarle con ojos de misericordia; y para redimirlé en su miseria, y reintegrarle en sus antiguos derechos, envia á su Unigénito al mundo á tomar nuestra humanidad, y á sa-

tisfacer con el infinito precio de su sangre por las culpas del linage humano.

De aqui, señores, el origen de nuestra incomparable dignidad de hermanos de Jesucristo, y coherederos de su reino: de aqui el establecimiento de la nueva alianza, la institucion de los sacramentos, la promulgacion del evangelio, la vocacion á su Iglesia, la sucesion de sus pastores y ministros, á quienes confirió su potestad de ligar y disolver, y de dispensar sus misterios: de aqui los frecuentes auxilios, amonestaciones y correcciones, con que frecuentemente ha iluminado á los gentiles, y llamado á los pecadores: de aqui la paciencia con que los espera y los busca, la solicitud con que los llama y convida al perdón, y el paternal amor con que los recibe.

¿No son todos estos unos poderosos motivos, que deben excitar en

vuestro pecho la gratitud y el reconocimiento de amor ácia un Padre tan benéfico, ácia un Hermano tan caritativo, ácia un Salvador tan lleno de bondad para con vosotros? Añadid, si os parece, á estos beneficios, el incomparable de haberos producido en un reino católico, donde se cree y confiesa la verdadera fe de Jesucristo, donde abundan los ministros de la divina palabra, y dispensadores de los sacramentos, y donde el exemplo de tantas almas justas os excitan al amor de Dios.

Y si aún no bastan para fixaros en él vuestro deber y vuestra gratitud, muévaos á lo menos vuestro propio interes. El primero que experimenta el que ama á Dios, es la verdadera paz del alma, tan remota de los pecadores, como se explica un profeta, y tan deliciosa, que excede á todos los sentidos. Esta paz del corazón, fruto de la caridad y de la justicia, está, Señor, reservada

á los que te aman, decia David: al anunciarla los ángeles en el nacimiento del Mesías, la prometen únicamente, dice un sabio, á los hombres de buena voluntad, sumisa á la de Dios; y cuando S. Pablo nos dice: que Jesucristo es nuestra paz, nos intima que la busquemos en el amor que le debemos. ¡Qué suavidad, hermanos míos, no gustaremos en esta paz, fruto del amor de Dios! Solo ella es capaz de arrojar de nuestro corazon el amor de las cosas terrenas, y de radicar en él la estimacion de las espirituales. El amor suaviza los trabajos, dulcifica las penas, allana los obstáculos, aumenta la fortaleza, é inflama el zelo: todo es dulce para el que ama al Señor: *gustate et videte, quoniam suavis est Dominus*

A esta paz envidiable añadid las promesas de vida eterna que tiene Dios hechas á los que sinceramente le aman. Si me amais, dice

el Señor, el Espíritu Santo vendrá sobre vosotros, estará en vosotros, y habitará eternamente en vosotros. Vosotros estaréis en mí, yo en vosotros... Seréis amados de mi Padre, y mi Padre y yo moraremos en vosotros. Estas verdades eternas meditaba S. Bernardo, cuando decia lleno de fervor: ¿quereis saber de mí, porqué y cómo debe Dios ser amado? Yo os respondo, que la causa de amar á Dios, es el mismo Dios; y el modo de amarle, es amarle sin medida: por dos motivos pues debe ser amado; porque nada con mas justicia, nada con mas fruto puede amarse, concluye este padre. Y entonces conoceréis que amais á Dios, cuando sea tal la disposicion de vuestro corazon, que podais con verdad decir con el Apóstol: estamos ciertos que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las violencias, ni las cosas presentes, ni las futuras, ni

lo alto, ni lo profundo, ni criatura alguna nos podrá separar del amor de Dios, y de la caridad que nos adhiere á Jesucristo. Esto es amarle sobre todas las cosas, para tener opcion á su bienaventuranza. Pero nada os he dicho aún acerca del amor del próximo, que dixere ser tambien medio para alcanzarla, por comprehender siete de los preceptos del decálogo, cuya observancia es necesaria para salvarse. Mas esta es una verdad que necesita de poca discusion: bastarán algunos momentos de atencion para quedar de ella convencidos.

En efecto, señores, el amor ó caridad con el próximo está enlazado tan íntima é indisolublemente con el amor de Dios, que ni podemos amar en verdad á Dios sin amar al próximo, ni al próximo sin amar á Dios. Oid á S. Juan: *si alguno dixere, estas son sus palabras, si alguno dixere que ama á Dios, y abor-*

reciere á su hermano, es un mentiroso; pues el que no ama á su hermano, á quien ve, ¿cómo puede amar á Dios, á quien no ve? Este es el precepto que tenemos del Señor; á saber: que el que ama á Dios, ame tambien á su hermano. El que no lo ama, está muerto á la gracia, y el que lo aborrece, es homicida. De aquí concluye S. Pablo: que la plenitud de la ley es el amor y caridad, sin la cual no podemos obtener la bienaventuranza. Aunque distribuya, dice este apóstol, aunque distribuya todas mis facultades en socorro de los pobres, aunque entregue mi cuerpo á las llamas, aunque sea profeta, y penetre todos los misterios, aunque posea todas las ciencias, y tenga tanta fe, que pueda transferir los montes, si no tengo caridad, nada soy, nada me aprovecha. Y para que comprendamos bien esta suma de nuestra moral, de cuya observancia depende nuestra vida eterna, describe S. Pablo.

L

blo en seguida sus caractéres. *La caridad, dice, es paciente, es benigna, no tiene envidia ni emulacion, no obra en vano, no se hincha, no es ambiciosa, no busca exclusivamente sus propios intereses, no es ambiciosa, no se irrita, no piensa lo malo, ni se alegra de la iniquidad.... todo lo sufre, todo lo tolera....*

Con arreglo á estas invariables ideas podrá cada uno conocer en sí mismo cuándo le anima el amor de Dios, y la caridad del próximo; porque su mismo interior puede manifestarle si ama ó no á su hermano como á sí mismo, y á su Dios sobre todas las cosas. *Las cosas que sobrevienen á tu próximo, dice el Eclesiástico, entiéndelas en ti mismo. Lo que le aconteciere, ya sea amargo, ya alegre, ya triste, trasládalo á ti, y constitúyete en lugar de tu próximo; y así mirarás como propia su prosperidad ó su miseria. Lo que deseas para ti, hazlo por*

tu hermano, y no le hagas el daño que para ti no quisieras. Sobre estos principios de la naturaleza está apoyada la caridad con el próximo. El evangelio añade á ellos nueva fuerza, ordenando este amor por precepto tan riguroso y extenso, que comprehende hasta los mismos enemigos, á quienes no solo debemos perdonar, sino hacerles bien, para que Dios nos perdone. De otra suerte seria exécrable la oracion del pecador, que pide misericordia, dice S. Bernardo; porque no puede tener concordia con Cristo el que está discorde con el próximo, como san Agustin se explica; y para decirlo de una vez, entonces aprovecharémos en el amor de Dios, cuando tuviéremos caridad con nuestros hermanos, segun la expresion de S. Gregorio.

Hé aquí, señores, los únicos medios que la religion nos prescribe para conseguir la vida eterna. Si de-

seais pues participar de las glorias del Tabór, con que Jesucristo nos convida en este día; si aspirais á aquella vida feliz, en que libres de toda especie de males, y dotados de todo género de bienes, viendo á Dios como es en sí, le alabeis y goceis eternamente, amadle ahora en vuestra peregrinacion con toda vuestra alma y potencias; amadle en la prosperidad y en la adversidad; en la tribulacion y en el placer; amadle sobre todas las cosas; amadle en vuestros hermanos, usando con ellos de caridad, vistiendo su desnudéz, socorriendo su necesidad, visitando los enfermos, consolando los afligidos, sufriendolos en sus imprudencias, perdonándoles las injurias, y orando á Dios por ellos. De esta suerte mereceréis que os diga Jesucristo en el dia del juicio: *venid, benditos de mi Padre, venid á poseer el reino de la bienaventuranza, que os tengo preparado*

desde la constitucion del mundo. Yo asi os lo deseo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen. DIXE.



SERMON

PARA EL VIERNES
DE LA SEGUNDA SEMANA
de cuaresma.

*Ideo dico vobis, quia auferetur à
vobis regnum Dei. Matth. XXI.*

SEÑORES:

La parábola que hoy nos anuncia el santo evangelio, y la terrible consecuencia que de ella deduce Jesucristo, no solo debe llenar de una vergonzosa confusion al judío protervo, que desconoció á su Salvador, quitándole afrentosamente la

vida, sino inspirar al mismo tiempo un saludable temor á todos aquellos cristianos que viven abandonados á sus pasiones, y olvidados de los beneficios de Dios. "Un padre de familias plantó una viña, dice Cristo á los judíos, cercóla con vallado, hizole lagar de pisar, edificó una torre, y dióla en arrendamiento á unos viñadores. Venido el tiempo de la vendimia, envió á sus siervos á recoger los frutos. Pero los viñadores á uno de ellos hirieron, á otro mataron, á otro apedrearon. Á pesar de tan indigno tratamiento, envió de nuevo el padre de familias mayor número de siervos para el mismo efecto; mas ellos no fueron mejor tratados. Últimamente envió á su hijo, diciendo: á mi hijo respetarán; pero ellos en su interior dixeron: este es el heredero, venid, quitémosle la vida, y poseerémos la heredad. Aprehendido pues, le sacaron de la viña, y le dieron

muerte. Cuando venga el dueño de la viña, ¿qué hará con estos obreros? les pregunta Jesucristo. Tratará á estos malhechores como merecen, respondieron los judíos, y entregará su viña á otros colonos, que le den los frutos á su tiempo. Por esta causa os digo, les responde el Salvador, se os quitará el reino de Dios, y será entregado á gentes, que hagan frutos de vida eterna, y correspondan mejor que vosotros.

¡Terrible sentencia, señores! mas no por terrible ha dexado de experimentar sus funestas consecuencias un pueblo tan favorecido antes de Dios, y que en el día se halla en la mayor desolación y abatimiento, sin templo, sin sacrificio, sin sacerdocio y sin altar, por haber desconocido al Mesías, y cerrado los ojos de propósito á la luz de su evangelio. Mas su deplorable infelicidad, y sus enormes delitos, que fueron

causa de su reprobacion y ruina, aunque hayan sido el origen de los *tesoros del mundo*, y la *diminucion de los judíos la riqueza de los gentiles*, como se explica S. Pablo; sin embargo debemos mirar con estremecimiento la traslacion de estas gracias, ó reino de Dios, del judaismo al pueblo de los gentiles, principalmente si atendemos á que nuestra conducta no es menos reprehensible que la de los judíos, y á que Dios que les quitó su viña, arrojándolos por su ingratitud de la Iglesia, nos la puede quitar igualmente á nosotros en castigo de nuestras culpas. Examinemos pues las causas de la reprobacion de los judíos, para conocer el justo temor que deben inspirarnos de ser envueltos en semejante infelicidad. Esta será la materia del discurso, en el cual procuraré no separarme de los divinos oráculos para apoyar mis pruebas, no sea que juzgueis inten-

to infundiros un pánico terror, hijo de mi humor melancólico. Ayudadme todos á pedir las luces del Espíritu Santo, poniendo por intercesora á su augusta Esposa María santísima. Saludémosla con el ángel del Señor. *AVE MARIA.*

Ideo dico vobis &c.

Ante todas cosas, para entender el sentido de la parábola, y la fuerza de la sentencia de Jesucristo, es necesario saber qué viña sea ésta; quiénes los obreros de ella; quién el dueño que los privó de esta herencia, y á quiénes la trasladó. En seguida trataré de las causas que dieron motivo á esta traslación, y son el fundamento de nuestro justo temor. Reflexemos.

La viña del Señor de los ejércitos, dice el profeta Isaías, es la casa de

Israel. El padre de familias es Dios, que la eligió por pueblo suyo con preferencia á las demas naciones, que sepultadas en la idolatría, palpaban las densas tinieblas de la ignorancia y del error, adorando al sol, la luna, las estrellas, las bestias, los mas viles insectos, las legumbres mas despreciables, y aun al mismo demonio. En esta casa de Israel plantó Dios la viña de su Iglesia. Dióla para su cultivo á los hijos y descendientes de este patriarca: sacólos á este fin de la esclavitud de Egipto, y para colocarlos en la tierra de promision, los conduxo por el desierto, sustentándolos á fuerza de milagros por espacio de cuarenta años. El cielo les proveía de alimento en abundancia: su gobierno teocrático los hacia irresistibles: el cananeo, el ferezeo, el geteo, el amorreo y el jebuseo fueron triste víctima de la espada del Dios de los ejércitos, y los muros de las ciuda-

des mas inexpugnables se arruinaban á presencia del arca de su divino testamento, que llevaba siempre por delante el terror, la muerte y la victoria de sus enemigos.

¿Y fueron estos los únicos beneficios que hizo Dios á los judíos ó casa de Israel, operarios de su viña? ¡Ah! si registramos las santas escrituras, hallaremos que todos estos fueron solo preludios de su benéfica predileccion. Dióles leyes justas y sabias; instruyólos en el conocimiento del verdadero Dios; arregló su culto, para que pudiesen adorarle en espíritu y verdad, y llevar frutos abundantes de vida eterna; residia entre ellos como en propiciatorio: dióles con la religion templo, el mas suntuoso que hubo jamas sobre la tierra, sacerdotes para los sacrificios, profetas que les anunciassen las verdades y sus voluntades eternas. ¿Qué mas? prometióles una eterna alianza, un pacto sem-

piterno, si permanecian fieles en la observancia de sus preceptos; y para mas distinguirlos, y obligarlos á la gratitud, se dignó el Señor en el transcurso de los siglos enviar á su Unigénito al mundo, para que tomando carne en el vientre virginal de una doncella de la tribu de Judá, redimiese con su sangre á todo el universo. Este augusto personaje Dios y Hombre vivió entre los judíos, hermanos suyos por la sangre, por espacio de treinta y tres años, dándoles saludables documentos, sanando coxos y tullidos, curando enfermos y obsesos, y resucitando muertos.

Mas ellos (¿quién lo creyera, señores?) ingratos á tantos beneficios, sordos al clamor de los profetas, y siempre rebeldes al Espíritu Santo, que hablaba por su boca, no solo abusaron de estas gracias, persiguiendo y maltratando á los siervos del gran Padre de familias, sino que in-

currieron en un horrendo deicidio, dando afrentosa muerte al Unigénito de Dios. Hé aquí en suma las causas de la reprobacion de los judíos, y el origen de la exáltacion del gentilismo, á quienes Dios trasladó el reino de su Iglesia, llamándonos á su admirable luz, y entregándonos esta viña, para que cultivándola como buenos obreros, nos produxese frutos de amor de Dios, y caridad fraterna, que ofrecerle á su debido tiempo. Y nosotros, señores, ¿cómo correspondemos á tan singulares beneficios? ¿Qué cultivo damos á la viña de nuestra alma? ¿Qué frutos hemos conseguido en la Iglesia, que sean aceptos al Señor? Yo no sé qué responderos; pero me atrevo á decir, que no siendo inferior el desórden de nuestras costumbres al de las de aquel pueblo ingrato, esto mismo debe inspirarnos un temor justo de ser privados de la viña de la Iglesia, ó á lo me-

nos de la gracia, sin la cual nada podemos obrar en el órden de la salud eterna. Hagamos una breve discusion sobre los beneficios concedidos por Dios á uno y otro pueblo, y reconociendo por un riguroso cotejo las ventajas que en esta parte hacemos al pueblo judío, podremos despues formar el paralelo entre sus pecados y los nuestros, y deducir por justas consecuencias las causas de su reprobacion y de nuestro temor. Seguidme atentos.

Dios sacó de Egipto á los israelitas, librándolos de una dura esclavitud, y conducidos por ministerio de Moysés y Josué, los introduxo en la tierra de promision, arrojando de ella las gentes que la habitaban. Asi lo dice David en uno de sus admirables cánticos: *de Egipto, Señor, trasladaste la viña, arrojaste las gentes, y la plantaste.* Nosotros siendo gentiles, y sin conocimiento del verdadero Dios, fuimos sacados

por su misericordia del egipto ú tinieblas de la idolatría, y de la dura esclavitud del pecado, no por ministerio de alguno de sus profetas, sino por Jesucristo su Unigénito, que nos llamó á su admirable luz, y nos redimió con su preciosa sangre, mostrándonos como á hijos de Abraham segun el espíritu, una verdadera tierra de promision, que es su Iglesia, colocándonos en ella, como hijos adoptivos y herederos de aquel reino que habia quitado á los judíos. Á estos dió profetas; á nosotros apóstoles y evangelistas; á los judíos dió templo magnífico, culto brillante, ceremonias pomposas, y todo lo necesario para su justificación; á nosotros concedió templos mas augustos, destinados, no á sacrificar animalés, sino para el sacrificio del Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo; nos dió sacramentos mas eficaces, ceremonias mas nobles, sacerdocio mas

sublíme, y gracias mas abundantes. Á los judíos eligió como su pueblo favorito, marcándolos con el signo de la circuncision; á nosotros concedió el sacramento del Bautismo, en el cual somos reengendrados y signados con el carácter de cristianos, y los demas sacramentos que instituyó Jesucristo en su Iglesia para nuestra justificación. Á los judíos concedió una declarada protección, dirigiendo sus marchas, proveyéndoles de sustento con aquel milagroso maná que hizo descender del cielo, y residiendo entre ellos, para darles sus oráculos en el propiciatorio; á nosotros ha concedido una mas alta protección, dándonos para alimento de nuestra alma en el desierto de esta vida, aquel pan celestial figurado en el maná; es decir, el cuerpo y sangre de Jesucristo en la divina Eucaristía, que debe permanecer real y verdaderamente en su Iglesia hasta la con-

sumacion de los siglos, con arreglo á su infalible promesa.

¿Quién por el simple cotejo de estos hechos, que aprendemos en la sagrada historia de nuestra religion, no conoce las grandes ventajas que hacemos á los judíos en materia de proteccion y de beneficios recibidos del Señor? Exáminemos ya su ingratitude y enormes crímenes, que fueron causa de que perdiesen el reino de Dios, para formar el paralelo ó comparacion de sus delitos con los nuestros.

Ellos en primer lugar abusaron de los beneficios de Dios con horrible menosprecio. Hijos de Abraham, segun la carne, no lo fueron todos segun la promesa, por la imitacion de su fe. Bien presto degeneraron de la piedad de sus padres Abraham, Isaac y Jacob, transfiriendo á los ídolos el culto, solo debido á el verdadero Dios, y por esta incredulidad fueron desgajados,

dice S. Pablo, de la oliva fructífera de la Iglesia. Nosotros, como reflexiona un célebre expositor, llamados á la admirable luz del evangelio, y hechos amigos de enemigos que eramos, destruimos los ídolos, ídolos abominables de madera y de piedra, que eran el objeto ridículo de nuestra adoracion; pero bien presto erigimos en nuestro corazon otros no menos despreciables, á quienes damos culto.

Para comprehender esta verdad, distinguid dos especies de idolatría, la de la antigüedad, y la de los siglos posteriores. Aquella consistia en adorar las criaturas, y ésta en amarlas. Los antiguos idólatras dieron culto á Pluton y Mercurio, dioses de las riquezas y el comercio; pero los nuevos idólatras, mas delicados y de gusto mas fino que los otros, se contentan con amarlas. Y este amor, en que consiste la avaricia, ¿qué otra cosa es, segun S. Pa-

blo, que una verdadera idolatría? *Mortificate avaritiam, quæ est simulachrorum servitus.* Los antiguos idólatras adoraron á Baco, dios de la embriaguez y de la gula; pero los modernos se limitan á amar la gula misma, y este amor es otra especie de idolatría, peculiar de aquellos cristianos, *cuyo dios es su vientre*, como se explica el Apóstol, llamándolos *enemigos de la cruz de Cristo.* Los antiguos idólatras erigian templos, y daban adoracion á Venus, diosa, segun ellos, de los deleites impuros; pero los idólatras de nuestro siglo se contentan con ofrecer incienso, y erigir ara en su corazon al objeto mismo de su deleite criminal; y á esto llama S. Pablo, *esclavitud de los ídolos, que no tiene parte en el reino de Cristo y Dios.* Ved aquí la frecuencia con que caemos en el primer delito ó motivo que dieron los judíos para ser privados de su reino."

La segunda causa que dieron para su reprobacion, fue desatender á los profetas, que les anunciaban la verdad, persiguiendo á veces y quitando la vida á estos siervos, que enviaba el gran Padre de familias como colectores de los frutos de su viña. La pena con que debia ser multado tan enorme delito, la anunció el mismo Jesucristo, lamentándose de la ingratitude de su pueblo con estas palabras. "Jerusalen, Jerusalen, que quitas la vida á los profetas, y apedreas á los que se te han enviado, ¿cuántas veces he querido congregare tus hijos, como la gallina congrega bajo las alas á sus pollos, y no habeis querido? Hé aquí que vuestra casa quedará desierta."

Por lo que á nosotros hace, nadie ignora que hemos tenido apóstoles, evangelistas y doctores que nos han hablado en nombre de Jesucristo; ni aun en el dia nos fal-

tan predicadores zelosos, ministros ilustrados, que nos anuncien las verdades y los juicios del Eterno. ¿Y cómo son tratados de ordinario estos siervos del Padre de familias? Vosotros lo sabeis, señores. Es verdad que no los apedreais, ni quitais la vida, como lo executaban los judíos; pero les quitais la honra y buena fama; injuria y hostilidad tan enorme, que no es inferior á la muerte; pues como afirma S. Pablo de sí mismo, mas querria morir, que el que alguno le privase de la gloria de su honor: *bonum est enim mihi magis mori, quam ut gloriam meam quis evacuet*: y el Espíritu Santo dice en los proverbios, que la buena fama es preferible á todas las riquezas. Á pesar de estos oráculos tan expresos, nada es mas frecuente en nuestros dias, que desacreditar á los ministros de la palabra. Segun el dictámen de los mundanos, unos son codiciosos, otros

inflados y soberbios; éste de cortos talentos; aquel ignorante en la elocuencia: á veces son impostores, exágeradores, declamadores importunos, verdugos de las conciencias, enemigos de la sociedad y de la humanidad. ¿Qué mas? hombres ilusos, visionarios, orugas y peste de la república, gravosos á los pueblos, seductores de beatas, ociosos, vagabundos... ¿No son estos los dicterios con que son tratados en nuestros dias los siervos del Padre de familias? ¿No son estos los frutos que recogen en la viña de su Iglesia? ¿No es este el brillante idioma de los incrédulos y libertinos de nuestro siglo? ¿Con qué satisfaccion no vierten estas y semejantes calumnias en sus asambleas bacanales y luperales estos apóstoles de la sensualidad, para pasar por hombres instruidos, cultos y civilizados á presencia de los ídolos que han erigido en su corazon! Engreidos con

las falsas ideas de su filosofismo, y dexándose arrastrar de la vanidad de sus sentidos, como dice el Apóstol, obscurecido su entendimiento con las tinieblas de su ignorancia, viven apartados de Dios, por la ceguedad de su corazon. Ciegos miserables y guias de otros ciegos, marchan al precipicio á grandes pasos, atrayendo la ira del Señor sobre su pueblo.

Ni se contentan con burlarse del evangelio, persiguiendo con injurias á sus ministros, sino que desconocen á Jesucristo, y le maltratan hasta crucificarle con sus lenguas y obras, que fue la tercera y última causa de la reprobacion de los judíos. El Salvador, hecho carne, vino entre los suyos, dice S. Juan, y no lo conocieron. El trage humilde en que apareció sobre la tierra fue una piedra de tropiezo y de escándalo, segun la expresion de S. Pablo, y cayendo sobre ella, se hirie-

ron y quebrantaron, como les pronosticó el mismo Jesucristo. Herodes, persiguiéndole de muerte; los fariseos y escribas, desacreditando su doctrina, y atribuyendo sus milagros al poder de beelzebú, príncipe de los demonios; Pilatos, sentenciándole á los azotes y al suplicio afrentoso de una cruz; los ministros de la execucion, tratándole con la mayor ignominia y crueldad; el pueblo grosero é ignorante, cubriéndole de injurias sobre el calvario: todos estos cayeron de tropel sobre la piedra, se hirieron, se quebrantaron, y por su incredulidad se desgajaron del frondoso árbol de la Iglesia hasta el presente dia, en castigo de su ingratitud, que ha trascendido á sus hijos y descendientes por todas las siguientes generaciones, como lo pidieron sus mayores poco antes de derramar la sangre del justo. ¡Pena debida á delitos tan enormes!

¿Y juzgais por ventura inferiores los vuestros? ¡Ah, señores! el que tenga oídos para oír, oiga, os dice Jesucristo. Si los judíos, como se explica S. Pablo, *hubieran conocido la divina sabiduría que encerraba el misterio (de la Encarnación), nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria*; jamás le hubieran injuriado ni cubierto de tantos oprobios; pero vosotros, que llamados misericordiosamente á su admirable luz, plantados en el seno de su Iglesia, reengendrados y adoptados por hijos en las aguas saludables del sacro Bautismo, y hechos templos vivos del Espíritu Santo; vosotros, digo, que haceis profesion de conocer y amar á Jesucristo, por cuyos méritos habeis sido elevados á la altísima dignidad de hijos de Dios y herederos de su reino inmortal, ¿cómo desempeñais los deberes de cristianos? ¿No puede con justicia vuestro Salvador hacer os la

misma reconvencion, que en otro tiempo á los judíos por medio de su profeta: *este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí?*

Echad por un momento la vista sobre la innumerable multitud de gentes que encierra esta capital: exáminad su vida y sus costumbres. ¡Qué de Judas no descubriréis, haciendo traición á su divino Maestro, y vendiéndole por el vil precio de una pasión favorita! ¡qué de escribas y fariseos, que hablando en tono de oráculos de la disciplina mas severa, de la moral mas rigurosa, de la reforma de costumbres, jamás se han propuesto el arreglo de las suyas! ¡Qué de Herodes, tratando á lo ridículo á Jesucristo en su doctrina, en sus misterios, en sus ministros! ¡Qué de Pilatos, faltando á la justicia, y condenando la inocencia por el vano respeto de no desagradar á los

grandes, ó por una detestable codicia! ; Qué de gentes de todos estados, edades y condiciones, insultando al Salvador, é irritando su furor con juramentos, blasfemias, sacrilegios, sensualidades, rapiñas, dolos, monopolios y toda especie de vicios capitales! ; No son estos, os ruego, otros tantos cristianos de solo nombre, que injurian su profesion de tales, como S. Agustin se explica, y que cuanto está de su parte, *crucifican de nuevo á Jesucristo con sus culpas*, segun la expresion del Apóstol?

Hé aqui un exácto cotejo de los crímenes cometidos por los judíos para ser privados del reino de Dios, por comparacion á los pecados que nosotros cometemos en el seno del cristianismo. En beneficios recibidos del gran Padre de familias les hacemos ventajas, y nuestros delitos en nada son inferiores, como os he demostrado. Ellos por su ingra-

titud perdieron la viña ó Iglesia del Señor. Dios es árbitro soberano de sus gracias, y sin que nadie le pueda argüir de injusticia, dueño de trasladarlas á otras naciones, segun su beneplácito, privando de sus dones á los que han abusado de ellos. Esta ha sido la conducta ordinaria de su divina providencia con respecto á su Iglesia. Apostataron los ángeles rebeldes, y en su lugar substituyó á los hombres: en el progreso de los siglos, las bendiciones que parece debian pertenecer á Ismael, Esaú y Manasés, fueron dadas por inspiracion divina á Isaac, Jacob y Efraim: á Saul fue substituido David; los gentiles á los judíos; á Judas traidor sucedió S. Matias en el apostolado.

¿Qué se sigue de aqui? Deduced vosotros las consecuencias; y para que sean justas, no olvidéis que las promesas hechas por Jesucristo á

su Iglesia, de que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella, y de estar con nosotros hasta la consumacion de los siglos, no deben entenderse de la Iglesia particular de algun reino ó provincia, sino de la universal ó católica, extendida por todo el mundo, oculta en unas partes por la persecucion de sus enemigos, en otras manifiesta ó con culto público, porque la profesan ó toleran los soberanos del territorio. Esta durará tanto como el mundo, sin que basten para su extincion, ni las fuerzas humanas, ni todo el poder del infierno, por ser Dios su escudo inexpugnable y su defensa. Pero no debeis discurrir del mismo modo acerca de varias iglesias particulares, que chocando sobre la piedra angular, que es Jesucristo, ya en la Eucaristía, ya en sus sacramentos ó misterios, han sido tronchadas, como ramas secas é inútiles de aquel frondoso árbol,

que les suministraba antes el xugo y el verdor.

En confirmacion de esta verdad echad por un momento la vista sobre estos desgraciados países, en que tanto florecia antes el catolicismo, separados ya de nosotros, y envueltos en las tinieblas de sus errores. Volved los ojos al norte, al oriente, al medio dia, y vereis con dolor separadas de la *Católica* las célebres iglesias de las islas de los santos, las griegas cismáticas, las de oriente, las de Egipto, y tantas otras del África. ¿No chocaron todas estas, y se deshicieron contra la piedra de la doctrina y preceptos de Jesucristo? ¿Sus pecados no les atraxeron su ruina y separacion del reino de Dios? ¿No deberá esto inspirarnos un temor saludable de ser arrojados de la vida como ellos? ¿No podrá el Señor formar de las mismas piedras hijos de Abraham por su fe, que le

den sus frutos en tiempo?

Ultimamente, señores, consultad sobre la materia á S. Pablo en su epístola á los romanos: "si algunos de los ramos, dice de los judíos, fueron tronchados, y tú siendo acebuche fuiste ingerto en ellos, y hecho partícipe de la raíz y aceite de la oliva, no te glories contra los ramos... Tú dirás, los ramos fueron quebrados para ser yo ingerto. Está bien, ellos fueron desgajados por su incredulidad: tú estás firme en la fe; no te ensoberbezcas, sino teme: no sea que Dios, que no perdonó á los ramos naturales, no te perdone á ti. Atiende á la bondad y á la severidad de Dios; la severidad en orden á los que cayeron, la bondad respecto de ti, si permanecieres en ella; de otra suerte serás tambien cortado: y ellos, si dexan su incredulidad, serán inger-tos, porque Dios es poderoso para ingerirlos otra vez."

Hé aquí, hermanos míos, las causas y graves fundamentos que deben inspirarnos un justo y saludable temor de perder la viña de la Iglesia, en que Dios nos ha colocado para obrar frutos de vida eterna. Si nuestros pecados pues son los mismos, ó mayores que los de los judíos; si desconocemos y abusamos de los beneficios de su infinita bondad; si desatendemos su divina palabra, é injuriamos á los ministros de ella; si lejos en fin de obedecer sus preceptos, crucificamos de nuevo á Jesucristo con nuestras culpas, ¿no deberemos temer ser envueltos en la desgracia de los judíos, y de tantas otras naciones separadas de la Iglesia, y entregadas á un sentido réprobo? Y cuando no llegue á tal extremo nuestra infelicidad, ¿no deberemos temer que irritado por nuestras culpas el Padre de familias, nos prive de su gracia, sin la cual no podemos obrar frutos de vida eterna, ni poseer su

reino? *Auferetur à vobis regnum Dei...
noli altum sapere, sed time... alioquin
et tu excideris.*

Omnipotente y sempiterno Dios,
Señor de toda bondad, y Padre de
misericordia, apartad, os rogamos,
vuestros ojos para no ver nuestras
iniquidades. Nosotros hemos pecado,
abusando de vuestra clemencia: no
somos ya dignos de llamarnos hijos
vuestros. Mas reconocemos nuestros
yerros; los detestamos á presencia
vuestra y de los ángeles tutelares de
este templo; volvemos arrepentidos
y con un firme propósito de no vol-
veros á ofender. ¿Nos arrojaréis, Pa-
dre nuestro? ¿Nos negaréis el per-
don que pedimos humillados? Alen-
rad vuestra esperanza, hermanos
míos, y ratificad vuestra resolucion
á los pies de Jesucristo, diciendo en
lo íntimo de vuestro corazón: Señor
mío Jesucristo &c.



SERMON

PARA LA

DOMINICA TERCERA

DE CUARESMA,

sobre las vanas esperanzas del peca-
dor que difiere la penitencia.

*Et fiunt novissima hominis illius pejo-
ra prioribus.* Luc. XI. 26.

Serán los fines de aquel hombre peo-
res que sus principios.

SEÑORES:

Este terrible oráculo de nuestro
Salvador, en la ocasion de haber

reino? *Auferetur à vobis regnum Dei...
noli altum sapere, sed time... alioquin
et tu excideris.*

Omnipotente y sempiterno Dios,
Señor de toda bondad, y Padre de
misericordia, apartad, os rogamos,
vuestros ojos para no ver nuestras
iniquidades. Nosotros hemos pecado,
abusando de vuestra clemencia: no
somos ya dignos de llamarnos hijos
vuestros. Mas reconocemos nuestros
yerros; los detestamos á presencia
vuestra y de los ángeles tutelares de
este templo; volvemos arrepentidos
y con un firme propósito de no vol-
veros á ofender. ¿Nos arrojaréis, Pa-
dre nuestro? ¿Nos negaréis el per-
don que pedimos humillados? Alen-
rad vuestra esperanza, hermanos
míos, y ratificad vuestra resolucion
á los pies de Jesucristo, diciendo en
lo íntimo de vuestro corazón: Señor
mío Jesucristo &c.



SERMON

PARA LA

DOMINICA TERCERA

DE CUARESMA,

sobre las vanas esperanzas del peca-
dor que difiere la penitencia.

*Et fiunt novissima hominis illius pejo-
ra prioribus.* Luc. XI. 26.

Serán los fines de aquel hombre peo-
res que sus principios.

SEÑORES:

Este terrible oráculo de nuestro
Salvador, en la ocasion de haber

curado á un hombre poseido del demonio, debe turbar sin duda aquella falsa paz y funesta calma en que reposan un gran número de pecadores, que difieren su conversion (como una cosa que está en su arbitrio) hasta la hora de la muerte. En este endemoniado entienden comunmente los padres y expositores á un pecador reincidente y de costumbre, ciego, sordo y mudo; que ni ve el infeliz estado de su conciencia, ni el abismo en que se expone á caer, y que se presenta mas de una vez á los ojos de su fe; ni oye la voz de la gracia que le habla al corazon, ni la palabra de Dios, que tantas veces ha sonado como una trompeta á sus oidos, anunciándole la incertidumbre de la hora, el rigor de la cuenta, lo inexorable del supremo Juez, la eternidad del destino, feliz ó infeliz, segun sus obras; ni habla para manifestar sus pecados (con el debido

dolor y propósito) al ministro de la reconciliacion, ni para implorar el auxilio y la misericordia del Señor, á quien tiene ofendido; ni atiende finalmente á las tribulaciones con que, para su bien, á veces le visita, ni á la adorable paciencia y longanimidad con que espera Dios su penitencia.

Hé aqui el estado ordinario de los pecadores de costumbre. Ellos no obstante viven en la firme persuasion de salvarse, difiriendo su conversion de dia en dia, y contando hasta en la hora de su muerte con todo lo necesario para obrar su salud; porque entonces creen poder disponer á su arbitrio del tiempo, de su voluntad, y de la gracia de Dios. Vanas esperanzas que les sugiere el demonio para perderlos, como san Agustin se explica: falsa seguridad con que los entretiene durante su vida, para triunfar de ellos mas á su salvo en la hora de la muerte: paz

falsa y amarguísima, según la expresión del Real profeta, en que el alma se descuida y entorpece, en que los vicios se multiplican, en que el demonio se fortifica como en un castillo inexpugnable, y en que Dios, para decirlo de una vez, en justo castigo del abuso que en tiempo han hecho de sus gracias, suele escasearlas, ó retirarlas. Sobre esta clase de pecadores recae principalmente la sentencia de Jesucristo, cuando afirma que serán peores sus fines que sus principios: *et fiunt novissima hominis illius, pejora prioribus*. Para despertarlos pues del profundo letargo en que yacen, y disipar sus tinieblas, les haré ver en esta hora la vanidad de sus esperanzas de conversión, si la diferieren hasta la muerte. Esta será la materia. Si ella os contrista, yo me alegraré con S. Pablo, de haberos contristado hasta obtener de vosotros una pronta y verdadera pe-

nitencia. Como tengo la satisfacción de hablar á un pueblo cristiano, y que desea su salud eterna, me lisonjeo de vuestras atenciones y benevolencia sobre un asunto que tanto os interesa. Ayudadme pues á pedir las luces del Espíritu Santo por la poderosa intercesión de María santísima. Saludémosla con el ángel: *Ave Maria*.

Et fiunt novissima &c.

Basta echar por un momento la vista sobre las santas escrituras, y los testimonios que acerca de la materia nos han dexado los padres de la Iglesia, para quedar plenamente convencidos del inminente y gravísimo peligro de condenación á que está expuesto el pecador que difiere su conversión hasta la hora de la muerte; porque es muy dudoso

tenga entonces tiempo, voluntad y gracia para hacer saludable penitencia. Reflexionemos.

El pecador, señores, cuenta con el tiempo como si lo hubiese recibido, no en depósito, sino como un censo, para poder disponer de él á su arbitrio; sin considerar que el número de nuestros años es incierto, como decía Job, y que según la expresión del mismo Jesucristo, no se nos ha concedido tener conocimiento de los tiempos ó momentos que reservó para sí el Padre celestial. "No tardes pues en convertirte al Señor, nos previene el Espíritu Santo en los proverbios, ni lo diferas de día en día; ni digas: la misericordia de Dios es grande, y se compadecerá de la multitud de mis pecados..... porque repentinamente vendrá sobre ti su ira, y en el tiempo de su venganza te exterminará." ¡Qué de figuras, qué de símbolos, qué de parábolas no nos presentan

los sagrados libros para turbar la falsa paz de los pecadores, y advertirles la vigilancia que deben tener para no ser sorprendidos en la venida del supremo Juez de vivos y muertos!

Aquí nos proponen un avariento rico y entregado á los placeres, que solo piensa en agrandar sus troxes, para recoger sus abundantes frutos, y pasarlo bien por muchos años, intimándole su muerte en aquella misma noche. Allí nos presentan unas vírgenes descuidadas y necias, que no habiendo preparado aceite para sus lámparas, cuando quisieron buscarle para recibir al esposo, que vino á la media noche, fueron desconocidas y excluidas del convite, y recibieron por respuesta: velad y orad, porque ignorais el día y la hora. Aquí nos dicen, que vendrá como un ladrón en el silencio de la noche, y que no sabremos la hora de su terrible venida. Allí nos testi-

fican que vendrá sobre nosotros como un ave de rapiña, que sorprende y arrebatada en un momento la tímida é incauta presa. Aquí nos amenazan comparando su venida con la del dueño de una casa, que se presenta en ella en el tiempo mismo de haberla puesto en desórden un esclavo.

Alli....

Mas no nos detengamos en multiplicar oráculos sobre una verdad tan notoria, y que tocamos cada dia con una triste experiencia. No es mi ánimo traerlos á la memoria aquellas muertes trágicas, que os han llenado mas de una vez de terror y confusion: ni quiero os limiteis á considerar únicamente la desgraciada suerte de tantos jóvenes de uno y otro sexó, arrebatados en la flor de su edad, y cuando solo pensaban en satisfacer sus apetitos; ni la desastrada muerte de tantas personas robustas, que contando con muchos años de vida, cedieron en

un momento á la violencia de un rayo, de un incendio inopinado, ó al cruel golpe de un asesino; ni os hablaré una palabra de aquellos hombres criminales, que solo llaman al confesor cuando asaltados, por la proximidad de su muerte, de horribles convulsiones, estan como fuera de razon, y solo aprópósito para arrojar lamentos y suspiros, que apenas entienden lo que se les dice; y tan sordos á veces, que únicamente son capaces de oír la voz del soberano Juez cuando los llame á juicio.

Yo quiero ser mas indulgente con vosotros, ¡pecadores temerarios y presuntuosos, que diferís vuestra conversion hasta la muerte! Quiero permitirlos por un momento que veais acercarse lentamente vuestra hora, y que un ministro del Señor os anuncie de su parte la muerte inevitable, como lo hizo con el rey de Judá el profeta Isaías. ¿Tendréis en

esta hipótesi lugar de convertirlos, habiendo vivido hasta este momento en el crimen? ¡Ah señores! yo me atrevo á deciros, que entonces es muy dudoso tengais tiempo oportuno y aceptable. Es bien raro, dice un sabio, pasar rápidamente del amor dominante del pecado al amor de Dios y de las cosas celestiales; de la esclavitud del demonio y de las pasiones al reino de Jesucristo en nuestras almas; del hábito de los pecados al estado de la gracia.... La conversion de los pecadores, principalmente de los consuetudinarios y envejecidos en el vicio, se obra lentamente en el curso ordinario, y á veces por grados insensibles; y por esta causa la Iglesia preparaba largo tiempo á los catecúmenos antes de recibirlos al bautismo, y á los cristianos delincuentes en ciertos crímenes prescribía años enteros de la mas severa penitencia; ni en el dia los admite al

sacramento de la reconciliacion, sin haber dado antes muestras de arrepentimiento, de dolor, y de un firme propósito de la enmienda. ¿Será por ventura privilegio de las cercanías de la muerte obrar con facilidad la correccion de estos necios impios y malvados, que tan difícil juzga y publica el Espíritu Santo? ¿Ó bastará que el enfermo vea su próximo peligro, para renunciar del cuerpo del pecado, triunfar de todos sus vicios, é inflamarse en amor de Dios y en caridad? ¿Esperar á convertirse en estos últimos dias, será un método abreviado y seguro de conseguir la salud eterna?

¡Ah señores! ¡cuán distintamente piensan sobre la materia los padres de la Iglesia! S. Juan Crisóstomo no duda llamar á estas mutaciones, conversiones de teatro. San Agustin, hablando de los que difieren su penitencia hasta la muerte, se explica con estas terribles

palabras: de cien mil hombres, cuya vida fuere mala hasta la muerte, uno apenas obtendrá el perdón de Dios; y no he hallado en los sagrados libros, que en cinco mil años se haya salvado sino uno; por lo cual es peligroso y próximo á perecer eternamente, retardar la penitencia hasta la última hora. Teme pues, concluye este padre, no sea que la muerte te arrebate, la dilacion perezca, y suceda la condenacion eterna. El impio, dice S. Gregorio, el impio que retarda su penitencia hasta la última hora, la obtendrá; mas será una penitencia sin fin. Es mas facil conservar por toda la vida la inocencia del bautismo, que recobrarla en la muerte por la penitencia. ¿Os parecen duros estos testimonios? Oid otros mas fuertes de boca del mismo Dios. *El corazon endurecido lo pasará mal en su muerte; y el que ama el peligro, en él perecerá,* dice por el eclesiástico; *porque el*

camino de los pecadores está apisonado de piedras, y el fin que les espera son los infiernos, las tinieblas y las penas.

¿Mas qué hago? ¿pretendo inspirar la desesperacion á los pecadores? ¿Anuncio como imposible la conversion de los moribundos? ¿Está para ellos abreviada la mano del Señor? Nada menos. Yo alabo y bendigo su misericordia. Yo sé que de tiempo en tiempo ha hecho ostentacion de su infinita bondad, haciendo triunfar á su gracia de los pecadores mas duros y obstinados. San Mateo, la Samaritana, la pecadora del evangelio, la adúltera, S. Pablo, S. Agustin, para omitir otros muchos, son otros tantos monumentos auténticos de su inefable caridad. Ni se me oculta que al buen ladrón se le concedió el paraíso en el momento de ser ajusticiado por sus delitos. ¿Pero quién duda que todas estas conversiones fueron milagro-

sas? ¿quién ignora sería un gravísimo pecado de presuncion y de temeridad esperar á salvarse por milagro? Y en órden al buen ladron, debe tenerse presente, como reflexiona el Emiseno, no solo la devocion de su fe, sino las circunstancias que sirvieron como de motivo para el perdón; por ser un dia en que titubeó hasta la fe de los justos; dia en que Jesucristo murió en la cruz; dia de jubileo universal para todo el mundo; dia en que se satisfizo con tanta pròdicalidad el precio de nuestra redencion; dia en que se abrieron los abismos de la divina clemencia, y en que se difundieron sobre la faz de la tierra las fuentes de la misericordia del Señor. Mas dadme otro ladron, dice S. Agustin; es decir, otro que habiendo permanecido hasta su muerte en el pecado, merezca oír: *hoy serás conmigo en el paraíso*. Si registramos todo el cànón de las es-

crituras, como se explica S. Bernardo, solo hallamos al buen Ladron que se haya asi salvado. Ademas, que yo no digo, ni católico ninguno afirma ser imposible la conversion de un pecador moribundo, por obstinado que haya sido; pero sí afirmo, apoyado en los divinos oráculos y en el testimonio de los padres, que es sumamente difícil, incierta y dudosa la penitencia retardada hasta aquella hora, por falta de tiempo aceptable y oportuno.

Ni es menos dudoso é incierto tenga en aquel momento voluntad ó deseo sincero de convertirse. ¡Oxalá, señores, fuese un falso profeta en esta hora, y solo hablase mentiras! como lo deseaba en otro tiempo Miqueas: *utinam non essem vir habens spiritum, et mendacium potius loquerer!* ¡Oxalá en lugar de anatemas pudiera llenar de bendiciones al pecador, poniéndolas Dios en mis labios como en los de Balaam! ¡Oxa-

la pudiese ceñirme á anunciaros cosas de placer y alegría, como pedía el pueblo de Israel al profeta Isaías! ¿Pero cómo haré yo traicion á la divina palabra? ¿Cómo me expondré á incurrir en la indignacion de Dios por complacer á los pecadores? Hijo del hombre, dice á su profeta Ezequiel, si cuando te mando digas al impío que morirá eternamente, no se lo anuncias de mi parte, él morirá en su pecado; mas su condenacion la requeriré de tu sangre.

Bien conozco que las verdades que os anuncio son terribles en sí mismas; pero por no contristaros, ¿os ocultaré los juicios del Eterno? ¿Os dexaré caer tranquilamente en las manos de Dios vivo, por no turbar vuestra funesta paz? ¿Os abandonaré á una temeraria presuncion, por no inquietar la piscina de vuestras conciencias? No, señores, no pretendo arrojaros en la desesperacion de Caín; mas quiero impedir arras-

treis hasta el sepulcro la dureza de Faraon. Turbaré vuestra pérvida tranquilidad, y nada os ocultaré de aquellas palabras, que faltarán primero los cielos y la tierra, que el pleno cumplimiento de una de sus sílabas.

“Si, hermanos míos, (me valgo de las expresiones enérgicas de un célebre orador de nuestro siglo), si vuestra última enfermedad os sorprende en vuestros desórdenes, que no habeis procurado expiar por la penitencia hasta este momento, es muy dudoso tengais deseo sincero de conversion, y acaso llevaréis hasta el último aliento una obstinacion sellada con el crimen. ¿Cuántos monstruos de esta naturaleza no se han visto morir en todos tiempos! ¿Qué no pueda yo representaros aqui los diferentes géneros de muerte escandalosa, que siempre se han mirado como un sello público de la reprobacion! ¿Qué diriais de este avariento moribundo, que solo sien-

te, como el rey de Amalec, la separacion de sus riquezas; que no quiere restituir unos bienes que á su pesar se caen de entre sus manos trémulas; y que abandona su alma con mas gusto que sus tesoros? ¿Qué de este ambicioso, empleado toda su vida en nutrir proyectos quiméricos, y que se ocupa aún en el edificio de su fortuna, cuando está próximo á caer en el sepulcro? ¿Qué de esta persona sensual, cuyo corazon arde aún en una llama impura, cuando no es mas que un esqueleto asqueroso, cuyas últimas palabras son juramentos abominables hechos al objeto de su pasion; cuyas últimas miradas van dirigidas á su ídolo; y cuyo último suspiro es el último crimen? ¿Qué de este moribundo desesperado, que como otro Caín, cree irremisibles en aquel momento sus pecados, que consternado de los juicios de Dios, solo ve en el cielo un Juez inexorable, al-

rededor de sí á los demonios, y baxo sus pies el infierno abierto; que muere así sin piedad, sin consuelo, sin esperanza, y habiéndose ya reprobado él mismo?... ¿Qué de este impio, que solo junta el resto de sus fuerzas para vomitar blasfemias contra el cielo? ¿Qué de este vengativo, que rehusando perdonar á su enemigo, conserva hasta el sepulcro sus ódios inveterados? ¿Qué en fin de esta persona jóven, que arrebatada inopinadamente en la sazón de sus placeres, hallándose con horror cerca de las puertas del abismo, sin haber mediado sus dias, sin haber hecho penitencia, y mil veces mas sensible á la necesidad de abandonar un mundo á quien adora, que al abandono de su Dios?... Despues de tan funestos exemplos, ¿no podré yo desconfiar de la penitencia de los pecadores, diferida hasta el lecho de la muerte? Sus proyectos de santidad, de que han abusado tanto

tiempo, ¿no es muy dudoso los pongan en execucion en aquella hora? Las dilaciones de penitencia, que en salud renovais todos los años, las renovaréis entonces todos los días, disputando hasta las horas á la penitencia.

Mas *acaso* tendremos en la hora de la muerte, dicen (no sin temeridad) algunos, un deseo sincero de conversion, que inflame en nuestra alma el amor de la justicia, y entonces con un solo *pequé* lograremos nuestra justificacion, como la consiguió David. ¿Temeraria presuncion, mortales! Cuando se trata del alma y de la eternidad de la vida, dice S. Juan Crisóstomo, no apoyeis vuestra esperanza sobre el debilísimo fundamento del *acaso*, expresion que debe estar muy distante de la boca de un cristiano. Tomad el partido cierto, y abandonad el incierto, nos previene un padre de la Iglesia. ¿No estaria delirando el

enfermo, que á un remedio seguro prefriese otro, que *acaso* le aprovecharia? ¿No seria loco el caminante, que dexando la senda cierta para llegar á su destino, emprendiese otra, que solo *acaso* le conduxese al mismo lugar? ¿No seria un necio, un demente, el que se entregase al sueño en la orilla de un pozo, solo con la esperanza de que *acaso* no se rodaria? *No quieras pues ser necio*, dice el Espíritu Santo, *no sea que mueras fuera de tu tiempo.* El jóven, añade, *aun cuando llegue á la vejez, no abandonará la senda que ha emprendido; y cuando llegue el impío á la profundidad de sus pecados, todo lo desprecia*: los consejos, las leyes, las amenazas, las correcciones, los exemplos, los derechos; y por este medio sucede de ordinario, que el que no ha querido enmendarse en los primeros años, empieza á no querer en los siguientes, como se explica Eusebio el Emiseno.

Pero permitamos que algunos de estos pecadores que han diferido su penitencia hasta la muerte, manifiesten *acaso* en aquella hora deseos de conversion. Permito que derramen muchas lágrimas; ¿mas si serán hijas del dolor y compuncion de sus culpas, ó *acaso* gemidos inútiles, como de los de Esaú testifica la escritura? Permito, que digan *pequé*, á imitacion de David; ¿mas si hablarán de corazon, ó *acaso* solo en apariencia, como cuando Saúl evocó la sombra de Samuel? Permito hagan oraciones y votos fervorosos al Señor; ¿mas si procederán de amor de Dios y verdadero arrepentimiento, ó serán *acaso* como los deseos y protestas de Antíoco, de enriquecer el templo del Señor, reparar sus sacrílegas violencias, y publicar por todo el mundo la gloria y la magestad del Dios de Israel? Se oye, yo lo confieso, se oye á muchos de estos moribundos envejecidos en el vi-

cio, pronunciar, *Señor, pequé*, con sollozos y suspiros; ¿mas si será *acaso* este *pequé* tan inútil como el de Faraon y de Judas, y principio lamentable de un grito sempiterno? S. Agustin desconfia mucho de estas conversiones, y acerca de ellas afirma, que lo que esta clase de pecadores teme, es arder, no el pecar: *ardere metuunt, peccare non metuunt*; porque sus vicios, añade, son los que los han abandonado, no ellos á los vicios: *Dimiserunt te peccata, non tu illa.*

En efecto, si á uno de estos penitentes de teatro llegase un profeta, que de parte del Señor le anunciase, como al rey Ezequías, que aún tenia vida para muchos años, veriais cuán presto desaparecia toda la máscara de penitencia. Al punto separaria de sus manos el crucifixo, á quien estaba haciendo antes tiernas deprecaciones; enxugaria sus lágrimas; despediria al sacerdote que

le asistia y consolaba; cesaria la profusion de sus legados píos y limosnas, y apenas convallecido del miedo de arder en el infierno, le veriais volver como el perro al vómito, ó como el cerdo al lodo. Sus crímenes detenidos por algun breve espacio de tiempo, como las aguas del mar Roxo mientras pasaba el pueblo hebreo, ó como las del Jordán en el tránsito del arca del testamento, correrian despues á manera de impetuosos torrentes, envolviéndole en el abismo en que antes yacia.

¿Pero qué digo? ¿No es esto lo que tocamos por experiencia en la convalencia de muchos pecadores? ¿No vuelve, dice un sabio, el avariento á su tesoro y á su anterior codicia; el ambicioso á sus intrigas, y tal vez simonías; el inicuo magistrado á sus prevaricaciones; el mundano á sus mismos placeres; la muger impura á sus prostituciones; el hipócrita á sus sacrilegios; el impío

á sus blasfemias? Tan cierto es que la pretendida conversion no tenia otro principio que la presencia del peligro, y que no procedia de verdadero dolor de sus pecados, ni del amor de Dios y deseo sincero de la salud eterna: *dimiserunt te peccata, non tu illa. Ardere metuunt, peccare non metuunt.* Para no exponernos pues al riesgo de perecer en el juicio de Dios, no dilatemos la penitencia, porque no sabemos si tendremos el necesario tiempo y voluntad verdadera de convertirnos al Señor en nuestra última enfermedad. Ni para este efecto tenemos tampoco vinculada la gracia. Seguidme atentos.

Para no errar en materia tan delicada, es necesario suponer ciertos principios que la religion nos enseña, y en que todo fiel cristiano debe estar instruido. En primer lugar es dogma de fe, que no hay pecador, por duro, por envejecido, por obstinado que sea, que deba deses-

perar de su conversion, si quiere seguir las inspiraciones de Dios, con cuyo auxilio todo lo podemos en el orden de la salud, segun la sentencia de S. Pablo. En segundo lugar es de fe, que sin la gracia nada podemos hacer, como dice el mismo Jesucristo; y el concilio de Trento cubre de anatemas al que dixere, que sin que preceda la inspiracion del Espíritu Santo y su auxilio, puede el hombre creer, esperar, ó arrepentirse como conviene, para que se le confiera la gracia de la justificacion. Bástale al hombre para incurrir en el pecado, dice S. Agustin, el propio albedrío con que se ha viciado á sí mismo; mas para volver á la justicia necesita de médico, porque está enfermo; necesita de quien lo vivifique, porque está muerto.... ¿Quién pues hará penitencia si Dios no se la diere? ¿No dice el Salvador: *ninguno puede venir á mí, si el Padre que me envió no lo traxere?* Igual-

mente cierto es, que no podemos merecer la gracia, ni á nadie es debida de justicia, porque dexaria entonces de ser gracia, como el Apóstol nos enseña. Es un don puramente gratuito que Dios nos da, para que podamos obrar en el importantísimo, ó por mejor decir, en el negocio único de nuestra salud. Por tanto conviene, dice S. Agustin, que seamos cooperadores de la gracia de Dios, y que sigamos sus inspiraciones, ya cuando nos excita, ya cuando nos ayuda, ya cuando nos enriquece, ya cuando nos trae. Por manera, que la gracia es la primera que obra, y ningunas obras meritorias de la vida eterna haríamos, si Dios no nos previniese y excitase para obrar bien.

Últimamente, es de fe, que habiendo muerto Jesucristo para redimir á todo el género humano, borrando con su sangre el decreto de su condenacion, á todos y á cada

uno de los hijos de Adán, desde el principio del mundo hasta la consumación de los siglos, ha merecido los auxilios necesarios y suficientes para que se conviertan, le conozcan y le amen. Pero como estas gracias no son debidas de justicia, aunque las ha dado y da comunmente por su misericordia; mas no siempre, ni á todos, ni en todo tiempo. El Espíritu Santo, dice S. Juan, sopla donde quiere, é inspira cuando quiere, como expone un célebre cardenal.

De estos principios, que son los de la religion en materia de gracia, se deduce á primera vista, cuán incierto es la tenga en su última hora el pecador que difiere su penitencia hasta la muerte. ¡Qué momento, señores, tan poco á propósito para emprender negocios árdulos! Un Dios irritado, á quien habeis tantas veces ofendido, á quien de por vida habeis tenido declarada la guerra y la rebelion, que os ha subyugado

sobre el lecho, para hacerós rodar en breve á los pies de su trono; una conciencia agitada á manera de un mar en deshecha borrasca, donde se anidan, cruzan y nadan los innumerables monstruos y reptiles de vuestros pecados; un cúmulo de gracias fugitivas por haber sido abandonadas y despreciadas; legiones de demonios, que presentan de tropel y como irremisibles los pecados; una razon debilitada con la violencia de los dolores y convulsiones que afligen la desfalleciente humanidad del moribundo; una voluntad, un corazon indócil, que jamas ha gustado las suavidades de la virtud, ni tiene ideas prácticas del amor de Dios, de la justicia, ni de la caridad cristiana, ¿no son estos los objetos que se presentan al enfermo en aquella hora; los enemigos que molestan su imaginacion y le rodean; las circunstancias difíciles en que se halla? ¿No os parecen oportunas para contar con

la gracia y todo lo necesario al importante negocio de la salvacion? ; Ó cuánto es de temer que en pena de su negligencia, ó por mejor decir, de su necia y temeraria presuncion, vuelva el Señor la espalda á esta clase de pecadores, dexándolos en abandono, por no haber clamado en tiempo!

En efecto, señores, ¿no conspiran á infundirnos este justo temor una multitud de oráculos, dirigidos por el Espíritu Santo contra semejantes pecadores? ; Qué significan en el sentido óbvio aquellas palabras de los proverbios: *entonces me invocarán, y no los oiré. To os he llamado, y no me habeis escuchado; he extendido mis manos, y me habeis desatendido; habeis despreciado mis leyes, mis correcciones, mis reprehensiones; yo tambien en la hora de vuestra muerte, cuando venga sobre vosotros una repentina calamidad, me reiré de vuestra infelicidad, y haré burla de vos-*

otros: ego quoque in interitū vestro ridebo, et subsanabo. ; Qué quieren decir aquellas palabras de un profeta: *buscad al Señor cuando se puede hallar, invocadle cuando está cerca; querite Dominum dum inveniri potest, invocate eum dum prope est?*

¿No son estas otras tantas amenazas que hace Dios de negar sus gracias en la muerte al pecador que ha diferido su penitencia hasta aquella hora? ; Ah señores! tan cierto es que á la luz suceden las tinieblas, como que un abismo llama á otro, y que: *la tierra que solo produce espinas y abrojos, como dice S. Pablo á los hebreos, es réproba, próxima á la maldicion, y su consumacion será el fuego; porque es pena justísima del pecador, perder aquello de que no quiso usar bien, pudiendo hacerlo con facilidad, como S. Agustin se explica.*

Alegad, pecadores obstinados en el mal, alegad en favor vuestro, di-
Tom. VIII. P

ce un célebre abad, las promesas de la escritura: si decís, que la impiedad no dañará al impio en cualquier día que se convierta; os responderá Dios, que no hay salud para el impio, y que sus esperanzas perecerán con él. Si decís, que Dios no quiere la ruina del pecador, sino su conversión; el mismo Dios responde, yo me vengaré, y hallaré consuelo en la venganza. Si decís, que el que invocare el santo nombre del Señor, será salvo; el mismo Dios responde, no todos los que clamáren Señor, Señor, entrarán en el reino de los cielos. Si decís, que Dios es poderoso en misericordia, y que sus entrañas se mueven fácilmente por el arrepentimiento; el mismo Dios responde, que hay tiempo de perdonar, y tiempo de castigar... Si decís en fin, que está escrito, buscad, y hallaréis; el mismo Dios responde, me buscaréis y no me hallaréis, y moriréis en vuestro

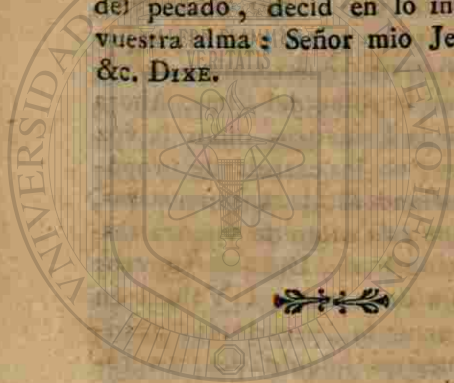
pecado... No quiera Dios, concluye este abad, pretenda yo aniquilar las promesas de su misericordia, relativas á los pecadores que se convierten. Un pensamiento sencillo concilia estas antilogías, ú oráculos contrarios solo en apariencia. Estas promesas os pertenecen á vosotros, pecadores, los que vais aún de camino, y á quienes Dios llama en la hora á penitencia; y las amenazas se dirigen á vosotros, pecadores moribundos, los que habeis diferido hasta este momento la penitencia. Temed pues, no sea que se haya pasado para vosotros el tiempo de la gracia. Temed no sea que se haya cumplido la medida de los sufrimientos de Dios. Temed no se haya llenado el número de vuestros pecados, y que su mismo peso os haga caer en el pozo del abismo. Temed no venga sobre vosotros la repentina calamidad del juicio de Dios, y las tinieblas. Temed no sean vues-

tros fines peorés que vuestros principios, según el oráculo de Jesucristo: *et fiunt novissima hominis illius peiora prioribus*. El fundamento de este justo temor proviene, como os he demostrado, de la total incertidumbre que hay de que el pecador moribundo que hasta allí ha dilatado su conversión, tenga en aquella hora tiempo, voluntad sincera, y gracia para hacer penitencia.

Y por lo que hace á vosotros, los que me oís, y á quienes Dios convida con su misericordia en esta hora, no dilateis vuestra penitencia de día en día, si no quereis ser sorprendidos en el momento de la muerte; mientras tenéis tiempo obrad vuestra salud, y redimiendo el mal gastado en vicios y placeres mundanos, haced ahora frutos dignos de penitencia, porque se acerca el reino de Dios; mientras hay luz, seguid la luz, antes que os comprehendan y envuelvan las tinieblas. El que os

promete la salud eterna por medio de la penitencia, dice S. Agustin, no os ha prometido una larga vida. Hé aquí el tiempo aceptable, hé aquí el día de la salud. Hora es ya de despertar del letargo del pecado, y desterrar de vuestro corazón aquella paz funesta, que termina de ordinario en la ruina del alma. Ahora que resuena á vuestros oídos la voz del Señor, no los cerreis de propósito, burlándoos de sus amenazas, no sea que en castigo de vuestra obstinación, se burle Dios de vosotros en la hora de la muerte. Volved en vuestro acuerdo, pecadores, abandonad vuestras iniquidades, y apresuraos á entrar por las sendas de vuestra justificación. Aquí tenéis la imagen adorable de Jesucristo crucificado por vuestro amor: con los brazos abiertos os da voces amorosas: venid á mí, os dice, todos los que estais oprimidos con el gravísimo peso de la culpa, venid á mí,

que yo os aliviare y consolare. Acercaos á este trono de clemencia, y con confianza de hijos á un Padre que tiernamente os ama, animados de un verdadero dolor y detestacion del pecado, decid en lo íntimo de vuestra alma: Señor mio Jesucristo &c. DIXE.



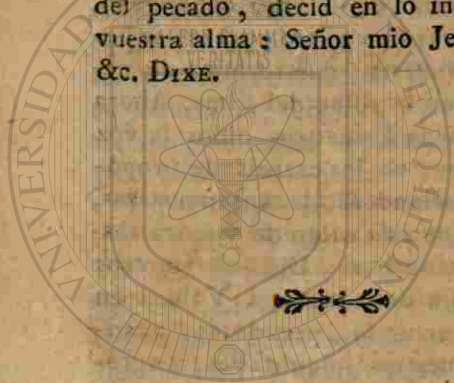
SERMON
PARA EL VIERNES
DE LA SEMANA TERCERA
de cuaresma.

Si scires donum Dei, et quis est qui dicit tibi: da mihi bibere, forsitan petiisses ab eo, et dedisset tibi aquam vivam. Joann. IV. 10.

SEÑORES:

El evangelio del día nos presenta uno de los triunfos mas célebres de la gracia de Jesucristo, y un poderoso estímulo para que nosotros la apreciemos, y sigamos con fide-
li-

que yo os aliviare y consolare. Acercaos á este trono de clemencia, y con confianza de hijos á un Padre que tiernamente os ama, animados de un verdadero dolor y detestacion del pecado, decid en lo íntimo de vuestra alma: Señor mio Jesucristo &c. DIXE.



SERMON
PARA EL VIERNES
DE LA SEMANA TERCERA
de cuaresma.

Si scires donum Dei, et quis est qui dicit tibi: da mihi bibere, forsitan petiisses ab eo, et dedisset tibi aquam vivam. Joann. IV. 10.

SEÑORES:

El evangelio del día nos presenta uno de los triunfos mas célebres de la gracia de Jesucristo, y un poderoso estímulo para que nosotros la apreciemos, y sigamos con fide-
li-

dad. Fatigado el Salvador por el largo camino que había emprendido desde la Judéa hasta la ciudad de Samaria en la Galilea, estaba sentado junto á la fuente que Jacob había dado á su hijo Josef. Estando así fatigado llegó la Samaritana á sacar agua, y Jesucristo, ausentes sus discípulos, la dixo: dame de beber. La Samaritana, que era una de aquellas mugeres, que á su vida desahogada y escandalosa unen la vanidad de parleras, y el orgullo de literatas, le responde: ¿cómo siendo tú judío, pides de beber á una muger de Samaria, sabiendo que los judíos no tienen comunicacion con los samaritanos? Si conocieras, la dice Jesucristo, el dón de Dios, y quién es el que te pide agua, acaso tú se la hubieras pedido á él, y te hubiera dado un agua viva. Señor, responde ella, ni aun vasija que llenar tienes, y el pozo está hondo, ¿de dónde pues sacas el agua viva? ¿Eres

tú por ventura mayor que nuestro padre Jacob, que nos dió el pozo, del cual bebió él, sus hijos y sus rebaños? Todo el que bebe de esta agua, la dice el Salvador, tendrá sed otra vez; mas el que bebiere el agua que yo le dé, no tendrá sed eternamente; pues el agua que yo le daré, se convertirá en una fuente de agua que salte á la vida eterna. Señor, dame esta agua, le dice la muger, para no tener sed, ni venir aquí por agua. Anda y llama á tu marido, le responde Jesucristo, y ven acá. No tengo marido, dice ella. Bien has dicho, repone el Señor, porque has tenido cinco, y aun el que ahora tienes no es tu marido. Señor, dice ella, por lo visto eres profeta. Y para mudar de conversacion, añade, echándola de sabia: nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros (los judíos) decís que está en Jerusalén el lugar donde Dios quiere ser adorado. Mu-

ger, creeme, dice el Salvador, porque se acerca la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoráis al Padre. Vosotros adorais lo que no sabeis, nosotros sabemos lo que adoramos, porque la salud viene de los judíos; pero llega el momento, y es ahora cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad; pues tales son los que el Padre busca para que le adoren. Espíritu es Dios, y los que le adoran conviene le adoren en espíritu y verdad. Yo sé, dice la muger, que viene el Mesías (que se llama Cristo), cuando venga, nos anunciará todas estas cosas. Yo soy, responde Jesucristo, yo soy, que hablo contigo. En el instante llegaron los discípulos, y la muger dexó su cántaro, marchó á la ciudad, y anunció la venida del Mesías. De resultas creyeron muchos de los samaritanos, y mayor número, cuando oyeron por sí mismos á Jesucristo.

Hasta aqui en substancia el evangelio del día, cuyo diálogo he querido traducir casi á la letra, á fin de que podais fácilmente conocer la solicitud con que Dios busca al pecador, la paciencia con que lo espera, la dulzura y afabilidad con que le trata, y las diferentes formas que toma su gracia para atraer al rebaño la oveja descarriada, sin hacer caso de sus desvios, siguiéndola cuando fugitiva y deslumbrada se aparta de su verdadero Pastor, hasta que voluntariamente atraida de sus amorosos silbos, la reduce á su redil, la cura y sana, la hace entrar en su deber, y la apacienta y abreva para la vida eterna. Esta célebre conversion pues de la Samaritana, que la Iglesia nos presenta, nos hace capaces de comprehender en el modo posible la conducta de la gracia en orden á los pecadores, y lo que estos deben hacer para corresponder á la gracia. Esta será la ma-

teria; en cuya primera parte os haré ver lo que la fe nos enseña acerca de la gracia en la conversion del pecador; y en la segunda, lo que prescribe la moral para la fiel correspondencia del pecador á la gracia. Todo ello va dirigido á honra y gloria de Dios, y al bien de vuestras almas. Exige pues de justicia toda vuestra atencion. Mas para que produzca en vosotros el deseado fruto, ayudadme todos á pedir las luces del Espíritu Santo, poniendo por intercesora á su augusta Esposa. Saludémosla humildes con el ángel. *Ave Maria.*

Si scires donum Dei &c.

Antes del pecado, que contraximos todos en Adán, estaba nuestra alma, dice un padre de la Iglesia, sujeta perfectamente á la razon... dominaban la prudencia y la equi-

dad; estaba el entendimiento ilustrado con las luces de la sabiduria; la fortaleza sostenia las potencias del alma; la templanza moderaba los apetitos... nuestro corazon era templo digno del Espíritu Santo, y objeto de sus complacencias. Mas luego que el pecado turbó esta paz feliz del espíritu humano, quedó su entendimiento lleno de tinieblas, su voluntad indócil, debilitadas sus fuerzas, desordenados sus deseos. De este venenoso origen dimana aquella propension é inclinacion á lo malo, de que tanto se lamentaba S. Pablo, y á quien llama ángel de satanáas, y ley de la carne. Este afecto pues ó inclinacion al pecado, es la causa de todos los males, porque incluye la prudencia de la carne, y la propension al vicio. Á esta ley se dignó el Señor oponer la ley del espíritu, para que triunfase el hombre con ella de la de la carne; es decir, la ley de la gracia, ó virtud del Es-

píritu Santo, escrita en el corazón de los fieles, la cual no solo ilumina el entendimiento contra la prudencia de la carne, sino que incita y mueve la voluntad á lo bueno, contra la inclinación de la concupiscible. Por esto, dice el Apóstol, que la ley del espíritu de vida en Jesucristo lo libró de la ley del pecado y de la muerte; y esta ley de gracia no es otra cosa, según los padres, que la gracia misma, sin la cual, como la fe nos enseña, nada podemos obrar meritorio de la vida eterna.

En efecto, ni el pecador puede convertirse á Dios sin la gracia, ni el justo permanecer sin ella en su justicia. Sin mí nada podeis hacer, nos dice Jesucristo, ni puede nadie venir á mí, sin que lo traiga el Padre, que me envió. Por manera, que así como el ave no puede volar sin alas, tampoco el hombre dar un paso á su conversión sin la gracia.

Ten misericordia de mí, clamaba á Dios el Real profeta, apiádate de mí, porque estoy enfermo... sáname, Señor, y seré sano. Apoyada la Iglesia en estos y otros muchos oráculos, fulminó en el santo concilio de Trento estos dos anatemas contra los hereges: 1. Si alguno dixere, que el hombre puede ser justificado delante de Dios, por sus obras, sin la gracia de Jesucristo, sea excomulgado. 2. Si alguno dixere, que el hombre, sin prévia inspiración del Espíritu Santo, y sin su auxilio, puede creer, esperar, amar, ó hacer la penitencia necesaria para que se le confiera la gracia de la justificación, sea anatematizado. Ninguna obra pues meritoria de vida eterna puede el hombre hacer, ni aun concebir, sin la gracia de Dios. No somos suficientes, decía S. Pablo, para pensar cosa alguna por nosotros, como provenida de nosotros mismos; toda nuestra suficiencia viene de Dios;

y lo mismo nos enseña el santo profeta Isaias, cuando dice: yo sé, Señor, que la senda de la vida eterna no es del hombre, ni es propio suyo andar y dirigir sus pasos por ella; porque si Dios no guarda la ciudad, según la expresión de David, en vano vela el custodio de ella. De suerte, que ni aun invocar podemos á Jesus sin el Espíritu Santo, como dice S. Pablo á los corintios.

Además, si somos tan frágiles, que aun el justo cae siete veces al día, ¿qué sería sin la gracia? ¿Qué soy yo sin ti, ó mi Dios! decía S. Agustín, sino una guía para el precipicio? ¿Ó qué soy cuando obro bien, sino un hombre á quien das tu leche, ó que goza de tu alimento, que no se corrompe? Por mas sano que esté el ojo corpóreo, añade este padre, no divisará los objetos si la luz falta. Del mismo modo el hombre, no solo el pecador, sino

tambien el justo, ni puede arrepentirse, ni vivir bien, ni permanecer en la justicia largo tiempo, sin el auxilio de la gracia actual; y esto quiso decirnos el Apóstol, cuando afirma, que en Dios vivimos, nos movemos, y somos.

Por otra parte, ¿quién ignora que los medios deben tener proporción con su fin? ¿Habeis olvidado por ventura, que el fin del cristiano es la vida eterna? Siendo pues ésta de un orden sobrenatural, ¿no deberán ser del mismo orden las obras, que según la ordenación de Dios, han de servir de medio para conseguir este fin? ¿Y quién podrá elevarlas á un orden sobrenatural sino la gracia? Según estos principios, que son irrefragables en nuestra moral, ¿quién podrá dudar de la necesidad de la gracia para salvarse? Para separarnos de Dios, dice S. Agustín, nuestra malicia basta; mas para convertirnos al Señor, somos tan impo-

tentes como los muertos en sus sepulcros, ni tenemos fuerza alguna para dar un solo paso en el orden sobrenatural, sin la gracia del Salvador. Es pues necesaria al pecador para convertirse, y al justo para perseverar. Hé aqui la fe de la Iglesia sobre la necesidad de la gracia.

Mas aunque sin ella nada podemos en el orden de nuestra salud eterna, con ella lo podemos todo. Este es otro principio de nuestra religion en materia de gracia. No hay en efecto obstáculo que ella no pueda vencer, tribulacion que no sea capaz de dulcificar, ni virtud que con ella no se pueda practicar. Recorred por un momento la historia de la Iglesia, y admiraréis las conquistas y trofeos de la gracia. ¿Quién postró á Pablo, enemigo irreconciliable del nombre de Jesucristo, que embriagado con la sangre de S. Esteban, y lleno de furor, meditaba extinguir el cristianismo, marchando

para este fin á grandes pasos á Damasco? La gracia del Salvador. ¿Quién le convirtió de perseguidor de la Iglesia en apóstol de las gentes? La gracia del Salvador. A la Magdalena, esclava de la sensualidad mas vergonzosa, y poseida de siete demonios, ¿quién la atraxo á los pies de Jesucristo, para que se los lavara con sus lágrimas, y enxugará con sus cabellos? La gracia del Salvador. ¿Quién hizo á los apóstoles dexar las redes y todo lo que poseían sobre la tierra, para seguir á Jesucristo, pobre, humillado y desconocido? La gracia del Salvador. ¿Quién convirtió á Augustino de furioso maniquéo, y esclavo de las mas viles pasiones, en luz brillante de la Iglesia católica? La gracia del Salvador. ¿A Mateo quién le convirtió de cambista en evangelista y apóstol? La gracia del Salvador. ¿Quién sostuvo la fe de Abraham, la piedad de Jacob, la pureza de Josef, la constancia de los mártires,

la austeridad de los solitarios, y el candor de las vírgenes? La gracia del Salvador.

Es verdad que no todas las gracias comunicadas al hombre triunfan de su corazón; hora sea porque no todas atraen igualmente; ó ya porque no seguimos igualmente sus inspiraciones. Pero es de fe que á todos da Dios auxilios para que puedan salvarse. Es de fe asimismo que todo lo podemos con la gracia del Señor, conforme á la sentencia de S. Pablo. Tambien es de fe, que nuestra perdicion proviene de nosotros, y no de parte de Dios, que tiene una voluntad sincera de salvarlos á todos. Ni el idólatra, que transfiere á las piedras y leños el culto y adoracion debida únicamente al Señor; ni el judío protervo, que aborrece el nombre de Jesucristo; ni el herege que le injuria en sus misterios y sacramentos; ni los malos cristianos, que des-

precian su ley santa, y de nuevo le crucifican con las culpas; ninguno de estos quiere Dios que perezca, sino que todos se conviertan por medio de la penitencia, como dice S. Pedro: *nolens aliquos perire, sed omnes ad penitentiam reverti*. A esta voluntad sincera de salvarlos á todos (pues por la salud de todo el mundo se dignó morir nuestro Reparador), es consiguiente la distribucion de sus auxilios. En efecto, asi como el sol nace diariamente sobre los buenos y los malos, y como la lluvia fecundiza los campos de unos y otros; del mismo modo el Sol de Justicia Cristo penetra con sus rayos, y rocía con su gracia el corazón de los mortales; ya excitándolos á penitencia; ya aterrándolos con la consideracion de su terrible venida; ya moviéndolos al amor de la virtud; ya abriéndoles los oidos para que oigan su divina palabra; ya convidándoles con sus eter-

nas promesas; ya amenazándolos con el infierno; ya en fin visitándolos con las enfermedades, tribulaciones, trastornos de sus negocios políticos, é intereses mundanos, con el triste exemplar de una muerte violenta á su presencia, ó del disgusto que les causan sus placeres mismos. A los que amo, dice el Señor, los reprehendo y castigo. Tened pues zelo, y haced penitencia. Yo estoy llamando á la puerta: si alguno oyere mi voz, y me abriere, entraré á él, con él cenaré, y él conmigo. El que venciere (con mi auxilio), le concederé sentarse conmigo en mi trono, como de resultas de haber yo vencido, me he sentado con mi Padre en su trono. Fiel es Dios, señores, y no permite que ninguno sea tentado sobre sus fuerzas. Si nada podemos hacer sin la gracia en el orden sobrenatural, con ella lo podemos todo. Mas por eficaz que sea, no nos quita la libertad. Este

es otro dogma de nuestra religion en materia de gracia.

Ella en efecto, por eficaz y poderosa que sea, nada obra que destruya nuestro libre albedrío. Lutero, este hombre de perdicion y del pecado, como le pinta un sabio de los últimos siglos, Lutero, incrédulo hasta la apostasía, libertino hasta ser incestuoso, incontinente hasta el escándalo, caprichoso hasta el furor, impio hasta ser sacrilego; Lutero, este hombre nacido para enemigo de la religion y de los fieles, para deshonor del cláustro, y escándalo de la Iglesia; Lutero sostenia entre otros errores, que la gracia eficaz imponia á los mortales una imperiosa necesidad, que los ligaba como á esclavos. Error grosero, desmentido por la tradicion de todos los siglos, y condenado solemnemente por la Iglesia. Es verdad, que ninguno viene á Jesucristo sin que la gracia lo traiga, segun su mismo oráculo. Pero no lo

trae con violencia: lo vence, triunfa de él como halagándole; pero sin inducirle necesidad ni coaccion. La gracia, dicen los padres, corrige la naturaleza, no la destruye. A veces para convertir al pecador, parece que Dios se conforma al carácter é inclinacion de éste. Al corazon del ambicioso, que solo aspira á las grandezas temporales, suele hablar el Señor diciéndole: elévate sobre esa vanidad, que te seduce, y aspira á una gloria mas sólida que la del mundo. Al guerrero suele inspirar: tú hace mucho tiempo que combates á los enemigos de tu soberano; tiempo es ya que pelees contra tus propios enemigos; es decir, contra el orgullo que te infla, contra la envidia que te devora, contra el ódio que te despedaza, contra las pasiones que te tiranizan. Al avariento, que solo piensa en sus tesoros, que se desvela por acumular, sin saber á veces para quién junta, suele de-

cir: ¿porqué no atesoras en el cielo, adonde no puede llegar la polilla ni el ladron? A este modo suele transformarse la gracia, y por diversos é industriosos giros obrar la conversion del pecador; pero salva siempre su libertad, y el asenso voluntario á sus persuasiones.

Para manifestarnos S. Agustin la eficacia con que la gracia nos atrae sin violencia ni coaccion, usa de dos elegantes símiles. Manifiesta, dice, un ramo verde á un cordero, y lo atraes: enseña nueces á un párvulo, y lo atraes: viene con amor, viene sin lesion de su cuerpo, viene de buena voluntad. Hé aqui, segun que podemos concebir, el modo con que la gracia del Padre, por mas eficaz que sea, atrae á Jesucristo el pecador. Dios, dice S. Gerónimo, nos concedió el libre albedrío; y por tanto ni á las virtudes, ni á los vicios somos traídos por necesidad, pues de otra suerte, ni habria condenacion ni co-

rona. S. Juan Crisóstomo se explica así sobre la materia: la vocación de Dios á nadie obliga, ni violenta de algun modo la mente de los que quieren despreciar la virtud: lo que hace es exhortar y aconsejar que de todos modos sean buenos; pero si algunos resisten, no les induce necesidad alguna para que quieran ser buenos; y los que son traídos (por la gracia), de tal suerte vienen, dice san Próspero, que si quisieran, pudieran no venir; porque siempre está en la voluntad del hombre aceptar ó no la gracia de Dios que se le ofrece, como se explica el concilio de Colonia.

¿Y en qué consiste, podrá decirme alguno de los muchos racionadores importunos, que quieren penetrar los secretos de Dios, en qué estriba, ó cómo se entiende esta concordia de la gracia eficaz y omnipotente, cual fue la de Paulo, la de la Samaritana, la de Augustino &c., con la libertad humana?

Cuestión verdaderamente peligrosa de resolver: dificultad gravísima, que ha exercitado los mas vastos ingenios, sin otro fruto las mas veces, que andar á tientas por entre estas tinieblas misteriosas. Los mas sabios doctores han reconocido su limitación en esta parte; y Augustino, el grande Augustino confiesa ingenuamente de sí mismo, que acerca de esta materia no sabe mas que admirarse, y callar. Creamos pues que con la gracia lo podemos todo en el orden de la salud; y creamos asimismo que puede permanecer ó quedar sin efecto. Creamos que estos auxilios comunes y ordinarios nos hacen verdaderamente capaces de obrar, sin que podamos alegar excusa por falta de suficiencia. Creamos en fin, que la gracia en sus mayores esfuerzos, aunque tiene siempre seguro el triunfo, ni impone para su conquista necesidad alguna, ni violencia al vencido. Esto es lo que únicamente yo

sé deciros, para que creais, que sin la gracia nada podemos, que con ella lo podemos todo, y que jamas nos violenta ó quita la libertad; y hé aqui todo lo que la fe nos enseña acerca de la gracia en la conversion del pecador. Resta mostraros lo que prescribe la moral para la fiel correspondencia del pecador á la gracia. Seguidme atentos.

II. Tres verdades fundamentales nos enseña la sana moral de Jesucristo, en órden á la fidelidad con que debemos corresponder á la gracia. Debemos estimarla siguiendo sus inspiraciones: á pesar de nuestra flaqueza, nunca debemos desconfiar de su virtud, y siempre debemos cooperar á ella. Reflexemos brevemente.

La gracia es un don de Dios, fruto preciosísimo del árbol de la cruz, en que fuimos redimidos por nuestro adorable Salvador. Ella, según sus diferentes grados ó acepciones de actual ó habitual, nos ex-

cita y mueve para la justificacion, ó nos justifica; hora nos atrae con suavidad y fuerza ácia nuestro Dios; hora enciende en el corazon humano el fuego del amor divino; hora nos halaga y convida á las promesas eternas; hora reprende nuestros vicios capitales, que nos privan de ellas; hora nos amenaza con la venida de un Juez inexorable; hora nos adopta por hijos de Dios, y herederos de su reino inmortal, transformándonos en imágenes vivas de Jesucristo, y templos del Espíritu Santo. ¡Ó gracia de mi Dios! ¡Ó si te conociesen los pecadores! *Si scires donum Dei*, como dixo el Salvador á la Samaritana, ¡en cuánto te estimarian! ¡cuánto apreciarían las ventajas que prometes á los miserables hijos de Adán! ¡con cuánta sollicitud y vigilancia no seguirían tus pasos! ¡con cuánta fidelidad no corresponderían á tus benéficas inspiraciones!

¡Pero ó tiempos! ¡ó costumbres!
 ¡ó siglo corrompido! ¿Quiénes son
 los verdaderos amadores de este don
 inestimable, sin el cual es imposible
 ser eternamente felices? ¿Quién es
 el que al sentirla en su corazón, di-
 ce con la esposa de los cánticos: ya
 la tengo, y no la soltaré? ¿Quién
 es el que la abraza, como Jacob al
 ángel del Señor, sin soltarle hasta
 recibir la bendición? ¿Cuántas ve-
 ces, confesadlo de buena fe, cuán-
 tas veces no ha clamado la gracia á
 vuestro interior, diciéndoos, como
 el Bautista á Herodes: no te es líci-
 to tener comercio incestuoso con la
 muger de tu hermano: *non licet*.
 Mira que no es lícito permanecer en
 la ocasion y en el peligro: *non licet*.
 No es lícito retener lo mal adquiri-
 do, porque no se perdona el pecca-
 do, sin que preceda la restitucion
 en el modo posible: *non licet*. No
 es lícito permanecer en ódio y ene-
 mistad con tu hermano, porque si

de corazón no le perdonas la inju-
 ria, si no oras por él, si no le de-
 vuelves bien por mal, con espíritu
 de caridad, Dios no tendrá miseri-
 cordia de ti: *non licet*. No es lí-
 cito que abandones las inspiraciones
 del Señor, dedicando al luxo, á la
 vanidad, al placer los dias consa-
 grados á su adoracion y culto: *non
 licet*.

¿No son estas las voces que han
 resonado mas de una vez á vuestros
 oídos? ¿Habeis hecho de ellas el apre-
 cio y estimacion á que son acreedo-
 ras? ¿Habeis seguido con fidelidad
 sus preceptos? ¿Despreciais por ven-
 tura, como decia S. Pablo, las ri-
 quezas de la bondad del Señor, de
 su paciencia y de su longanimidad?
 ¿Ignorais que la benignidad de Dios
 os llama á penitencia? ¡Mas ah! que
 por vuestra dureza, y corazón im-
 penitente, tesorizais la ira en el
 dia de su furor y de la revelacion
 de su justo juicio, en que retribuirá

á cada uno segun sus obras. Hermanos míos, Jesucristo es el que os habla, como á la Samaritana: *ego sum qui loquor tecum*. Jesucristo es el que os ofrece el agua viva de su gracia. No rehuséis beber, y conservar en vuestro corazon este rocío del cielo, no sea que en pena de vuestra ingratitud retire el Señor sus auxilios, dexándoos entregados á un sentido réprobo, y en manos de vuestro consejo. Mientras teneis luz, dice Jesucristo, creed en la luz, para ser hijos de luz, y que no os comprehendan las tinieblas. Cuando sintiéreis pues la luz de la gracia, seguidla fieles; porque si con ella lo podeis todo en el orden de la salud, no debeis tener desconfianza de obtenerla por la misericordia de Dios.

El ladron conoció á Cristo, dice S. Agustin, y Pedro le negó. En éste se demuestra que el justo no debe presumir de sí mismo; y en el buen

ladron, que ningun pecador, por impio que sea, debe desesperar de la misericordia. Tema pues el bueno pecer por soberbia, y el malo no desconfie de la gracia, por mucha que sea su malicia. Esta es una de las mayores ofensas que contra Dios se cometen. Es un pecado contra el Espíritu Santo, cuyo perdon es tan difícil, segun la sentencía del apóstol S. Pablo. Este fue el pecado de Caín y de Judas; y si quereis saber cuál fue la mayor ofensa que hizo á su divino Maestro este pérfido apóstata, si venderle por un precio vil, ó ahorcarse desesperado, os diré con S. Gerónimo, que este último fue su mayor delito; porque habiendo Dios jurado, que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y sane, es desmentir su verdad y su misericordia, juzgar con espíritu de blasfemia, que no quiere, ó no puede perdonarnos.

Levantad pues vuestras cabezas,
Tom. VIII. R

esclavos miserables de las pasiones, os dice Jesucristo, porque se acerca vuestra redencion. La gracia de Dios se os franquea en este tiempo aceptable. Tan cerca la teneis, dice el Apóstol, que está en vuestros labios y en vuestro corazon. ¡Qué de suspiros, qué de sollozos no arranca á veces de vosotros, cuando considerais el miserable estado de vuestra alma! ¿De dónde, sino de la gracia, salen aquellas resoluciones que alguna vez habeis tomado de entablar un nuevo método de vida? ¿De dónde, sino de la gracia, vuestros remordimientos secretos del pecado? ¿De dónde, sino de la gracia, estas inspiraciones que os incitan y despiertan de vuestro deplorable letargo?

Nosotros, dicen algunos, bien sabemos que lo podemos todo con la gracia; pero no la sentimos, y despues de tantas culpas juzgamos esperarla en vano. ¡Lenguage erróneo! ¡Idioma impio! ¡Expresiones blasfe-

mas! ¿Cómo quereis sentirla, pecadores, en el abismo de la impureza, y en la embriaguez del crimen? ¿Quereis sentirla en los teatros, donde solo se presentan á vuestra vista objetos de vanidad y de sensualidad? ¿Donde solo perciben los sentidos movimientos, gestos y palabras amatorias? ¿Quereis sentirla en vuestras juntas mundanas, comparables á las lupercales y bacanales del gentilismo, donde como carbones os encendeis mutuamente en el fuego de la lascivia, donde la desenvoltura pasa por marcialidad y trato de gentes, y donde todo es lícito menos el ser buenos? Abandone el impio las sendas de su iniquidad, dice Dios por un profeta, dexé el inicuo sus malos pensamientos, sus torcidos caminos, vuélvase al Señor, y tendrá misericordia de él, porque es muy benigno para perdonar.... Buscad á Dios cuando se puede hallar, invocadle cuando está cerca; es decir, cuando

nos excita ó ilumina con su gracia; seguid sus inspiraciones llenos de confianza en el Señor, que si permanecéis en esta buena voluntad, cooperando á los auxilios, os recibirá como Padre, y renovará un espíritu recto en vuestros corazones. Aún necesito por un momento de vuestra atención.

Dios por su bondad infinita nos da gratuitamente los auxilios y dones necesarios, para que podamos con ellos obrar nuestra salud eterna. Este es el importantísimo, ó por mejor decir, el único negocio que S. Pablo encarga á los tesalonicenses; y esta es la ocupacion en que debe principalmente el hombre entender de por vida, conforme á la sentencia del Real profeta: salió, dice, á su obra y operacion hasta la tarde; como si dixese: desde que apunta en nosotros el uso de la razon, hasta la muerte, debe el hombre ocuparse en la obra de su eter-

na salud. Á este fin le confiere la gracia, y en ella todo lo necesario para perfeccionar esta obra admirable. Mas quiere que nosotros cooperemos al auxilio; y esta es la mente del Apóstol cuando dice á los corintios: os exhortamos á que no recibais en vano la gracia de Dios: como sucederia al que la recibiese sin obrar con ella; porque el Señor nos la da, dice un padre de la Iglesia, no solo para hacernos capaces de obrar, sino para que obremos con ella nuestra salud; pues el Padre de familias no dió el denario á los ociosos, sino á los trabajadores. De aqui concluye S. Ambrosio, que debemos ser cooperadores de la gracia, siguiéndola diariamente, ya sea que nos excite, que nos ayude, ó nos llene de riquezas espirituales. Cooperacion saludable, que si hasta el fin persevera, tiene anexa la corona de la gloria. Por manera, que ni la gracia sin el libre albedrío,

como S. Agustin se explica, hace que el hombre obtenga la bienaventuranza, ni el libre albedrío puede conseguirla sin la gracia; y esta es la mente del Apóstol, cuando dice: *por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no ha sido vacía en mí; porque he trabajado mas que todos ellos; mas no yo, sino la gracia de Dios conmigo*: podemos pues y debemos cooperar á la gracia para ser salvos.

Hé aquí, hermanos míos, un breve rasgo de lo que la fe de la Iglesia y la moral de Jesucristo nos enseñan acerca de la gracia, y el modo de corresponder á ella. No solo debemos creer que sin este don precioso (que Dios nos da, no por justicia, sino por mera liberalidad), nada podemos obrar meritorio de vida eterna; debemos creer asimismo, que con la gracia lo podemos todo en este orden sobrenatural, sin que ella en nada perjudique á nuestro libre albedrío, confiriéndole la vir-

tud de obrar su eterna salud. Ni debemos jamas perder de vista el aprecio y estimacion con que la debemos mirar, la fidelidad con que la debemos seguir en todas sus marchas, la confianza que debemos tener en su virtud omnipotente, cooperando nosotros para alcanzar por medio de ella las divinas promesas. Esta es la importante lección que nos presenta la Iglesia nuestra madre en el evangelio y conversion de la Samaritana. Jesucristo os espera fatigado de una ardiente sed de vuestra salvacion: os ofrece una agua pura, que tiene la excelente virtud de extinguir la sed, y apagar los deseos de todo lo mundano. No rehuséis, os ruego por las entrañas de Jesucristo, beber de esta agua saludable. No recibáis hoy en vano la gracia del Señor: reconoced la sublimidad, virtud y eficacia de este precioso don de Dios: aprovechad este tiempo aceptable, este dia de

salud, en que el Señor os llama y os convida con su gracia. Por graves y enormes que vuestros pecados sean, aún hay lugar de penitencia. Jesucristo, á quien representa esta adorable imagen, os espera con los brazos abiertos, ofreciéndoo su misericordia. Apresuraos á llegar á este tribunal de su clemencia, y con un dolor profundo de haberle ofendido decidle: Señor mio &c. DIXE.



SERMON
PARA LA
DOMINICA CUARTA

de cuaresma,
sobre la Providencia.

Cum sublevasset ergo oculos Jesus, et vidisset quia multitudo maxima venit ad eum, dixit ad Philippum: unde ememus panes, ut manducent hi? Joann. VI. 5.

SEÑORES:

El célebre milagro de la multiplicación de los panes y los peces, que

salud, en que el Señor os llama y os convida con su gracia. Por graves y enormes que vuestros pecados sean, aún hay lugar de penitencia. Jesucristo, á quien representa esta adorable imagen, os espera con los brazos abiertos, ofreciéndoos su misericordia. Apresuraos á llegar á este tribunal de su clemencia, y con un dolor profundo de haberle ofendido decidle: Señor mio &c. DIXE.



SERMON
PARA LA
DOMINICA CUARTA

de cuaresma,
sobre la Providencia.

Cum sublevasset ergo oculos Jesus, et vidisset quia multitudo maxima venit ad eum, dixit ad Philippum: unde ememus panes, ut manducent hi? Joann. VI. 5.

SEÑORES:

El célebre milagro de la multiplicación de los panes y los peces, que

hoy nos propone la Iglesia, es una prueba decisiva de aquella providencia benéfica, con que Dios, tanto en el orden de la gracia, como en el de la naturaleza, toca y dispone con fortaleza y suavidad todas las cosas, haciéndolas servir para sus altísimos fines. El evangelio mismo nos la hace conocer, no solo en su origen, que es el Verbo Eterno, sino tambien en las causas segundas, que le sirven como de instrumentos para el buen orden del universo. Seguian al Señor una gran multitud, dice S. Juan, atraídos de los prodigios que le veían hacer con los enfermos. Subió Jesucristo al monte, y estando sentado con sus discípulos, levantó los ojos, y habiendo visto la gran multitud que le habia seguido, dixo á Felipe: ¿de dónde comprarémos pan para que estos coman? Esto decia para tentar su fe, porque bien sabia el Señor lo que habia de hacer. El desconfiado dis-

cípulo, símbolo expreso de los que sin contar con la divina providencia, solo se conducen por cálculos humanos, responde: doscientos denarios de pan no son bastantes para que les quepa un pedazo. Andrés, hermano de Simon Pedro, dió la noticia de que un muchacho que allí habia tenia cinco panes de cebada y dos peces; ¿pero qué es esto para repartirlo entre tantos? añadió con igual desconfianza que Felipe. Hacedlos que se sienten, dixo Jesucristo: hiciéronlo asi en número de casi cinco mil hombres. Tomó el Señor los cinco panes y dos peces, alzó los ojos al cielo, los bendixo y partió, y los distribuyó á sus discípulos para que los repartiesen á las turbas. Ellos comieron todos, y no solo quedaron saciados, sino que de los fragmentos se recogieron doce canastos. De aqui concluyeron todos, que era el verdadero Profeta que debia venir al mundo; y nosotros

debemos deducir contra los ateistas é incrédulos, que hay en Dios una providencia, cuya infinita sabiduría, bondad y omnipotencia lo arregla y conserva todo, ordenando sin violencia cada cosa á su fin, ya por sí misma, y ya por ministerio de las causas segundas. Esta será la materia de mi discurso, y el objeto de vuestras atenciones. En la primera parte os haré ver la providencia en sí misma; y en la segunda la providencia en los medios de que Dios usa para su execucion: dos verdades importantes, que ningún cristiano debe ignorar, y que hay muy pocos que las mediten. Ayudadme todos á pedir la gracia, poniendo por intercesora á María santísima. Saludémosla humildes con el ángel del Señor. *Ave MARIA.*

Cum sublevasset &c.

Aun los gentiles mismos, si exceptuáis á los discípulos de Epicuro, estan de acuerdo con los cristianos en admitir una razon superior, que ordena todas las cosas á sus fines. Los filósofos mas sabios de la antigüedad, aunque privados de la luz de la fe, estaban tan persuadidos de esta verdad, que no dudaron afirmar, que sin providencia, ni habria en el mundo orden, ni religion, ni justicia, ni equidad. Tiene pues nombres diversos segun sus diferentes acepciones. Si se considera arreglando y conservando al universo, se denomina providencia general; si en quanto mira solamente al hombre, providencia particular; si en quanto provee á todas las necesidades del alma, providencia eterna; si en quan-

to mira á las del cuerpo , providencia temporal ; mas siempre es el mismo Dios , Criador y Provisor universal , que de tal suerte atiende á cada cosa , segun dice S. Gregorio , como si no tuviera que cuidar del comun ; y de tal manera atiende á todos en general , como si estuviese exónerado de atender á cada uno en particular ; y esto es lo que nos enseña el sabio , cuando dice : *no hay mas Dios que tú , que cuidas de todas las cosas.*

Mas aunque ésta , segun el pensamiento de Clemente Alexandrino , sea una de aquellas verdades , en que por notoria , no tanto debia procederse contra los que la niegan con aparato de pruebas , quanto con un buen látigo ; sin embargo , como algunos pretendidos filósofos de nuestro siglo , ateistas prácticos y enemigos declarados de toda gerarquía y buen orden , han declarado una guerra abierta á la divina providen-

cia , se hace forzoso poner á buena luz este dogma de la religion. Harto siento no poderlo tratar con toda la extension de que es susceptible ; pero diré lo que baste para que los fieles esten preparados contra las cavilaciones de los libertinos. Para lo cual , dice un sabio cardenal , basta atender á la sabiduría infinita de Dios , á su infinita bondad , á su poder infinito. La sabiduría , dice , es el ojo de la providencia , la bondad es el corazon , y las manos son la omnipotencia. Dios en efecto todo lo ve , todo lo ama , todo lo puede en los cielos y en la tierra. Reflexionemos.

La sabiduría y la providencia son atributos inseparables del *SER* supremo , eterno , subsistente por sí mismo , inteligente , libre , independiente. Existir por sí mismo , y ser eterna inteligencia omnipotente , es ser única primera causa de todo lo que existe. Si está presente á todo por esencia , presencia y potencia ; si to-

das las cosas dependen de él continuamente, ¿no se sigue de aquí, que lo ve todo, que todo lo conoce, que ordena y conduce con sabia providencia todas las cosas al fin que se ha propuesto? Si es único conocedor de todas las cosas; es decir, la única sabiduría infinita, ¿no se sigue de aquí, que es solo el que conoce la verdadera relacion entre los medios y los fines? Siendo pues infinito y presente á todo por su inmensidad, ¿qué cosa habrá, por mínima que sea, que se oculte á su penetracion? Estas son consecuencias necesarias, como el principio de donde se deducen; á saber, Dios es un sér supremo, inteligente, libre, omnipotente, que existe por sí mismo.

Estaba reservado á los filósofos de nuestro siglo renovar las blasfemias de aquellos impíos, que osaban, según David, negar á Dios el conocimiento de las injusticias. "No lo verá el Señor, decían, ni lo en-

tenderá el Dios de Jacob. ¡Hombres sin juicio, sigue el profeta, volved en vuestro acuerdo! ¡Insensatos! sabed, que la vanidad de vuestros pensamientos no puede subsistir á presencia de la luz de la verdad, que descubre y condena la nada. ¿Qué no oirá el que ha formado los oídos? ¿El que ha hecho los ojos no verá? ¿Ignorará cosa alguna el que ha dado al hombre la ciencia? Los ojos del Señor estan sobre los justos, y sus oídos atentos á sus súplicas; pero contra los malos arroja terribles miradas, para exterminar de sobre la tierra su memoria." A pesar pues de vuestros delirios, racionadores importunos, nosotros sabemos por testimonios irrefragables de la santa escritura, que el Custodio de Israel velará siempre, y que jamas será sorprendido del sueño. Sabemos asimismo, que nos lleva grabados en sus manos, y que siempre nos tiene delante de sus ojos. Sabemos que es

Tom. VIII. S

Criador de todas las cosas visibles é invisibles, ¿porqué no Provisor y Conservador universal? ¿Qué artifice, dice S. Ambrosio, miró jamas su obra con desprecio?

¿Pero qué digo? ¿No es necesario sea uno mismo el Hacedor de todas las cosas, y el que las dirige á sus fines? Si fuesen diferentes, ¿seria omnipotente ninguno de ellos? Es preciso, dice un padre de la Iglesia, que sea uno mismo el Criador y Provisor de todo lo que existe, porque si hubiese dos, ambos serian dependientes, ambos flacos, ambos débiles. Por manera, que aunque en apariencia parezca dormirse este Provisor universal, permitiendo gravísimos males en el mundo, su razon vela sobre todo, segun la expresion de los cánticos; todo lo penetra su infinita sabiduría; todo lo ordena al cumplimiento de sus eternos designios. ¿Cuántas veces se sirve para destruir, dice un sabio, de

aquellos mismos medios que los hombres emplean para edificar? Y cuántas al contrario, se sirve para edificar, de lo que el hombre emplea para destruir?

Mas si me preguntais, ¿por qué razon viendo Dios tantos males, los permite? Os diré con Salviano: "soy hombre, no lo entiendo, no puedo investigar los secretos del Señor, y por tanto aun intentarlo temo; pues esto mismo es cierto género de temeridad sacrílega, si deseas saber mas que lo que te es permitido. Basta que sepas, que Dios testifica, que obra y dispensa todas las cosas por sí mismo; y como Dios es superior á toda razon humana, lo mas á que yo puedo elevarla, es al conocimiento de que Dios es el Hacedor de todo.... No solamente los hombres, las abejas tambien y las hormigas cualquiera cosa que hacen, y antes de hacerla, la meditan, y no la menosprecian, sino la cuidan con diligen-

cia y esmero. ¿Quién será, concluye, tan furioso, que confesando al Señor por Criador de todas las cosas, le niegue el atributo de gobernador?"

Ni el ver prosperar á veces los impíos es motivo para creer ciega la providencia. Los permite, dice S. Agustín, ó para que se corrijan de sus injusticias, ó para que exerciten á los justos. Los dexa vivir entre delicias, ó para manifestar su justicia, cuando hayan colmado el tesoro de su indignacion, ó para exáltar su misericordia, disponiendo que abunde la gracia donde abundaba el pecado, conforme á la sentencia de S. Pablo. Por lo que hace á los justos, *los ojos de Dios estan siempre sobre ellos*, como David se explica, y ha prometido, que *no perecerá un cabello de su cabeza*. Ve pues las tribulaciones de cada uno; conoce nuestras necesidades, y hasta las menores circunstancias; sabe los

medios de hacer servir todas las cosas al cumplimiento de sus eternos designios, arreglándolo todo en número, peso y medida.

Ni es menos tierno y eficaz el amor de la providencia, que lince y perspicaces sus ojos; porque providencia y bondad son en Dios una misma cosa. Su infinita sabiduría y su potestad suprema rigen siempre su voluntad á obrar segun las reglas de la bondad, de la verdad y de la justicia. Sola pues su propension de hacer felices á otros, fue el motivo que lo induxo á producir las criaturas, á fin de comunicarles en cierto modo sus perfecciones. Asi desde el momento en que consumó la obra de la creacion, vió el Señor que todo lo que habia hecho era muy bueno, por ser una especie de emanacion, para decirlo asi, de su misma bondad: y como todo lo bueno es amable, halla Dios en todo lo que crió alguna cosa digna de su

amor, y por consiguiente de su providencia. Tú, Señor, dice el sabio, *amas en verdad todas las cosas que existen, y nada aborreces de lo que hiciste; nada odioso estableciste ó criaste. ¿Cómo podría en efecto permanecer cosa alguna sin tu voluntad? ¿ó cómo se conservaría lo que tú no quisieses? A todos perdonas, porque son tuyos, Señor, que amas las almas.*

Aun los seres inanimados son objeto de su amor y de su benéfica providencia. ¿Quién numera las estrellas, conociendo á cada una por su nombre? dice un profeta. ¿Quién da su alimento á las bestias? El amor de la providencia. ¿Quién adorna á los lirios del campo de un vestido, que no pudo imitar Salomon en toda su gloria, segun el oráculo de Jesucristo? El amor de la providencia. ¿Quién sustenta las aves del cielo, que ni siembran, ni tienen cosechas, ni graneros? El amor de la providencia. ¿Quién dió á este árbol que

arroje á su debido tiempo hojas, flores, frutos, de tal especie, y no de otra, con tal sabor, y no con otro? El amor de la providencia. ¿Quién concedió á esta avecilla que supiese buscar el proporcionado alimento, que se vista de hermosas plumas, que cante con tanta melodía, que penetre por los aires para huir del cazador? ¿Quién, dice S. Agustin, dispuso todas estas cosas, sino Dios con su benéfica providencia?

Y si tanto ama á los seres inanimados y criaturas irracionales, que aunque cinco páxaros valgan dos cuartos, como se explica Jesucristo, ninguno de ellos está olvidado en la presencia de Dios; ¿cuánto mas nos amará á nosotros, que les hacemos tantas ventajas, y que criados á su imágen y semejanza, somos llamados á su reino? Para haceros comprender mejor esta verdad, reflexionad, dice un venerable abad con S. Bernardo, que Dios nos ama con la so-

lidad de padre, y con la ternura de madre. Por estas dos especies de amor nos conduce su providencia, para comunicarnos su bondad. Sabemos en efecto por Isaias y S. Mateo, que tenemos un solo Padre, que está en los cielos, de quien proviene toda paternidad en el cielo y sobre la tierra, como afirma S. Pablo; pues si los padres aman á sus hijos, es porque Dios les ha dado esta inclinacion natural. Los hombres componen la familia de Dios, y el afecto que les ha dado para con sus hijos, no es otra cosa que el efecto y la imagen del amor que tiene al género humano. Si creemos pues que Dios es nuestro Padre por su bondad, ¿cómo osaremos dudar de su providencia?

No nos engañemos, señores. Nosotros no conocemos la naturaleza de su amor. Semejantes á los párvulos sin uso perfecto de razon, juzgamos que el Señor no nos ama cuando nos corrige, como si el amor de Padre

no debiera estar libre de flaquezas. Mas cuando llegue el tiempo prescripto por la providencia, conoceremos que el que nos castigaba era verdaderamente nuestro Padre, que *castiga á todos los que recibe en el número de sus hijos*, como dice el Apóstol; y el mismo Jesucristo se explica por S. Juan en su apocalipsi baxó estas formales palabras: *yo reprehendo y castigo á los que amo*. Como las miras de su providencia son conducirnos á nuestro fin último, nos dirige por el camino de la virtud, que es la única senda para el cielo; y como ésta se perfecciona en la tribulacion, en la enfermedad y afliccion, segun el Apóstol, su paternal providencia nos hace sufrir por algun tiempo, para perfeccionarnos, confirmarnos y solidarnos en ella, como dice S. Pedro. Las estrellas no lucen de dia, sino de noche, ni el justo en la prosperidad, sino en la adversidad, segun el pensa-

miento de S. Bernardo. Este ha sido el camino por donde el Padre celestial ha conducido á sus mayores amigos, á sus hijos mas amados.

Echad la vista sobre la historia de nuestra religion, y hallaréis á un Abraham elevado á Padre de los creyentes; pero antes le veréis tentado con todo género de pruebas, hasta hallarle dispuesto al sacrificio de su único hijo. Hallaréis á un Josef constituido por Dios salvador de Egipto, y árbitro de todo aquel imperio; pero antes le veréis odiado de sus hermanos, metido por ellos mismos en una antigua cisterna, y vendido como si fuese un esclavo. Hallaréis á Moysés colocado por Dios á la frente de su pueblo escogido; pero antes le veréis perseguido y amenazado de una muerte próxima. Veréis, para decirlo de una vez, á nuestro amabilísimo Salvador Jesus colocado á la diestra de su Padre celestial, de donde vendrá á juzgar á los vivos y

á los muertos; pero antes le veréis morir en una cruz con afrenta. Las tribulaciones pues con que visita Dios á los justos son un efecto de su providencia, que no solo nos ama con la solidez de padre, sino tambien con la ternura de madre; ó por mejor decir, con mas afecto que todas las madres.

Convencido David de esta verdad, decia: yo debo todo lo que soy á dos madres diferentes. La primera me llevó en su seno; la segunda me sacó del vientre de la primera. La primera me concibió; la segunda me recibió en sus brazos. La primera me nutrió con su leche; la segunda me ha proveido de alimento desde que fui destetado. *Vos sois, Señor, añade el profeta, Vos sois el que me habeis servido de segunda madre. Interesado en mi bien antes de nacer, me extraxiste del vientre de la que me concibió: tu es qui extraxisti me de ventre. Caí entre las manos de vuestra*

providencia, que me ha conservado: in te projectus sum ex utero; y reconozco que por todos los años de mi vida me has conducido con sollicitud materna: de ventre matris meae Deus meus es tu. ¿ No parece que David

estaba describiendo en su persona el tierno amor de Jesucristo para con las turbas que le siguieron al desierto? ¿ No fue este amor, mas tierno que el de todas las madres, el que le movió á descender del monte, donde estaba con sus discipulos? ¿ Con qué dulzura los recibe! ¿ Con qué afabilidad los instruye! ¿ Con qué piedad los cura! ¿ Con qué caridad los alimenta! Vos, ¡ ó mi Dios! criaste lo grande y lo pequeño, é igualmente cuidas de todas las cosas con tu adorable providencia, la cual no solamente nos ama, sino que es omnipotente para remediar nuestras miserias.

Nada hay en el mundo, dice san Agustin, que no sea obra de las ma-

nos de Dios. Si Dios todo lo produce, todo igualmente depende de Dios; si todo depende de Dios, todo está sujeto á Dios; si todo está sujeto á Dios, nada hay que pueda resistir á la voluntad de Dios. Todas las criaturas le alaban á su modo, para manifestar su dependencia. Los buenos le obedecen, segun la expresion de un sabio, como hijos, y en recompensa participan de su bondad; los malos le obedecen como esclavos, y hace de ellos conforme á su justicia. Lo mas notable es, que el uso que Dios hace de su poder le es tanto mas glorioso, quanto es mas útil á nosotros; pues parece que hace ostentacion de su potencia para hacernos felices.

En efecto, si quiere que el cielo le obedezca de un modo extraordinario, es para hacerle llover maná y codornices por espacio de cuarenta años, para que su pueblo, aunque ingrato, tuviese alimento en el de-

sierto. Cuando quiere que las piedras le obedezcan arrojando de sí copiosas aguas, es para apagar la sed de Israel fugitivo. Si dispone que la tierra le preste una continua obediencia, es para que produzca yerba para las bestias, cosechas, frutas y legumbres para servicio del hombre. Cuando quiere que el mar reconozca su omnipotencia, es para que dexé el paso enxuto á su pueblo, que huía de Faraon. Si multiplica en fin los panes y peces en el desierto, es para alimentar las turbas que le seguian ansiosas de su doctrina. No desconfieis pues vosotros. El brazo de Dios no está abreviado, ni su poder se ha debilitado con el progreso de los siglos. "No esteis solícitos, nos dice Jesucristo por S. Mateo, ni digais ¿qué comeremos, qué beberemos, ó con qué nos vestiremos? Todas estas cosas las buscan los gentiles. Vuestro Padre sabe que necesitais de ellas. Buscad pues primeramente

el reino de Dios y su justicia, y todo esto se os franqueará."

No se sigue de aqui, que entregados á un ocio criminal, nos este-mos mano sobre mano, esperando nos envíe el Señor el alimento por medio de un milagro. Esto seria tentar á Dios; pues es la confianza en la divina providencia, y no la ociosidad, raíz de tantos males, la que nos recomienda el evangelio. La tierra inculta y ociosa no lleva mas frutos que espinas y abrojos: asi el hombre perezoso y negligente solo atesora vicios é iniquidades. La maledicencia, el robo, la detraccion, la torpeza, son su ocupacion ordinaria. Ademas, el hombre nació para el trabajo; y en pena del pecado que cometimos todos en Adan, debemos diariamente ganar el sustento con el sudor de nuestra frente, conforme á la sentencia fulminada por el mismo Dios. No es pues la mente de Jesucristo fomentar la inapli-

cacion al trabajo, sino arreglar nuestras solicitudes. Quiere que seamos officiosos y laboriosos en nuestras artes, officios y ocupaciones inocentes, á cuyo fin nos propone por exemplar á la abeja y á la hormiga. El que cultiva su tierra, nos dice, tendrá pan que comer; el que se entrega al ócio, es muy necio. Pero no quiere el Señor que miremos el trabajo y su producto como primera obligacion y fin último: quiere que busquemos ante todas cosas el reino de Dios y su justicia con preferencia á todo lo terreno: quiere que trabajemos en su milicia como buenos soldados, como se explica el Apóstol, sin que nos impidan esta primera ocupacion los negocios temporales; porque de otro modo no podemos agradar á Dios, baxo cuyas banderas nos hemos alistado. En una palabra, quiere llenemos exáctamente nuestras obligaciones, y entre ellas la penal del trabajo; pero que nues-

tra solicitud primera sea buscar al Señor, obedecer sus mandatos, y poner toda nuestra confianza, así en lo espiritual, como en lo temporal, en su providencia divina, que conoce nuestras necesidades, que nos ama sincéramente, y que es omnipotente para remediar nuestras miserias, y socorrer nuestra indigencia.

Lo dicho hasta aqui basta para formar alguna idea de la providencia de Dios en sí misma. Resta decir algo sobre la providencia en cuanto executada por las causas segundas, para complemento de la materia. Seguidme atentos.

El gobierno y buen orden de la sociedad depende de ciertas reglas generales, establecidas por el Creador. Es verdad que como primer móvil todo lo hace por sí en el universo; de suerte, que no se mueve una hoja de un árbol sin su voluntad suprema. Mas por un efecto de su bondad quiso hubiese en el

mundo ciertas causas instrumentales, que executasen los designios de su providencia. Su infinita sabiduría halló el secreto de servirse de unos hombres para bien de otros. Esto es lo que vimos practicar á Jesucristo en el desierto. Su omnipotencia multiplicó los panes para alimento de la multitud que le seguia; pero los dió á sus discípulos que los distribuyesen, haciéndolos instrumentos de su providencia. De tan importante comision nos hizo á todos respectivamente ministros. El soberano, el sacerdote, el magistrado, el pobre, el rico, el noble y el plebeyo, cada uno, segun su condicion y grado, somos instrumentos de la providencia, baxo ciertas leyes que señalan nuestros respectivos deberes, que nos dirigen á nuestro último fin, y de cuya observancia depende nuestra eterna felicidad. Esta es una verdad irrefragable atendida la moral de Jesucristo. Mas yo abusaria de vuestra

benevolencia, extendiéndome demasiado, si quisiese disertar sobre la importante comision de executores de la divina providencia, que corresponde á cada clase de personas, y deberes que les impone. Limitome pues por ahora á reflexionar brevemente sobre la obligacion de la limosna, que es la principal que Dios impuso á los ricos en el orden de su providencia, y la que juzgo mas análoga al evangelio del dia.

Por poco que reflexemos las santas escrituras y el espíritu de la caridad, en que estriba toda la ley, hallaremos pruebas convincentes de la estrecha obligacion de socorrer al pobre, extensiva á todos respectivamente, y muy en particular á los ricos, como instrumentos de la divina providencia. En efecto, ¿qué otra cosa son los ricos, que unos meros ecónomos de Dios, á quienes ha confiado el alivio de sus pobres? "Manda á los ricos de este siglo, dice

S. Pablo á su discípulo Timoteo, que no se ensoberbezcan, ni esperen en lo incierto de las riquezas, sino en Dios vivo, que nos da todas las cosas para gozarlas en abundancia: ordenales que obren bien, y se hagan ricos en buenas obras; que sean fáciles en dar y comunicar sus bienes; que atesoren sobre buen fundamento para lo futuro, á fin de obtener la vida eterna." ¿Qué cosa mas expresa pudo decir S. Pablo para intimarnos el precepto de la limosna?

Si quereis mas claridad sobre la materia, oid á Jesucristo: *lo que os sobra*, dice por S. Lucas, *dadlo de limosna*. Este no es un consejo; es un precepto, reconocido por la tradicion de toda la Iglesia desde Abel justo hasta nuestros dias, y aclamado por la misma voz de la naturaleza. Quitada esta obligacion, ¿dónde estaria la providencia? Qué, Dios que ha vestido de hermosas y vistosas plumas á las aves del cielo, y

que ha proveido de competente alimento, no solo á las bestias, sino á los masviles y despreciables insectos, ¿ha mirado con abandono á los hombres, hechos á su imágen, y capaces de gozarle? Qué, pródigo para con unos, y avaro para los otros, ¿mirará solo á los ricos con entrañas de padre, y á los pobres con la dureza de una madrastra? como se explica un sabio. ¿Abandonará á la suerte los hijos que ha adoptado, á manera de estas madres ilegítimas, que arrojan á la ventura el fruto de sus crímenes? ¡Ó mi Dios! ¿dónde estaria en esta hipótesi vuestra adorable providencia?

Yo bien sé, decís, que nada os sobra, y que las mas veces no os alcanzan vuestras rentas y facultades para mantener la decencia de vuestra situacion y estado. ¡Ah! ¡Con cuánta dificultad entrará un rico, dice Jesucristo, en el reino de los cielos! En verdad os digo, que es

más fácil ensartar un camello por el ojo de una aguja, que la entrada de un rico en el cielo, repite el Salvador. Esta fuerte expresión, según los padres, no denota una absoluta imposibilidad, sino una dificultad grande de parte de ellos; porque educados en la abundancia, en el lujo, en la independencia, y rodeados de aduladores, que lisonjean sus pasiones, y tal vez canonizan sus vicios, experimentan una suma repugnancia á ser humildes de corazón, pobres de espíritu y caritativos con sus hermanos, sin cuyas virtudes nadie puede salvarse.

Pero examinemos más de cerca el frívolo pretexto que alegan estos inicios administradores de la providencia para no dar limosna. ¿Qué llamais, os ruego, decencia del estado? ¿Son por ventura estos convites frecuentes, en que gastais considerables sumas, sacrificadas á vuestra gula y en honor de vuestro dios,

que es el vientre, según la expresión de S. Pablo? ¿Es la decencia un juego ruinoso, que destruye más de una vez vuestras casas, que reduce á infelicidad vuestras familias, y que os pone en la ocasión de cometer robos é injusticias? ¿Llamais decencia del estado un lujo en los vestidos, no solo inmodesto y ageno de gentes de crianza, sino costosísimo, por lo poco que dura, pues apenas pasa de algunas semanas el rigor de una moda? ¿Son la decencia un tren y aparato de criados, no solo igual, sino superior á vuestras facultades, para sostener la vanidad y la soberbia de la vida? ¿Son estos gastos secretos y excesivos que haceis para mantener....? Pero corramos un velo á tantas iniquidades. Llegará el día terrible en que rodeis á los pies del trono de Dios, y entonces, entonces conoceréis, á pesar vuestro, cuál ha debido ser la decencia de vuestro estado, y cuál la economía é in-

tegridad de vuestra administracion para dar á Dios lo que es de Dios, y al pobre lo que es del pobre.

Temblad y estremeceos, ecónomos de la divina providencia. El dia de las venganzas se acerca; Jesucristo va á erigir su tribunal para juzgar vivos y muertos; los libros de vuestras conciencias van á abrirse para confrontarlos con el de la eterna memoria de Dios; la verdad, dice un profeta, estará al rededor de su trono: yo he tenido hambre, dirá el Juez á los impios, y no me habeis alimentado; yo he padecido sed, y no me habeis dado de beber; yo estaba desnudo, y no me habeis vestido; yo estuve enfermo, y no me visitasteis, hé aqui vuestro delito capital; id pues al fuego, hé aqui vuestra sentencia: *ite maledicti in ignem æternum.* ¿Invento yo por ventura estas terribles palabras? ¿No son ellas de Jesucristo?

“Señor, dirán ellos, segun la ex-

presion de S. Mateo, ¿cuándo te vimos hambriento, sediento, peregrino, desnudo, enfermo ó en la cárcel? En verdad os digo, les responderá el Juez, cuando no lo hicisteis á estos menores, pobres, necesitados, enfermos y afligidos, no lo hicisteis á mí. ¿Qué sé yo, señores, qué sé yo si os comprehenderá esta sentencia! Lo cierto es, segun las escrituras, que los malos administradores de la providencia no poseerán el reino de Dios. No os engañeis, dice S. Pablo, porque ni los adúlteros, ni los esclavos de las pasiones...ni los avarientos...ni los entregados á la vida móle y sensual...ni los ébrios, ni los maldicientes, ni los que roban, gozarán la vida eterna. La religion para é inmaculada para con Dios, consiste, segun la sentencia de Santiago, en visitar á los pupilos y viudas en su tribulacion. Si no teneis caridad con vuestro hermano, á quien veis, dice san

Juan; ¿cómo amaréis á Dios, á quien no veis? Y sin amor á Dios, ni caridad, ¿quién jamas se ha salvado, ni espera salvarse? En fin, el que posee caudal en este mundo, si viendo á su hermano en necesidad cierra sus entrañas á la misericordia, ¿cómo permanecerá en él la caridad de Dios? dice el amado evangelista. Registrad ahora vosotros sin indulgencia vuestro interior, y deducid las consecuencias legítimas de estos principios, dictados por el Espíritu Santo.

Reconoced, os ruego, hermanos míos, esta adorable providencia, que ve todas nuestras necesidades, que se complace de ellas con el amor mas tierno y paternal, y que es omnipotente para remediarlas. Dadle en vuestro corazon al Señor las mas rendidas acciones de gracias por la infinita bondad con que os alimenta y protege en el desierto de esta vida, y por aquella inmensa caridad con

que os promete el alivio de todas vuestras miserias, si buskais ante todas cosas su reino y su justicia. Ni olvideis la parte que nos ha tocado respectivamente en la administracion de su providencia. Atended á que os ha constituido sobre la tierra por tutores del huérfano, defensores de la viuda, por pies del coxo, por ojos del ciego, por padres de los pobres, y consuelo de los afligidos. Sed misericordiosos con todos, cada uno segun sus facultades, para no defraudar el patrimonio de la subsistencia de vuestros hermanos, que Dios os ha confiado. Lo que os sobra, vi- viendo con economía cristiana, dadlo de limosna; pues el que sigue la justicia y la misericordia, hallará la vida y la gloria, que os deseo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen. DIXE.



SERMON

PARA EL VIERNES

DE LA SEMANA CUARTA

de cuaresma,

sobre la muerte.

Predicado en la catedral de Granada.

Año 1780.

Lazarus mortuus est. Joann. XI.

SEÑORES:

¡Qué lúgubre espectáculo presenta á los ojos de nuestra fe el evangelio de este dia! Un hombre muerto,

enterrado en una gruta, cubierto con una losa, y pestilente, despues de cuatro dias de sepulcro, ¡qué objeto tan asqueroso! ¡qué vivo desengaño! ¡qué imágen tan perfecta de lo que serémos algun dia! Pero al mismo tiempo, ¿qué instruccion mas oportuna para que os prepareis en tiempo á recibir el golpe, el fallo inevitable de la muerte?

El Espíritu Santo nos intima su memoria, como uno de los mas poderosos correctivos de nuestros desórdenes, y como un medio eficazísimo para hacernos entrar en nuestros deberes. Pero yo no me contento en esta hora con presentaros la muerte en vuestros semejantes, á quienes diariamente habeis visto caer á vuestro lado, trasladados en un momento de entre las delicias, placeres, dignidades y vanagloria de este mundo, á las manos de Dios vivo, á recibir el premio ó castigo segun sus obras. Estos frecuentes avisos no han

bastado á vuestro desengaño. Aunque los días del hombre, como Job se explica, sean breves; aunque el número de sus meses esté reservado á Dios, que le ha señalado unos términos que no puede traspasar; vosotros contais aún con muchos años de vida, disponiendo del tiempo á vuestro arbitrio, cuando acaso en esta misma noche os será arrancada el alma.

Para que os prepareis pues á la terrible venida del supremo Juez, que será tan inopinada como la de un ladrón en la noche, según la expresión de S. Pablo, quiero trasladaros por un momento al sepulcro, no ya de Lázaro, sino al vuestro, y manifestaros en vuestro propio cadáver la vanidad de todo lo terreno. Esta será la materia de un breve discurso, dirigido á turbar la falsa paz de vuestro corazón, y el espíritu de indolencia que os aturde. Ayudadme todos á pedir las luces del Espíritu

Santo por la eficaz intercesion de su augusta Esposa. Saludémosla todos con el ángel del Señor. *Ave Maria.*

Lazarus &c.

Todo lo que hay en el mundo, dice S. Juan, es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, y soberbia de la vida. Todas estas cosas, que no son mas que vanidad, según el eclesiastés, desaparecerán en breve, si examináis con atención vuestro cadáver. En él veréis un cuerpo sin movimiento ni vida, substituido al amor de los placeres; un cuerpo desfigurado por la muerte, y presa miserable de gusanos, que poco antes era idolatrado por su belleza y sus adornos; un cuerpo en fin hediondo, y abandonado á un eterno olvido, que poco antes estaba lleno de orgullo, de altivez y de soberbia. Reflexionemos.

I. Vosotros todos habeis visto cadáveres; pero no habeis observado en ellos una viva imágen del vuestro. ¡Qué ilusion, señores, no reparar el golpe que os amenaza tan de cerca! Vosotros provocais diariamente al cielo. ¿No puede Dios en este instante consumiros con el fuego como á los habitantes de Sodoma, á los levitas ambiciosos, que murmuraban contra Moysés, y á los que perseguian á su profeta Elías? ¿No puede entregaros á la espada de otro Finees? ¿No puede sepultaros en el mar como á Faraon y sus tropas? ¿No puede haceros perecer en la embriaguez ó en el sueño como á Holofernes y Sísara? ¿No puede entregaros á la espada del ángel exterminador, como á los primogénitos de Egipto, y á los exércitos de Sennacherib? ¿No puede trasladaros á su tribunal de entre las delicias de un convite, como á Baltasar? ¿Desde la carroza de la molicie, como

á Antíoco; desde el luxo de la mesa, como al rico epulon; desde el trono de la vanagloria, como á Herodes? Vivís aún, es verdad; pero el momento siguiente ¿no puede realizar mi triste suposicion? ¿No se reputaba el Apóstol como una víctima que habia ya recibido la aspersion para el sacrificio? ¿No dice el eclesiástico: *acuérdate de mi juicio, pues como él será el tuyo, ayer para mí, hoy para tí?* Dios se acordó que somos polvo, segun David se explica, y Abraham confiesa de sí mismo, que es polvo y ceniza. No lo eran aún, dice S. Gregorio, pero miraban como verificado ya en sí mismos lo que debia sucederles; porque los justos, añade, que miran sin cesar la brevedad de la vida, viven como si murieran cada día. Ni hay medicina tan eficaz para curar las dolencias del alma, segun san Basilio, como la consideracion de la sepultura.

Apoyado sobre estos sólidos principios, no dudo reconveniros con S. Bernardo: ¡hombres miserables! ¿porqué no os disponeis á cada hora? ¿Porqué no os reputais ya muertos, sabiendo que por necesidad habeis de morir? Hé aquí pues vuestra figura: hé aquí vuestro cuerpo postrado á los pies de la muerte: mirad con los ojos del alma esta humilde perspectiva: reconoced atentamente los miserables despojos de vuestra pasajera vitalidad. ¡Ah! ¿dónde estan vuestros placeres, solicitados con tanto ardor, como si solo hubiéseis sido criados para coronaros de rosas, para ungiros con unguentos preciosos, para zahumaros con olorosos y costosos perfumes de la Arábia, para pasarlo bien, y divertirós? *Ergo erravimus à via veritatis.* ¿En qué han parado vuestras lisonjeras y vanas esperanzas, vuestros bellos planes de fortuna, vuestras ideas de engrandecimiento,

las brillantes dignidades á que aspirábais, los costosos edificios que fabricásteis, como si vuestra mansion en el mundo hubiese de ser eterna, ó como si el cielo no fuese nuestra ciudad permanente? *Ergo erravimus à via veritatis.* ¿Qué se ha hecho de vuestros vastos designios, de vuestra artificiosa política, de los secretos manejos, empleados en supplantar á un rival, ó en elevar vuestra fortuna sobre las ruinas de vuestro hermano, como si Dios no pudiese trastornar en un momento vuestras medidas injustas, ó como si la muerte no fuese capaz de cortar en un instante la tela á medio texer? *Ergo erravimus à via veritatis.* ¿Qué ha sido de aquellos célebres legisladores, que ocupados en texer telas de araña, segun la expresion de un profeta, creyeron zanjar los cimientos de un dominio universal, mudar la religion, las leyes, los usos y costumbres, y reducir á breves días

la obra de muchos siglos? *Periit memoria eorum cum sonitu.* ¿Qué se ha hecho de estos poderosos, que ningun placer negaban á sus sentidos, rodeados de aduladores, que lisonjeaban sus pasiones, y canonizaban sus crímenes, de admiradores y panegiristas de sus necesidades y vergonzosa estolidez, y que para ser dioses sobre la tierra, solo creían faltarles la inmortalidad? *Periit memoria eorum cum sonitu.* ¿Qué ha sido de la suerte de aquellos nobles, emparentados con los astros, que necesitaban de telescopio para divisar á los demas mortales, como si fuesen ellos hombres de otra generacion, cuya herencia incontestable en el orden de la providencia sea el honor, la distincion, el placer, la diversion y el gusto? *Periit memoria eorum cum sonitu.*

Esto es, hombres delicados, vanos, artificiosos, idólatras de la ambicion y los placeres, lo que os en-

seña vuestro cadáver yerto, pálido, desfigurado, y sin movimiento. Reconoced en él de buena fe la vanidad de vuestras ideas, lo errado de vuestros caminos, lo caduco de vuestros proyectos. Acercaos á estos lúgubres despojos de la muerte, y hallaréis que los placeres y diversiones tan amadas de vosotros, han sido vuestros tiranos, origen de vuestros males, y raíz de vuestra amargura, que solo han dexado en vuestros miembros los vestigios y cicatrices de los vicios. A vista de este monumento fidedigno, y que os habla al corazon, aun despues de muerto, como Abél, segun la expresion de S. Pablo á los hebréos, ¿no podeis decir con verdad, como en otro tiempo Jonatás, apenas he gustado un poco de miel, y ya muero? ¿Aún no hemos hecho mas que empezar á divertirnos, y gozar los placeres que el mundo ofrece en abundancia, y ya somos trasladados al túmulo? pues

por mucho que háyamos vivido , si separamos las horas de nuestro deleite de los disgustos que por espacio de dias, y aun de años, nos han acarreado, hallarémos cuán breves fueron.

Pero supongamos, dice un sabio, que habeis empleado vuestra vida entera en divertirnos sin contradiccion alguna ni disgusto. Acercaos á vuestro cadáver: vuestros deleites ya no existen: vuestro cuerpo destinado á la corrupcion, es ya insensible á ellos, por haber desaparecido como la pluma que llevan los vientos, ó como el humo que dispersan los aires. Aun cuando no hubiesen sido vuestras diversiones otros tantos crímenes, que debeis expiar en los suplicios, ellas han terminado: vosotros no existís: vuestra vida ha parecido un sueño. El mismo impio así lo reconoce, cuando dice: una centella caliente por un instante, y anima nuestro corazon; nuestra respiracion es un vapor lige-

ro que se levanta, un pequeño fuego que va á extinguirse. Asi el verdadero modo de considerar la duracion de la vida humana, es reflexar su último momento, en que terminan los honores, las diversiones y placeres. Los dias que se presentaban á vuestra imaginacion de una duracion tan larga, han pasado con la velocidad de un relámpago, con la celeridad de un rayo, y se han dissipado como una sombra, dicen los pecadores en el infierno. En efecto, ¿la vida no es un punto respecto del tiempo? ¿Y vuestros placeres y delicias son otra cosa que un punto en la vida? ¿Qué necesidad! ¿qué error acostumbrar al deleite, nutrir con delicadeza una carne, que va en breve á corromperse; solicitar delicias á la vida un momento antes de ser entregados á los horrores del sepulcro, y de pasar á la region de los muertos! Considerad pues, dice un gran pontífice, que mientras vivimos,

morimos siempre, y que entonces únicamente dexamos de morir, quando dexamos de vivir. Tal es, señores, la instruccion que os da vuestro cadáver acerca de la vanidad de los placeres y deleites mundanos: *vanitas vanitatum, et omnia vanitas*, segun el eclesiastés. Ni es inferior el desengaño que os presenta esté mismo cadáver, idolatrado poco antes por su belleza y sus adornos, y entregado ya á la corrupcion, y á un ejército de gusanos.

II. ¡Que no pueda yo predicaros estas verdades lúgubres, elevado sobre cadáveres, y sostenido sobre unos huesos áridos, como lo deseaba en otro tiempo el Crisóstomo! Mas ya que me sea esto imposible, elevaré, Señor, tu voz, y les diré con un profeta: idólatras de la belleza, esclavos de un luxo profano y escandaloso, vanos amadores de la impureza, apóstoles de la desenvoltura, vosotros moriréis tambien, y no vivi-

réis. ¡Qué anatema, señores! ¡qué terrible sentencia! ¡qué fallo inevitable! ¿Dónde estan aquellos vanos amadores del siglo, que poco há vivían con nosotros? pregunta san Bernardo. Nada de ellos nos resta sino cenizas y gusanos.

Venid pues á vuestro sepulcro, adoradores de una belleza frágil: yo levantaré el velo que cubre aquel asqueroso semblante, para que os horrorice menos. Ved aqui el rostro que tantas veces habeis admirado con una complacencia criminal. ¿Dónde estan los atractivos que os seducian? ¿Dónde aquellas miradas halagüeñas que os aprisionaban? ¿qué se ha hecho del barníz y la pintura que adornaban este objeto miserable? ¿qué de aquellos atavíos indecentes, de aquella vergonzosa desnudez, ocasion de la ruina de tantas almas? La poli-lla, dice el profeta Isaías, les servirá de caja, cuya tapa ó cubierta serán los gusanos. *Subter te sternetur*

tinea, et operimentum tuum erunt vermes. Venid, acercaos á esta bóveda, yo callaré, dexando el cuidado de instruiros á estos abismos tenebrosos, y cubiertos con las sombras de la muerte.

¿Dónde está aquella Jezabél, dice un sabio, tan vana, tan desenvuelta, tan profana en sus adornos, que rodeada de adoradores, solicitaba multiplicarlos, y aprisionar sus corazones: *ubi, queso, est?* Entro en su palacio, recorro sus soberbios aposentos, y observo el silencio mas profundo: exámino despues sus preciosos muebles, sus costosos adornos, este tocador, en que consultaba sus gracias, y adonde solia recibir los homenages mas secretos: hablo una multitud de esclavos, que antes la rodeaban. ¿Dónde está la divinidad, les pregunto: *ubi, queso, est?* El incienso se ha acabado, me responden llorosos. El ídolo ha sido trasladado en un momento desde el al-

tar á la bóveda. ¿Es esta la belleza que adoraba el universo, como exclamó S. Francisco de Borja, en ocasion de haber traído el cadáver de la emperatriz reina al sepulcro de su Real capilla de Granada, viendo tan desfigurada una muger, que habia pasado por la mas hermosa de su siglo?

¡Ah! ¿No tienen este fin vuestras gracias naturales, vuestros estudiados adornos, vuestros barnices y pinturas, ídolos de belleza, á quienes el mundo adora? Durante la vida os ha tolerado Dios, que enamoras de vuestra propia hermosura, pidais sacrílegas adoraciones de todos: os ha tolerado afeas, manchar, y adulterar su imágen, ya pintando vuestros ojos y rostro como Jezabél, para engañar á Jebú, y Cleopatra á César y á Marco Antonio, ya adorando vuestra cabeza, como las hijas profanas que nos describe el salmo: os ha permitido resplandecer

con todo el oro de Ofir, con todos los diamantes y telas costosas de la India, con todos los colores y plumas de la Persia, y exhalar de sí á veces los perfumes de la Arábia; todo con el depravado fin de haceros agradables, y no rara vez con el de servir de lazo á los incautos; porque abundan ya mas en nuestros dias las Lívias, Mesalinas y Popeas, que las Susanas y Lucrecias; y nada es mas frecuente que ver torres de Danae por tierra. ¿Qué otra cosa es la hermosura de vuestro cuerpo, animado por un alma viciosa, que una buena nave regida por un mal piloto? Semejantes á las aves que vió un profeta entre las ruinas de Babilonia, presentais la belleza solamente desde lejos; mas si os acercais á reconocer vuestro interior á fondo, hallaréis llena de torpeza y de hediondez la hermosura de Elena baxo una superficie de belleza. Si exáminais con atencion vuestro cadáver pestilente, veréis que

subter te sternetur tineæ, et operimentum tuum erunt vermes.

Durante vuestra vida, personas sensuales, idólatras de una carne corrompida, os ha permitido el Señor que gasteis el tiempo en un perpetuo círculo vicioso, desde el tocador á la visita, no rara vez peligrosa, por no decir llena de escándalo; de la visita á la mesa, no solo espléndida, sino propia para promover la gula, la embriaguez y la lascivia; de la mesa á los espectáculos, mas propios para encender las pasiones, que para solazar el ánimo; de los espectáculos á la tertulia y al juego, donde os encendeis mutuamente, como carbones, en el fuego de la concupiscencia, ó arruinais vuestra casa y familia; del juego al lecho, y de éste al tocador de nuevo, sin mas ejercicio de piedad, de religion, de arreglo de criados, de educacion de hijos; sin hablar mas que de la moda, de la vagatela y del cortejo. ¡Vici-

mas infelices del luxo y de la sensualidad! ¡Idólatras del amor propio! que vivís en un profundo letargo, como si no hubiese eternidad, venid á vuestros sepulcros, y despertaréis en la congregacion de los muertos, segun la sentencia del santo Job. Examinad, os ruego, vuestro desfigurado cadáver, y decidme: ¿qué se ha hecho vuestra idolatrada belleza? ¿dónde estan vuestros vanos amadores, y cómplices de vuestra sensualidad? ¿dónde vuestros adornos y modas favoritas? ¡Ah! esas miradas fijas, esos ojos extinguidos, convertidos en un horroroso espectro, ¿no son aquellos mismos en que relucian tan vivamente las pasiones? Estos labios traspillados, esta boca desfigurada por la fuerza de las convulsiones de la muerte, y que no exhala ya mas que un vapor pestilente, ¿no son á quien atribuíais estas gracias frágiles, que os dieron un aire de vanidad, tan culpable como ridícula? Re-

conoceos pues en estos miserables y asquerosos vestigios por una nueva Jezabél, que solo añadiais ricos adornos, y cierto aire de desenvoltura á vuestras gracias naturales, para aseguraros culpables conquistas, sirviendo de lazo á los incautos. Mas la muerte os ha sorprendido, cuando aún proyectábais nuevos crímenes; y debéis confesar, á pesar vuestro, que de todo, solo ha quedado á vuestro idolatrado cuerpo la polilla por caja, y los gusanos por cubierta: *subter te sternetur tinea, et operimentum tuum erunt vermes.*

Mas nosotras vamos al templo, y casi diariamente oímos misa, ni faltamos al santuario en las grandes solemnidades, oigo decir á algunas de estas semicristianas ó semipaganas. Profeta del Señor, que lamentabas la soledad de Sion en las fiestas mas brillantes, venid á llorad ahora á nuestros templos, no tanto su soledad, quanto su abominable desola-

cion, y los crímenes horrendos que son en ellos tan frecuentes. Ven, hijo del hombre, ven al lugar santo, para ver en él ídolos de carne, que adoran al mundo, y son por él adorados. Ved á estas mugeres mundanas, que han entrado á profanar el santuario, mas adornadas que los mismos altares, haciendo ostentacion de su vanidad y de la mas indecente desnudez. Ellas en efecto van conducidas del deseo de agradar hasta delante del Cordero inmaculado; le disputan los corazones, y le roban los adoradores, atrayendo á sí las miradas de todos. Ven, profeta del Señor, ven á ver estas mugeres escandalosas, que llevan el placer en su semblante, la alegría en sus ojos, y la sonrisa en los labios; vedlas entrar en el templo con mas desenvoltura que en el mismo teatro. Las mas se desdeñan bincar la rodilla delante de los altares del Todopoderoso. Aun á presencia del mismo sacri-

ficio hablan con tanta satisfaccion como en el paseo ó en la tertulia. ¿Pero qué digo? En el tiempo en que se eleva la hostia suelen estar pensando en el objeto de su passion, en el cual terminan sus miradas; allá van los suspiros, y se dirigen los deseos; ni se perdona la cita, la seña y la contraseña. Contentas con haber estado maquinalmente en el templo, juzgais ya desempeñado el riguroso precepto de santificar las fiestas. ¡Víctimas cebadas para el sacrificio del furor de Dios! temblad y estremeceos. Estad ciertas, que insta el tiempo de vuestra resolution, y que se acerca el de la deposicion de vuestro tabernáculo. Acercaos en este momento á reconocer en vuestro propio cadáver, cuán faláz es vuestra gracia, cuán vana vuestra hermosura, como se explica el Espíritu Santo. Por este medio cesará vuestra lozanía; vereis no solo marchitada, sino pes-

Tom. VIII. X

tilente vuestra idolatrada belleza. Vereis lo frívolo y criminal de vuestras juntas mundanas, de vuestros adornos indecentes, de la necia comitiva, de que habeis estado por tanto tiempo rodeadas, y que vais antes de mucho á servir de presa á un innumerable ejército de gusanos: *subter te sternetur tineæ, et operimentum tuum erunt vermes.*

III. Ni es menos vana y despreciable la soberbia de la vida, que la concupiscencia de la carne y de los ojos. ¡Sabios presuntuosos, poderosos del siglo, prudentes segun el mundo! acercaos á exáminar vuestros cadáveres, y ceñíos á responderme antes de caer en las manos de Dios vivo. Sabios segun la carne, enemiga del Señor, que inflados con la sublimidad de vuestras ideas, y ciegos veneradores de vosotros mismos, os habeis figurado cada uno un Dios conforme á vuestro capricho, ya sin providencia, y que

lo dexa todo al acaso, sin prescribir leyes, castigos, ni recompensas, á manera de epicúreos; ya un Dios ligado á una necesidad superior, y á las leyes inevitables del hado, á imitacion de los estóicos; llegando no rara vez á dudar de todo, á manera de académicos rígidos: filósofos arrogantes, que creyendo ser los mas ilustrados del mundo, y degradando vuestras luces como Adán, palpais las mas densas tinieblas en materia de religion y de costumbres; ciegos voluntarios, y guias de otros ciegos, acercaos á considerar por un momento ese vuestro cadáver hediondo. ¿Son estas las torres de Babel, que elevaban vuestras decantadas luces, vuestro orgullo y amor propio? Vos ¡ó mi Dios! habeis perdido la sabiduría de estos astros errantes, habeis confundido su altivez, habeis deshecho como un vapor estas nubes sin agua, haciéndolas espumar sus

confusiones en el abismo, habeis entregado su memoria al olvido, y arrojado al infierno su soberbia: *de-tracta est ad inferos superbia tua.*

Sigamos cada uno, os ruego, sigamos en espíritu nuestro féretro hasta el fondo del sepulcro; vosotros principalmente, poderosos del siglo, prudentes según la carne, soberbios magistrados, zelosos por política, dulces y afables por estudio, aplicados á la sociedad por interes, y los que os habeis ingerido por ardides en unos ministerios, á que no os llamaba Dios, como llamó á Moysés, Aaron y Samuel; venid, considerad esta lúgubre mansion de los muertos, donde las dignidades se confunden, y las distinciones se desconocen; pues tan desnudos como salisteis del vientre de vuestra madre, volveréis á la tierra de que fuisteis formados. Hé aqui vuestra mansion pestilente y asquerosa, reducida á seis pies de tierra. ¡Qué

mutacion de escena! ¡qué trastorno de fortuna! ¡qué espantosa caída! dice un sabio. ¡Desgraciado cuerpo! ¿de dónde has sido precipitado, y adónde has caído? De en medio de los placeres, del seno de los honores, de entre los brazos de las delicias del mundo, de una casa en que todo respiraba luxo, magnificencia, orgullo y altivez, habeis pasado en un dia á los horrores de una bóveda, á ser presa de la corrupcion y la hediondez. Esto es lo que os ha quedado de todas vuestras riquezas, equipages soberbios, muebles costosos, y ricos adornos, como al ínfimo de los hombres; lo demás pasó á un eterno olvido: *oblivioni tradita est memoria eorum.*

Dios, es verdad, os habia permitido por algun tiempo que la república fuese víctima de vuestra codicia, y que como sanguijuelas insaciables, extraxéteis con ansia la sangre del pobre, de la viuda y del

huérfano; os ha sufrido que como los Antíocos y Eliodoros hagais presa del santuario; que apoyados en vuestra autoridad escandaliceis al pueblo con desórdenes; ha tolerado que vuestros inferiores giman oprimidos por la dureza del trato y los trabajos, como en otro tiempo los israelitas baxo el poder de Faraon. Mas este orgullo, esta falsa política, esta prudencia carnal, en que los hijos del siglo se aventajan á los de la luz, ¿pasará del sepulcro? Vos, Señor, la reprobareis, segun vuestro oráculo, y juzgaréis durísimamente á todos los que así gobiernan, en la hora de su muerte. Ella en efecto pone á los hombres mas célebres al nivel de los mas viles y despreciables, destruyendo en ellos lo que los distinguia de la ínfima plebe. Aquel humo de inmortalidad que gozaron no fue mas que un espectro, un vano fantasma, que pasó con el tiempo, y yace sepul-

tado en un eterno olvido: *oblivioni tradita est memoria eorum*. Ellos quisieron elevarse hasta las nubes del cielo; pero vos ¡ó Dios mio! los habeis conducido hasta el abismo: *detracta est ad inferos superbia tua*.

Hé aqui, señores, las importantes lecciones que os da entre otras vuestro infecto cadáver. ¿Qué esperais pues para abandonar vuestros placeres criminales? ¿Qué otro espectáculo es necesario para conocer la vanidad de vuestra belleza, riquezas, honores, y aun de la vida misma? ¿Qué otra prueba se necesita para manifestaros lo frívolo de las cosas humanas, que ponerlos á la vista vuestro propio cadáver sin movimiento ni vida, pestilente, hediondo, y entregado á los gusanos? ¿Qué desengaño mas vivo de vuestra altivez y vanidad, de vuestro orgullo y soberbia de la vida, que el eterno olvido á que seréis por vuestra muerte reducidos? Acordaos

pues que sois polvo. Decid como Job á la corrupcion: *tú eres mi padre*; y á los gusanos: *vosotros sois mi madre y mi hermana*. Huid, os ruego, en tiempo, de la ira futura, porque si el cuerpo es corruptible, el alma es inmortal, y necesariamente ha de caer en las manos de Dios vivo. Vuestras obras buenas ó malas han de decidir en aquel terrible momento de vuestra suerte eterna. No olvideis jamas la humillacion de vuestro sepulcro, cuya memoria corregirá vuestros desórdenes para siempre, segun la sentencia del Espíritu Santo: *memorare novissima tua, en in æternum non peccabis*.

Grabad, Dios mio, estas verdades en el ánimo de mis oyentes, antes que sean citados á los pies de vuestro tribunal. Fixad en nuestro corazon un alto desprecio de todo terreno, y un ardiente amor á las cosas celestiales. Pecamos, hemos

cometido iniquidades, estamos llenos de la corrupcion del pecado, y sepultados en el abismo de la culpa. Mas vos sois, Señor, la resurreccion y la vida: no permitais que nuestra muerte sea eterna: nuestros pecados son sin número; pero es infinita vuestra misericordia, y en ella ponemos toda nuestra esperanza. Desde este momento, Señor, detestamos el vicio, protestando á presencia del cielo y de la tierra la enmienda de nuestra vida pasada. Aqui nos teneis, Padre mio, postrados á vuestros pies, como otros tantos hijos pródigos, que se acogen á vuestra clemencia. Aunque tarde, reconocemos nuestros yerros, y os pedimos el perdon de ellos por la sangre que Jesucristo derramó por redimirnos. ¡Ah! no dudeis, hermanos míos, llegad con espíritu de compuncion, y postraos llenos de confianza, y con fe viva ante esta imágen del Crucificado, y derra-

mando en su presencia vuestro co-
razon como agua , decid : Señor mio
Jesucristo &c. DIXE.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON
PARA LA
DOMINICA QUINTA

de cuaresma.

Sobre la maledicencia :

predicado en el convento de S. An-
tonio Abad de Granada. Año
1801.

¿ Nonne benè dicimus nos , quia sa-
maritanus es tu ; et demonium ha-
bes ? Joan. VIII. 48.

SEÑORES :

¿ Quién creyera que el espíritu de
maledicencia que animaba á los es-

cribas y fariseos llegase al extremo de injuriar y calumniar á un Dios hombre, la verdad por esencia, é impecable por naturaleza? Á no constar expresamente del evangelio, ¿quién podría persuadirse que fuese infamado Jesucristo, autor de todo bien, por su pueblo favorito, entre quienes habia vivido por espacio de treinta y tres años, sanando coxos y tullidos, curando enfermos, dando vista á los ciegos, lanzando los demonios, resucitando muertos, y acreditando con palabras y ejemplos la mansedumbre, la humildad, el amor, la caridad fraterna, y la verdad de su doctrina?

Pero lo cierto es, que cerrando de propósito los ojos á la inefable luz del sol de justicia Cristo, no solo le desconoció este pueblo deicida, sino que le cubrió de las mas atroces calumnias. Seductor, incontinente, revolucionario, blasfemo, son las odiosas denominaciones con

que calumniaban los judíos al Unigénito de Dios, que es la verdad misma, y que vino á dar al mundo testimonio de la verdad; y porque en la ocasion presente los reconviene diciéndoles: si os digo la verdad, ¿porqué no me creéis? desatan sus lenguas de áspides, nombrándole samaritano y endemoniado. Poseidos del espíritu de envidia, y privados del de caridad, persiguen con implacable ódio á Jesucristo hasta crucificarle con sus lenguas mordaces y con sus manos sacrílegas.

¿Es necesaria otra prueba para conocer la detestable maledicencia del pueblo judáico contra el Santo de los santos, y Unigénito de Dios? Mas por abominable y monstruoso que os parezca este crimen, no es un crimen singular de la Judéa, sino un vicio casi universal en el mundo, que expone á peligro de condenacion al género humano, como se explica un padre de la Iglesia;

pues aunque el maldiciente y calumniador, segun el sabio en los proverbios, sea la abominacion de los demas hombres; aunque este pecado sea tan grave, y de tan funestas consecuencias, atendida la corrupcion del corazon humano, son raros los que en él no incurren, hora sea por ligereza y falta de precaucion, hora por complacencia ó por malicia. No será pues fuera de propósito combatir un vicio tan abominable, y que segun las escrituras y los padres, es *el mas comun, el mas pernicioso, y el mas dificil de reparar*: tres breves reflexiones que dividen justamente la materia, digna de esta cátedra, de vuestras atenciones, y de mis débiles conatos.

Espíritu consolador, que descendiste un dia sobre los apóstoles en lenguas de fuego, para que anunciasen con fuerza y energía las verdades del Eterno hasta las extremidades de la tierra, dignaos descen-

der hoy sobre mis labios en lengua de caridad, para desterrar del corazon de mis oyentes el vicio de la maledicencia. Esta gracia os pedimos por la poderosa y eficaz intercesion de María santísima. *Ave María.*

Nonne benè dicimus &c.

La detraccion ó maledicencia no es otra cosa que la disminucion del honor y buena fama del próximo, de cualquier modo que se le infiera el agravio, ya sea por palabras, ya por señas, ya en público, ya en secreto. Es pecado grave por su naturaleza, segun santo Tomás, y solo puede ser leve por razon de la materia. Es un vicio abominable á los ojos de Dios y de los hombres; pero tan comun, por nuestra propension á lo malo, y por la favorable aco-

gida que halla entre los oyentes, que viene á ser el pecado universal de casi toda clase de gentes, y el último lazo del demonio contra el género humano, como se explican S. Paulino y S. Gerónimo.

¿Qué cosa en efecto mas dulce, decia el Nacianzeno, que hablar de otros? Nuestra soberbia, la envidia que de ordinario nos despedaza, y el amor propio que nos domina, son el origen funesto de esta especie de complacencia casi innata, que experimentamos al hablar, ú oír los defectos de nuestros hermanos. Aun sus buenas obras no estan á cubierto de la maledicencia, como observa S. Basilio. Nada mas frecuente que llamar insensato al modesto, cruel al justo, astuto al prudente, pródigo al liberal, avariento al hombre frugal, hipócrita al devoto, pretendiente ambicioso al zeloso del bien comun, al censor en fin de los desórdenes públicos iluso y visionario.

La oficina en que se labra la maledicencia es el corazon, y el instrumento es la lengua, segun el evangelio. Si aquel pues está lleno de amor propio, ó de envidia, y la lengua, á la cual llama Santiago *un mundo de iniquidad*, procede, como de ordinario acontece, con precipitacion ó con malicia, ¿qué reputacion quedará sana? ¿Quién estará á cubierto de unos labios envenenados y maldicientes? ¿quién no será reo de vicio tan abominable, y que de tantas maneras se comete?

Este crimen cometido la primera vez en el paraíso terrestre por el demonio, ha venido á ser con el tiempo el crimen del género humano, y á exercer su imperio sobre toda clase de gentes. Los grandes y los plebeyos, los pobres y los ricos, los sabios y los ignorantes sacrifican y rinden homenaje con frecuencia al horrible monstruo de la maledicencia, que ha venido á serles tan

familiar, que apenas hay congreso en que no presida. A vuestra propia confesion apelo. ¿Qué es lo primero de que se trata en vuestras juntas? ¿No es de lo que sucede en el mundo? En este gran teatro, en que todos los hombres son actores, representa cada uno su persona, y ponen todo su estudio en observar las costumbres y modo de vivir de los demas. ¿Es por ventura para alabarlos? ¡Ah! como el fin de cada uno es el de sobresalir, no busca otra cosa que motivos de humillar, desacreditar y deprimir á sus semejantes, principalmente si los creen capaces de obscurecer su nombre. Atribuye defectos al que no los tiene; si es reo de algunos, los exagera, los multiplica, los reviste de las mas odiosas circunstancias; si son ocultos, los publica, ni queda satisfecho si no ve por tierra la fama de su próximo.

Las cortes, las aldeas, las ciuda-

des, las villas, los palacios, las cabañas, y aun aquellos santos asilos consagrados por su instituto á la caridad, á la oracion y al silencio, no carecen de lenguas maldicientes, que sembrando la zizafia y la discordia entre sus mismos hermanos, lo ponen todo en desórden, y conducen insensiblemente á su ruina y exterminio los cuerpos mas robustos y mejor organizados. Nada en efecto hay seguro, ni que resista al agudo filo de una lengua maldiciente; y esta es la razon por qué el Espíritu Santo llama terrible á sus conciudadanos al hombre de este carácter.

Es verdad que el maldiciente no siempre se produce como enemigo, con mordacidad y acrimonia. Este modo de infamar es propio de almas vulgares. Las gentes finas y políticas no proceden en su murmuracion con ímpetu y aspereza. Sus lenguas son de áspides y escorpiones, que in-

roducen poco á poco, y con suavidad, el mortal veneno. El zelo de la honra de Dios, el amor de la justicia, la piedad, la compasion, el deseo de la salud de aquel alma, sirven no rara vez de exórdio á la manifestacion de los defectos ajenos. Por este medio logran los maldicientes la mas favorable acogida, y aquel es mas estimado en una tertulia, que sabe murmurar con mas finura, mas disimulo y discrecion. El que tiene esta habilidad no teme ser rechazado aun de las gentes que carecen de vicios groseros, y que se reputan por piadosas. Habla con total seguridad de ser oido con gusto, y no se detiene en revelar cualesquiera defectos de sus hermanos, por ocultos y denigrativos que sean.

Hé aqui, señores, la razon principal que movió á S. Paulino para llamar comun el crimen de la maledicencia. Por tanto, dice, es célebre este mal, por tanto domina á

muchos este vicio, porque casi de todos es oido de buena gana. Si los maldicientes supieran que debian ser corregidos, y caritativamente reprehendidos, segun el espíritu del evangelio, y el precepto de Dios por el eclesiástico, habria menos murmuradores; pero como estan ciertos, dice un sabio, que la maledicencia es en todas partes recibida con gusto y complacencia, tiene este vicio casi tantos partidarios, cuantos son los de cualquiera junta. ¿Hay ciudad, villa ni cuerpo alguno, que carezca de esta clase de personas, que viven de la maledicencia? ¿No hay muchos que solo se ocupan en vaguear por las calles, plazas y sitios públicos, con el fin de recoger noticias, de exáminar vidas ajenas, de averiguar defectos de sus próximos, para referirlos en su tertulia, amplificándolos, y poniéndolos á buena luz, como si trabajasen una pieza de elocuencia? ¿Con qué aplau-

so no es oído el que sabe usar de sátiras mordaces, de equívocos y palabras enfáticas, de apólogos, reticencias, exclamaciones, para desacreditar á sus hermanos!

De aquí proviene que aun los hombres piadosos no estan libres á veces de la maledicencia. No hablo de los hipócritas, ni de los que baxo el velo de una falsa piedad, encubren su malicia, y que cuando van á murmurar, como observa san Bernardo, dan profundos suspiros, y dicen con voz lastimosa: tengo una gran pesadumbre, porque amo mucho á fulano, y nunca lo he podido corregir. Yo estaba por otra parte bien informado de su delito, y por mí nunca se hubiera sabido; mas como ya se ha publicado por otro, no puedo negar la verdad; el hecho en efecto fue así. Hé aquí el exórdio favorito de los hipócritas, y que les sirve de precursor á su maledicencia. Pero no hablo

precisamente de estos, sino tambien de muchos de los que aspiran á una piedad sólida; porque el vicio de la detraction ó maledicencia se ha hecho tan comun, que halla partidarios aun en los que estan libres de otros crímenes, como reflexiona S. Gerónimo. Tanto es, dice, el afán de murmurar, de que abunda el ánimo de los hombres, que aun los mismos que viven segregados de los demas vicios, caen en éste, como último lazo del demonio. ¿De qué os podrán pues servir vuestras oraciones, ayunos y limosnas, si vuestras lenguas, dice san Juan Crisóstomo, estan teñidas con la sangre de vuestros hermanos, cuyo honor y fama habeis despedazado? De aquí se infiere que el pecado de la maledicencia no solo es el mas comun, sino el mas pernicioso, y de mas funestas consecuencias.

II. Para ser convencidos de esta verdad, basta atender á los daños

que trae consigo la maledicencia. Ella quita la honra del próximo, altera la paz, y extingue la caridad. ¿Qué bienes mas apreciables? ¿qué daños mas graves pueden considerarse? Reflexionemos.

El Espíritu Santo nos intima cuidemos de nuestro honor, buen nombre y fama, y S. Pablo afirmaba de sí mismo, que apreciaba mas la honra que la vida. Mejor me estaria morir, dice á los fieles de Corinto, que no que alguno evacue mi gloria ú honor. Las riquezas, los deleites, las dignidades perecen con la muerte, mas la estimacion debe sobrevivir á este universal naufragio, y es la única posesion de los muertos, como se explica un padre antiguo. Es pues una especie de homicidio, si no mas grave que el corporal, como quieren algunos, mas pernicioso sin duda, que el hurto. Mas tolerables son en efecto los ladrones que roban los vestidos y otros bienes, dice san

Ambrosio, que los que despedazan nuestra buena fama, porque ésta, como se explica el sabio en los proverbios, es preferible á todas las riquezas; y el honor, según el eclesiástico, es mas permanente y provechoso á nosotros, que mil tesoros por preciosos y grandes que sean. Así la maledicencia es tanto mas grave que el hurto, dice santo Tomás, cuanto es mayor el bien de que nos priva.

Ademas ¿el maldiciente no aborrece á su hermano en el mismo acto de desacreditarlo? Si lo aborrece, ¿no es su homicida? Así lo dice expresamente S. Juan: *qui odit fratrem suum homicida est*. Si es su homicida, á lo menos en la disposicion de su corazon, ¿dexará de ser reo de tan atroz delito, porque solo la lengua y el deseo concurrieron á su execucion? ¿Qué importa no se hayan ensangrentado vuestras manos, si estan cruentos vuestros áni-

mos? En efecto, la infamacion del próximo es tan grave homicidio, que sabemos por el eclesiástico, que la lengua, instrumento ordinario con que se executa, quebranta hasta los huesos, es mas aguda que la espada, y la muerte que da es la peor de todas, y mas temible que el infierno mismo, porque derrama la sangre de la reputacion, dice Tertuliano, y Dios juzgará este homicidio de maldicion.

¿Pero qué digo homicidio? ¿No saben todos que el detractor con una sola accion comete muchos? La vida de la reputacion del infamado, la suya propia, y la de todos los cómplices de su maledicencia. Oid á S. Bernardo: uno es, dice, el detractor, y solo habla una palabra; pero no obstante ella sola en un momento, á proporcion que penetra los oidos de los que estan presentes, quita la vida á sus almas: *unus est detractor, qui loquitur, et*

unum verbum tantum loquitur; et tamen unum verbum in eodem momento, multitudinis audientium dum aures transfigit, animas interficit. ¿Quién no concebirá pues un justo horror de un vicio tan pernicioso, que deshonra muchas veces, no solo á los culpables, sino á las personas mas inocentes, quitándoles la reputacion, preferible, segun el Espíritu Santo, á todos los tesoros, y á la vida misma, porque ésta se ha limitado por Dios á cierto número de dias, y la buena fama permanece eternamente? ¿En qué abismo de ceguedad no han caido los hombres, para dexar de conocer, que en orden á sus próximos conciben inversas todas las ideas, con el fin de desacreditarlos!

Ellos en efecto, como dice el Crisóstomo, juzgan mal de todo lo que ven: al humilde llaman hipócrita; si se recrea, guloso: si es sencillo, fátuo: si prudente, malicio-

so.... si es festivo, disoluto; si religioso, singular; si es sociable, mundano; si pacífico, afectado; si corrige el vicio, presuntuoso; si ora y vela por su salud, indiscreto; si enseña y predica la verdad, captador de aura popular; si dexa de hacerlo, negligente.... si es estimado de las gentes, adulador; si rehusa adular, es soberbio; en una palabra, no hay obra, accion ni movimiento, que el maldiciente no interprete en mala parte. Todo lo expone á su modo, hasta quedar satisfecho en su interior de haber arruinado la fama y reputacion de su semejante.

Por este medio no solamente logra herir de muerte la honra de su hermano, sino arruinar la paz, y encender las discordias. Todos los crímenes del mundo, decia á este propósito S. Bernardino, todas las iniquidades, casi todas las heregias, cismas é impiedades, traen su origen de una lengua maldiciente. "¡O

lengua malvada! ¡ó furia infernal! ¡ó próle impia del ódio y de la envidia! ¡ó lepra pestilente! Tú siembras las discordias, tú sola pones baxo tus pies á los buenos, difamas á los justos, produces los escándalos, perjurios, los falsos testimonios: tú no cesas de multiplicar las acusaciones inicuas.... castigas al inocente, divides los matrimonios, quitas el honor á las viudas y doncellas.... turbas las buenas conciencias. ¿Qué mas? Tú enciendes los ódios, las iras, las riñas, las disputas sangrientas, las injurias y calumnias: tú nutres las divisiones y parcialidades: tú sola engendras las traiciones, fomentas los incendios, cometes los homicidios, los parricidios, fraticidios y demas crueldades sanguinolentas. Aún no lo he dicho todo. Sola tú, lengua infernal, quebrantas los pactos mas solemnes, organizas las revoluciones, multiplicas los enemigos, separas los amigos, disipas las ciudades,

y destruyes los reinos: deprimes á los justos, ensalzas los impios, destruyes la fe... vivificas todos los vicios: tú convertiste á muchos ángeles en demonios; tú arrojaste á nuestros primeros padres de un paraíso de delicias; tú, para decirlo de una vez, pusiste al Unigénito de Dios en un afrentoso patíbulo." No en vano pues, señores, el Espíritu Santo llama terrible á todo un pueblo la lengua de un maldiciente. No hay género de mal, dice S. Juan Crisóstomo, que no traiga su origen de la detraction. De ella dimanán los rencores y discordias. Aquí se procrean las malas sospechas, que traen consigo tantos males. En fin todas las iniquidades que puedan imaginarse, concluye este padre, proceden de la maledicencia. Por manera, que donde se le da oído, ni puede haber paz, ni tampoco caridad, sin la cual es inevitable la ruina del alma.

El cristianismo estriba esencialmente en la caridad, que es la plenitud y complemento de la ley evangélica. De aqui naturalmente se infiere, que el que no la tiene en su corazón y en sus obras, es cristiano de solo nombre, y aun hace grave injuria á su profesion, como advierte un padre de la Iglesia. Esta virtud tiene dos respetos, uno á Dios, y otro al próximo; pero el Señor ha dispuesto estos dos mandamientos de tal suerte, dice S. Agustin, que amar á Dios debe ser el fin, y amar al próximo el medio que conduce á este fin. En la *intencion*, como hablan los teólogos, tiene el amor de Dios el primer lugar, mas en la *execucion* va siempre delante el amor del próximo. La escritura santa nos da dos pruebas auténticas de esta verdad.

La primera es, dice un abad venerable, quando Jesucristo estando ya para dexar el mundo, y volver

á su Padre celestial, en lugar de mandar á sus discípulos que amasen principalmente á Dios, no les habla sino del amor cordial que debian tener entre sí: yo os dexo, les dice, un mandamiento nuevo; á saber, que os ameis unos á otros, como os he amado á vosotros; y en esto debéis manifestar que sois mis discípulos. La segunda prueba es de S. Pablo, este fiel intérprete de la doctrina del Hijo de Dios, que reduce toda la ley divina al solo precepto de amar al próximo: *toda la ley, dice á los gálatas, está encerrada en este solo precepto: amarás á tu próximo como á ti mismo: omnis enim lex in uno sermone impletur: diliges proximum tuum sicut te ipsum.* No quiere decir esto, como S. Agustín observa, que se omita el amor de Dios, sino que los dos preceptos estan de tal suerte unidos, que el uno se encierra en el otro, porque es absolutamente imposible amar á

Dios aborreciendo al próximo, no siendo otra cosa el amor del próximo que una especie de extension del amor de Dios.

Supuestos estos principios, que son los de nuestra moral, decidme ahora vosotros los que os gloriais del nombre de cristianos, ¿no estais obligados á observar la ley del cristianismo? ¿Esta no consiste esencialmente en el amor de Dios y del próximo? ¿No es este un medio seguro y necesario, que debe conducir al amor de Dios, que es nuestro fin? ¿Observais por ventura este precepto, cuando publicais los defectos de vuestros hermanos, cuando desatais contra ellos vuestras lenguas maldicientes? ¿Es compatible con la caridad cristiana, con el amor mútuo, herir mortalmente la fama y reputacion de vuestro hermano? ¿Ah! yo, señores, me estremezo cuando oigo al Apóstol declarar excluidos del reinó de Dios

á los maldicientes: yo tiemblo al oír la maldicion que fulmina el Espíritu Santo contra el murmurador y bilingue: *susurro et bilinguis maledictus.*

La falta es pública, oigo decir á algunos, y así en nada se perjudica al próximo. ¡Insensatos! vosotros no conocéis la caridad. Esta, que es benigna, y no piensa lo malo, halla siempre alguna cosa en su hermano, que le hace digno de estimación, ó á lo menos de compasión; así por mas zelo que tenga contra el pecado, jamas pierde su terneza por el pecador. De aqui se sigue, que aunque no le hagais agravio en publicar sus faltas, os lo haceis á vosotros mismos, faltando á la compasión natural, que es inseparable de la caridad, y executando una acción cruel, que la humanidad misma condena. Yo permito que esta persona por su delito público haya perdido su honor, y con él la vida civil; ¿pe-

ro quién duda que disfamar á un hombre deshonorado es dar un golpe mortal á un muerto, aunque solo civilmente? ¿No sería una bárbara complacencia, una crueldad inaudita, desnudarse de compasión al ver la justicia executada en un malhechor? ¿No sería la última barbarie, si alguno de los espectadores diese un golpe mortal al que está ya pendiente del patíbulo?

Para hacernos conocer esta verdad, nos recuerda S. Bernardo, que cuando la Iglesia en este día habla en sus himnos de los instrumentos de la cruz del Salvador, denomina dulces á los que le hirieron estando vivo: *dulce lignum, dulces clavos*; pero cuando hace mención de la lanza que abrió su costado ya muerto, la da el nombre de cruel: *mucrone diro lanceae*; tal vez para representarnos, dice este padre, la detestable acción de los maldicientes. Esta es la crueldad que executais cuando

murmurais de un hombre infamado y muerto civilmente. En lugar de excusar caritativamente su pecado y mudar de conversacion, penetráis su pecho con el cuchillo agudo de la maledicencia, sin atender á que es propio de la caridad cubrir todos los delitos, como se explica el sabio en los proverbios. ¿No podré yo inferir de estos principios, que el pecado de la maledicencia no solo es el mas pernicioso, sino el mas difícil de reparar? Seguidme atentos.

III. El Espíritu Santo, para precavernos de este vicio abominable, nos dice por el eclesiástico: *ten cuidado de no caer en los pecados de la lengua, no sea que tu caída se haga insanable, y te conduzca á la muerte.* La medicina en efecto para su curacion es bien difícil. El maldiciente, dice santo Tomas, es un ladron del mas precioso bien que hay en el mundo; es decir, de la reputacion. ¿Y no sabemos por la doctrina constante

de la Iglesia, apoyada en la escritura y en los padres, que no hay salud para el que no restituye (pudiendo) los bienes mal adquiridos? ¿Ignoramos que en el orden de la verdadera penitencia no se perdona el pecado, como S. Agustin se explica, si no se restituye lo usurpado á Dios ó al próximo? ¿Porqué no deberá entenderse esta necesidad con mayor razon de la buena reputacion y fama, que es preferible, segun el sabio en los proverbios, á todos los bienes exteriores? ¿Habeis olvidado que la maledicencia ó robo de la honra no tiene mas remedio que la reparacion? ¿Habeis hecho reflexion sobre las gravísimas dificultades á que está sujeta una tal restitucion? ¡Ah! De vuestros labios salió la palabra que deshonoró á vuestro hermano, ¿cómo podreis recogerla? Ella voló para siempre, y con la rapidez de un ave, dice el Espíritu Santo, ¿qué potencia hu-

mana será capaz de hacerla volver? El agravio que habeis hecho corrió de lengua en lengua á la corte, á las ciudades, á las villas: vuestro hermano está ya infamado para con el poderoso y el plebeyo, para con los ricos y los pobres, para con los sabios y los ignorantes, y ha venido á ser el placer maligno de las conversaciones. Las personas piadosas se han escandalizado, la juventud licenciosa lo ha celebrado con regocijo en sus juntas mundanas; el novelista lo ha esparcido por todas partes; pues, como reflexiona S. Bernardo, nada corre con mas presteza que los discursos del murmurador, y por esta increíble velocidad, inficiona con el veneno de su malicia una infinidad de personas de todas edades, condiciones y sexos.

¿Cómo repararéis estos males? ¿Cómo impediréis que se multipliquen? La palabra que salió de vuestra boca, dice S. Gerónimo, es co-

mo una piedra arrojada en alto, cuyo golpe al caer es inevitable. Vosotros bien podreis desdeciros hoy de lo que ayer dixisteis; pero no podeis dexar de haberlo dicho, ni por consiguiente impedir ó reparar el daño causado. No basta confesar que habeis deshonrado á una persona; de haber dicho, por exemplo, que esta doncella es deshonestá, incontinente esta viuda, adúltera aquella casada, fraudulento este comerciante, injusto aquel juez, ignorante este abogado, este médico &c.; es necesario ademas resarcir los daños y perjuicios causados á estas personas en el modo posible. De otro modo, está el maldiciente incapaz de absolucion. Ni aun el sumo pontífice, dice un sabio, puede dispensar al detractor de la restitution de la fama. ¿Os parece fácil cumplir con esta indispensable obligacion? ¿Ah! Yo permito que esteis prontos á desdeciros. ¿Os crearán ya sobre

vuestra palabra los que os oyeron, y quedaron persuadidos de la falta de vuestro hermano?

Pero seamos mas indulgentes. Yo os permito crean vuestra retractacion los que os oyeron, ¿quién desengañará á las personas á quienes ellos comunicaron vuestra detraccion? Aun cuando hicieseis una retractacion pública, ¿quién la llevará á los oidos de todos los que han formado ya mal juicio de vuestro hermano? Aun cuando todos la oyesen, ¿juzgais que os creerian? ¿Ignorais, dice S. Bernardino, que nunca aprovecha tanto el remedio, quanto daña la malicia de la murmuracion? ¿No sabeis por vuestra propia experiencia, que las heridas penetrantes, aun quando sanen, dexan siempre cicatrices, que en cierto modo las manifiestan? ¿Y qué herida mas grave, os ruego, que la que hace el maldiciente en la reputacion de su próximo? ¿Cómo pues repararán

la injuria los detractores? Lo cierto es que Dios los aborrece, segun el Apóstol, y que el vicio de la maledicencia es propio de impios, en sentencia del Real profeta.

Ni debéis perder de vista, que este abominable pecado no solo se agrava con respecto á la persona infamada, como dice santo Tomás, sino que igualmente crece la dificultad de reparar una ofensa hecha á los sacerdotes, á los magistrados, á los príncipes y demas personas constituidas en dignidad, con respecto á su gerarquía; y á que representando á Dios, murmurar contra ellos, es hablar contra el Excelso, y desacreditar al cielo, segun la expresion del salmo. ¿Cómo repararéis este agravio? ¿Cómo reintegraréis esta fama? ¿Cómo restituiréis una reputacion, de la cual os constituyó el Señor tutores y defensores en calidad de hijos? La materia es bien difícil; bien lo conoceis. No obstante,

os daré algunas reglas, que sirvan de preservaros de un vicio tan comun y pernicioso, tan odioso á Dios y á los hombres, y que al mismo tiempo os instruyan en lo que debeis hacer para restituir en el modo posible la reputacion quitada á vuestro hermano.

I. Si habeis sido tan imprudentes y llenos de maldad, que con vuestra lengua hayais servido á la iniquidad y á la injusticia, hacedla servir en adelante, segun el precepto del Apóstol, á la justicia por medio de la penitencia, restituyendo á vuestros hermanos quanto os sea posible, y á juicio de confesor docto y experimentado, el honor y buena fama que les robásteis con vuestra maledicencia.

II. No os contenteis de poner todos los medios de reparar el mal que habeis hecho, sino dexad para siempre de juzgar mal de vuestro hermano, que ha sido el mas fecun-

do origen de vuestra maledicencia; pues el mismo evangelio del dia os hace ver, que los judíos conducidos de un juicio temerario, no dudaron llamar á Jesucristo samaritano y endemoniado.

III. Si oís á algun maldiciente, corregidle, si es vuestro inferior ó súbdito, y si no podeis imponerle silencio por su autoridad, mostradle desagrado; porque como dice el sabio en los proverbios: *como el viento aquilon disipa la lluvia, el semblante triste y desagradable reprime la lengua del maldiciente.*

IV. Cuidad mucho de ocultar el defecto que hubiereis oido de vuestro hermano; pues como dice el eclesiástico, si has oido alguna palabra contra tu próximo, sepúltala en ti mismo, y á nadie jamas la reveles: acuérdate del precepto que Dios te impuso, de ser defensor y tutor de la honra de tu hermano; y solo manifestarás sus defectos en aque-

llos casos en que la Iglesia ha ordenado revelarlos á los superiores. Por lo demas, sed cautos, moderad vuestra lengua, poned un candado en vuestros labios, para que solo pronuncien lo que conduzca á honra y gloria de Dios, al bien de vuestras almas y de vuestros hermanos en Jesucristo.

Baxo estas breves reglas, señores, no solo os pondreis á cubierto del crimen de la maledicencia, tan comun en el mundo por nuestra propension á lo malo, y por la favorable acogida que de ordinario halla en los oyentes, tan pernicioso, que arruina la fama y el buen nombre, que enciende las discordias y los ódios, y extingue la caridad cristiana, sino que pondreis lo que está de vuestra parte, ya sea para impedir un vicio de tan funestas consecuencias, ya para emprender con fruto la obra difícil de la reparación de la fama, reputacion y buen nom-

bre de nuestros hermanos, que hayais despedazado cruelmente.

Entrad, señores, en vosotros mismos, exáminad los senos de vuestra conciencia, para reconocer si sois reos de un vicio tan abominable y tan odioso á los ojos de Dios y de los hombres. Acercaos á un director prudente y sabio que os instruya sobre el modo de reparar la reputacion de vuestro próximo, y de curar la herida casi insanable que habeis hecho á la caridad, sin lo cual no podeis salvaros.

Y vosotros los que habeis sido infamados, si vuestras malas obras han dado ocasion á ello, reparad con una verdadera penitencia vuestros delitos y escándalos, dando al Señor las gracias de haberos humillado, para que le busqueis arrepentidos. Aun los que padeceis inocentes y por mera calumnia, no perdais de vista á Jesucristo, vuestro modelo y exemplar. Cuando le tratan de endemo-

niado, no vuelve injuria por injuria; al contrario, lleno de mansedumbre, dice: yo no estoy poseido del demonio; honro sí á mi Padre, predicándoos la verdad, y vosotros me deshonrais con calumnias. Yo no busco mi propia gloria; correspondo á mi Padre celestial buscarla, y juzgar del agravio que me habeis hecho. Dios es el principal agraviado en la calumnia que padeceis; dexad pues á Dios la venganza, que juzgará á cada uno según sus obras. Entre tanto amaos vosotros mutuamente; amaos en Dios, por Dios y para Dios; condonaos las injurias, y de las que habeis cometido, pedid perdón al Señor, diciéndole con corazón contrito y humillado: Señor mio Jesucristo &c. DIXE.



SERMON DE MANDATO.

Exemplum enim dedi vobis, ut quem admodum Ego feci vobis, ita et vos faciatis. Joann. XIII. 15.

SEÑORES:

La augusta ceremonia que acabais de presenciarse, examinada á la luz de la fe, bastaria por sí sola á humillar vuestro espíritu delante de Dios, y á encender vuestro corazón en el fuego de su caridad. Aun las palabras con que el evangelista refiere este hecho, que fue sin duda uno de los mayores espectáculos de

niado, no vuelve injuria por injuria; al contrario, lleno de mansedumbre, dice: yo no estoy poseido del demonio; honro sí á mi Padre, predicándoos la verdad, y vosotros me deshonrais con calumnias. Yo no busco mi propia gloria; correspondo á mi Padre celestial buscarla, y juzgar del agravio que me habeis hecho. Dios es el principal agraviado en la calumnia que padeceis; dexad pues á Dios la venganza, que juzgará á cada uno según sus obras. Entre tanto amaos vosotros mutuamente; amaos en Dios, por Dios y para Dios; condonaos las injurias, y de las que habeis cometido, pedid perdón al Señor, diciéndole con corazón contrito y humillado: Señor mio Jesucristo &c. DIXE.



SERMON DE MANDATO.

Exemplum enim dedi vobis, ut quem admodum Ego feci vobis, ita et vos faciatis. Joann. XIII. 15.

SEÑORES:

La augusta ceremonia que acabais de presenciarse, examinada á la luz de la fe, bastaria por sí sola á humillar vuestro espíritu delante de Dios, y á encender vuestro corazón en el fuego de su caridad. Aun las palabras con que el evangelista refiere este hecho, que fue sin duda uno de los mayores espectáculos de

la historia de nuestra religion, son capaces de inspirarnos el mas alto menosprecio de nosotros mismos, y el mas tierno amor á todos nuestros hermanos. Sabiendo Jesus, dice san Juan, que ha venido su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado á los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. Y acabada la cena, como el diablo hubiese ya puesto en el corazon de Judas, hijo de Simon Iscariotes, que lo entregase: sabiendo Jesus que el Padre le habia dado todas las cosas en las manos, y que de Dios habia salido, y á Dios iba; se levanta de la cena, se quita el manto, y tomando una tohalla, se la ciñó; echó despues agua en un lebrillo, y comenzó á lavar los pies de los discípulos, y á limpiarlos con la tohalla.... y despues que les hubo lavado los pies y tomado su ropa, volviendo á sentarse á la mesa, les dixo: ¿sabeis lo que he hecho con

vosotros? Vosotros me decís Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo el Señor y Maestro os he lavado los pies, vosotros tambien debéis lavar los pies los unos á los otros. Exemplo en efecto os he dado, para que como yo he hecho á vosotros, vosotros tambien hagais. En verdad os digo, que el siervo no es mayor que su Señor.... Un mandamiento nuevo os doy; que os ameis los unos á los otros, asi como yo os he amado... en esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis caridad entre vosotros.

¿Quién por este razonamiento de Jesucristo no conoce el espíritu de humildad y de caridad que le animaba, y el ardiente deseo que tenia de que le imitásemos en estas dos virtudes, fundamento y complemento de todas las demas? En vano pues me cansaria yo en discurrir asunto diferente, cuando el mismo Salvador nos convida con su exemplo á ser

humildes, y nos instrúa el precepto de ser caritativos. Hé aqui la materia y division de un breve discurso, objeto de vuestras atenciones, y de mis endebles conatos. Imploramos las luces del Espíritu Santo, postrándonos con sumision ante aquel augusto tabernáculo, donde venera nuestra fe al Unigénito de Dios, lleno todo de amor por la salud del hombre, y como en rehenes para satisfacer por nuestras culpas, y borrar con su preciosa sangre el decreto de nuestra condenacion. Pidámosle con fe viva encienda en nuestro corazon aquel fuego divino de caridad que vino á traer al mundo, para que se renueve hoy su gloria en el templo de nuestras almas. Saludemos á este fin á su dolorosa Madre, diciéndola con el ángel. *Ave MARIA.*

Exemplum enim dedi vobis &c.

Para dar á conocer á todo fiel cristiano su estrecha obligacion de ser humilde, no es necesario detenerme á ilustrar la materia con toda la extension de que es susceptible. Las pruebas de esta verdad son tantas, tan repetidas é inculcadas en las divinas escrituras y en los padres de la Iglesia, que sola su enumeracion me llevaria muy lejos, haciéndome exceder los límites de un breve discurso, que exígen las circunstancias del día. Prescindo pues por ahora, que la humildad está en el número de los preceptos evangélicos; que la necesidad de practicarla se funda en una ley divina, que la ordena; prescindo de que sin ella no hay verdadera virtud; prescindo de que para salvarse no

es menos necesario ser humildes que ser cristianos, porque el espíritu del cristianismo es espíritu de humildad, y de negacion de sí mismos. Ni me detendré á manifestaros con testimonio de los padres de la Iglesia, que la humildad nos preserva de los vicios, conserva las demas virtudes, y atrae la gracia de Dios como la piedra imán atrae el fierro. Solo quiero considereis la humildad de Jesucristo, que es el exemplar que él mismo nos propuso para nuestra imitacion al tiempo de executar esta augusta ceremonia. Cotejemos su inefable grandeza con nuestra vileza propia, lo cual basta para humillarnos hasta el polvo de la tierra.

¿ Quién es, señores, el que admirais humillado á los pies de sus discípulos? ¿ No es el Soberano de la naturaleza, Criador del cielo y de la tierra, y de todos los seres visibles é invisibles? ¿ No es aquel

Dios grande, á quien vieron los profetas sostener con tres dedos toda la masa de la tierra, pesar los montes, extender como un hermoso pavellon los cielos, y poner límite con su precepto á las aguas? ¿ No es el augusto personage, cuyo trono es mas brillante que el astro de la mañana, desde el cual, segun David, debia pisar algun dia la dura cervíz de sus enemigos? ¿ No es el Dios magnífico, á quien vió el Real profeta alzado monarca sobre la montaña de Sion, exerciendo su dominio de uno á otro mar, desde el oriente al occidente, desde el aquilon al mediodia, recibiendo los debidos homenages de todos los soberanos y los pueblos? ¿ No es el Dios inmortal, á quien vió Daniél acercarse al mas anciano de los días, y recibir de su mano una potencia eterna, y un reino inmutable, compuesto de todas las naciones del mundo? ¿ Aquel á quien vió Isaías

nacer de una Madre Virgen, para ocupar un trono celestial? ¿No es el que vió S. Juan, que sobre sus vestidos y su persona misma tenia el glorioso título de Rey de reyes, y Señor de los que dominan? ¿No es aquel personage, cuyo soberano imperio, reconocido por S. Pablo, exclama lleno de admiracion: ¡ó Dios mio! Vos habeis puesto baxo sus pies todas las cosas, dándole un nombre superior á todos los nombres, á cuya presencia deben prostrarse los cielos, la tierra, y los abismos?

¿No son estos, os ruego, otros tantos títulos de la esencial é incomparable grandeza del Unigénito de Dios, hecho hombre por nuestra salud? Sin embargo, á pesar de su excelencia suprema, y de ser mas elevado que los cielos, nos dió durante su vida mortal continuas lecciones de la mas profunda humildad, ya de palabra, ya con su exemplo:

de palabra, cuando nos dice en su evangelio: aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon: el que se ensoberbece será humillado, y el que se humilla será ensalzado; porque el Señor depuso á los soberbios de su trono, y exáltó á los humildes. Asi el que quiera ser el primero, sea el último, y ministro de todos; pues el que se humillare como este párvulo, será el mayor en el reino de los cielos. Con estas y semejantes sentencias intimó Jesucristo la humildad á sus discípulos, y en ellos á todos nosotros.

Mas porque ninguno juzgase que imponiendo graves cargas sobre los demas, se desdeñaba llevarlas él mismo (á imitacion de los *fariseos*), se dignó ser el primero en acreditar el espíritu de humildad y de mansedumbre con su exemplo. Acercaos á la cueva de Belén, y veréis reducido á una pequeña estatura el Inmenso, y hecho párvulo el Dios excelso: re-

clinado en un pesebre el Criador del cielo y de la tierra: envuelto en viles paños, y expuesto á las injurias del tiempo el Rey de la gloria. Caminad en espíritu al templo de Jerusalén, y veréis al impecable por esencia sujetarse humildemente á la ley de la circuncision, como si fuese un pecador. Acompañadle fugitivo de la crueldad de Herodes por desiertos y soledades hasta llegar á Egipto, expuesto á las incomodidades del camino, á la hambre, al frio y á la persecucion.

Pero prescindamos por un momento de todos los actos de humildad que practicó Jesucristo por el espacio de treinta y tres años hasta el último de su afrentosa cruz, para considerar el de la presente ceremonia. ¿Qué mayor humildad que ver arrodillado al Señor de los cielos y la tierra á los pies de unos pobres pescadores, el Maestro postrado ante sus discípulos, Dios ante los hom-

bres? Contemplad, hermanos míos, el portento de humildad de ver á Cristo lavando de rodillas, y enxugando los pies á Judas, este pérfido discípulo, cuyo ingrato corazón, poseido ya del demonio, estaba resuelto á entregarle á sus enemigos. Adorada sea, ¡ó amabilísimo Redentor! vuestra incomparable mansedumbre y humildad.

Si Jesucristo pues, á pesar de su infinita grandeza y excelencia, se humilla tanto para darnos exemplo, ¿qué excusa podremos alegar nosotros en medio de nuestra propia vileza para dexarle de imitar, como nos ordena en su evangelio? ¡Ah! ¿quién es el hombre, señores? ¿ó en qué funda su soberbia el lodo, el polvo y la ceniza? Reconoced, hijos de Adán, vuestro origen. Aunque sea tan admirable la estructura de vuestro cuerpo, como obra del supremo Artífice, si se mira con atencion, se hallará que dexó gra-

bada la humillacion en su centro, como lo testifica por Miqueas: *humiliatio tua in medio tui*. Por mas bellas calidades que os adornen, debeis, como el santo Job, llamar padre á la corrupcion, madre y hermana á los gusanos: *putredini dixi: pater meus es: mater mea, et soror mea vermibus*. Avergonzaos pues de vuestro origen, os diré con S. Bernardo: ni perdais de vista que sois polvo, y en polvo os habeis de convertir.

Por lo que hace al alma, dice un sabio, aunque inmortal, espiritual, y hecha á imágen de Dios, ¿cuántos motivos de humillacion no nos presenta? ¿No debemos confesar todos con David: *hé aqui he sido concebido en iniquidades, y mi madre me concibió en pecado?* ¿Qué estímulo mas poderoso para humillarse? ¿Cómo puede subsistir vuestro orgullo, si atendeis á este origen infecto de vuestra alma, manchada con un

pecado, que desde vuestra misma concepcion la hizo enemiga de Dios, y objeto de su ódio, indigna del cielo, y solo apropósito para el infierno?

Añadid á esta vileza original los pecados sin número con que la habeis manchado desde que entrasteis en el uso de la razon. ¿Quién de vosotros podrá decir (sin mentira y arrogancia temeraria), mi corazon está puro, yo estoy limpio de culpas? ¿Quién ignora los castigos y confusion vergonzosa á que le hacen ellas acreedor en el juicio de Dios? ¿Quién sabe si os arrepentiréis, y resucitaréis á la vida de la gracia? ¿Y en caso de haber resucitado, ¿quién sabe si permanecerá mucho tiempo en gracia? ¿Quién sabe si obtendrá de Dios el dón de la perseverancia? Y sin perseverar hasta el fin, ¿quién se salva? sin salvarse, ¿quién no es un vaso de ignominia, de oprobrio y de menosprecio? ¿En qué

fundais pues vuestra soberbia y orgullo? ¿Ignorais que Dios resiste á los soberbios; que reprueba la sabiduría de los sabios orgullosos; que condena la prudencia de los prudentes segun la carne, y que solo exalta á los humildes? Humillaos, os ruego con S. Pedro, humillaos baxo la mano poderosa de Dios, y á presencia del exemplo de Jesucristo, para que os exálte en el tiempo de su visita; es decir, en el de su terrible venida á juzgar vivos y muertos, para dar á cada uno el premio ó castigo segun sus obras.

II. Ni para estar á cubierto de la ira de Dios os debeis contentar con ser humildes de corazon, á imitacion de Jesucristo. Es necesario tambien que seais caritativos, no solo para cumplir con el nuevo mandato que os impone, sino para dar á conocer que sois sus verdaderos discípulos; porque segun el espíritu del evangelio, no debe reputarse tal

el que no tiene caridad con su hermano. En efecto, esta es la virtud principal de la religion, el alma y nervio del cristianismo, ó por decirlo de una vez, es la plenitud y complemento de la ley, cómo se explica S. Pablo: y S. Juan dice expresamente, que el que dice ama á Dios sin amar á su prójimo, es un mentiroso, porque si no tiene amor á su hermano, á quien ve, ¿cómo amará á Dios, á quien no ve? Aunque unos oráculos tan expresos debian bastar para convencer á todo fiel cristiano de su estrecha obligacion de observar el precepto de la caridad fraterna, quiero no obstante reflexeis por un momento, que Jesucristo os lo manda, os dió exemplo, y fulmina contra vosotros la mas terrible sentencia en caso de contravencion.

Un mandamiento nuevo os doy, nos dice por S. Juan; á saber, que os ameis los unos á los otros; y

por S. Mateo: yo os digo, amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, orad por los que os calumnian y persiguen. Esta vino á ser como la última voluntad de nuestro amabilísimo Salvador, inculcada solemnemente, y varias veces en su evangelio, manifestada á sus discípulos poco antes de engolfarse en el alto mar de su pasión, y próximo ya á partirse á su Padre celestial, encargándoles su exácto cumplimiento, como una condicion precisa para ser conocidos por sus verdaderos discípulos. ¿Quién osará, señores, resistir á un mandato expreso de Cristo nuestro bienhechor, nuestro Dios y nuestro Padre? ¿A quién no moverá el exemplo de este hombre Dios, que por nuestro amor y salvacion se dignó venir al mundo cuando eramos sus enemigos, y objetos solo de su cólera? ¿Qué otra cosa que su amor al hombre, y el deseo de redimirle de la esclavitud

del pecado, que le constituía su irreconciliable enemigo, le hizo tomar nuestra naturaleza, nacer en un humilde establo, sufrir la persecucion de Herodes, pasar innumerables trabajos desde su mas tierna infancia, hasta morir afrentosamente en una cruz cubierto de calumnias? ¿No fue su amor á los hombres, aun á sus mayores enemigos, el que le hizo exclamar desde el patíbulo: Padre mio, perdónalos, que no saben lo que hacen, hablando de aquellos mismos, que tan sin humanidad le crucificaban? Aun sin salir de la augusta ceremonia del dia, ¿qué otra cosa que el amor al hombre le hace arrodillarse á lavar los pies á sus discípulos, sin excluir los de su pérfido enemigo Judas, que iba prontamente á venderle, y entregarlo á los ministros de la sinagoga? Últimamente, ¿no fue su inexplicable caridad con los hombres la que le sugirió en esta misma ocasion el in-

genioso medio de quedarse con ellos en aquel augusto Sacramento de nuestros altares, para servirles de alimento, de proteccion y de consuelo hasta la consumacion de los siglos? Atended pues, señores, á vuestro Maestro y Xefe, como se explica santo Tomás de Villanueva, considerad cuántos beneficios hace á sus enemigos: si sois de la escuela del Salvador, ¿porqué no seguís al Profesor? En vano os gloriáis del nombre de cristianos, dice S. Agustin, si no imitais á Cristo.

Ademas, ¿no es de fe que con la medida que midiereis habeis de ser medidos? ¿No es igualmente de fe, que si no teneis caridad de vuestros hermanos, no tendrá Dios misericordia de vosotros? Si no perdonáreis á los hombres, dice Jesucristo, tampoco el Padre os perdonará vuestros pecados. Vosotros sereis privados, cómo se explica un padre de la Iglesia, del perdon, de la gracia

y de la gloria. Si os falta la caridad, ni los ayunos, ni las oraciones, ni las penitencias, ni las limosnas serán meritorias de la vida eterna; porque sin la caridad nada aprovecha, nada somos, segun el idioma de S. Pablo.

Formad, señores, os ruego, una idea justa de la religion que profesamos. Penetrad el espíritu de estas augustas ceremonias, que la Iglesia os presenta para poneros á la vista la humildad y la caridad de Jesucristo, que él mismo nos recomienda de palabra y con su exemplo. El Señor salvará, dice David, á los humildes de espíritu; su oracion penetrará las nubes, segun la expresion del eclesiástico. El mismo Salvador nos ordena ser mansos y humildes de corazon, y nos reconviene con su exemplo en el acto del lavatorio: humillaos pues baxo su mano poderosa, para ser exáltados en su presencia. Ni olvideis jamas el ri-

guroso mandamiento que os impuso en esta hora, de que os ameís los unos á los otros, asi como él os ha amado; pues en esto conocerán todos que soís discípulos de Jesucristo, si reináre la caridad entre vosotros. Cese pues desde este momento para siempre vuestra altivez y soberbia; cesen vuestras enemistades y discordias, á presencia de un Dios hombre humillado á los pies de unos pobres pescadores; reine el espíritu de amor y caridad de Jesucristo en todos los corazones. Llegad, hermanos míos, á pedir estos preciosos dones á nuestro amabilísimo Redentor, que os espera con paternal ternura en aquel trono de clemencia; decidle con espíritu de compuncion y de dolor: Señor mio &c. DIXE.



SERMON
DE PASION.

*Expedit ut unus moriatur homo pro
populo, et non tota gens pereat.
Joann. XI. 50.*

Un Dios incommutable, eterno, inmenso, figura de la substancia del Padre, esplendor de su gloria, viva imagen de su divinidad, en todo igual y consubstancial al Padre, y único Dios con el Padre, y el Espíritu Santo; un Dios humanado, Pontífice de los futuros bienes, y eterno Sacerdote segun el orden de Melquisedech, que por su amor á los hombres y por nuestra salud cargó so-

guroso mandamiento que os impuso en esta hora, de que os ameís los unos á los otros, asi como él os ha amado; pues en esto conocerán todos que soís discípulos de Jesucristo, si reináre la caridad entre vosotros. Cese pues desde este momento para siempre vuestra altivez y soberbia; cesen vuestras enemistades y discordias, á presencia de un Dios hombre humillado á los pies de unos pobres pescadores; reine el espíritu de amor y caridad de Jesucristo en todos los corazones. Llegad, hermanos míos, á pedir estos preciosos dones á nuestro amabilísimo Redentor, que os espera con paternal ternura en aquel trono de clemencia; decidle con espíritu de compuncion y de dolor: Señor mio &c. DIXE.



SERMON
DE PASION.

*Expedit ut unus moriatur homo pro
populo, et non tota gens pereat.
Joann. XI. 50.*

Un Dios inmutable, eterno, inmenso, figura de la substancia del Padre, esplendor de su gloria, viva imagen de su divinidad, en todo igual y consubstancial al Padre, y único Dios con el Padre, y el Espíritu Santo; un Dios humanado, Pontífice de los futuros bienes, y eterno Sacerdote segun el orden de Melquisedech, que por su amor á los hombres y por nuestra salud cargó so-

bre sí todos nuestros pecados para satisfacer por ellos á la divina justicia ; un Dios hombre entregado en esta hora al poder de las tinieblas y al furor de sus enemigos , á la ira de los sacerdotes , á la perfidia de los judíos y á la justicia de su Eterno Padre ; un hombre Dios , que es por naturaleza el justo universal , que encierra toda la justicia y á todos los justos en su persona ; pero que al mismo tiempo para cumplir con la ley que adoptó voluntariamente en la eternidad , viene á ser como un pecador universal , que carga sobre sí todos los pecados del mundo , y como una víctima universal entregada á la muerte por todos los pecadores ; un Dios hombre afligido hasta el fondo de su alma , y reducido á una agonía tan prolixa (causada de la consideracion de lo que debia padecer , y de los pocos que se aprovecharian del precio infinito de su copiosa redencion) ; ago-

nía que le hizo cubrirse de un sudor de sangre , que corrió en abundancia hasta la tierra ; un Dios hombre en fin , vendido por un traidor discípulo , atropellado en su persona , en quien desean los ángeles mirarse ; ligado como un facineroso ; conducido de tribunal en tribunal ; tratado á lo ridículo como rey de burlas ; azotado como un vil esclavo ; cubierto de salivas inmundas , y hecho todo su cuerpo una vasta llaga , á manera de un leproso ; coronado de espinas ; con una caña por cetro , como si no fuese el Rey de la gloria y Señor de los que dominan ; cargado como otro Isaac con la leña para el sacrificio ; sacado como otro Abel al campo á ser víctima de la envidia de sus mismos hermanos ; extendido , para decirlo de una vez , sobre un duro leño , sus pies y manos horadadas de agudos y penetrantes clavos , y elevado y pendiente en la cruz á presencia de todo un pueblo , que le cubrió

de insultos hasta que entregó lleno de amor su espíritu en las manos de su Padre celestial: hé aqui, señores, el admirable espectáculo, el dulce y lastimoso objeto que presenta en esta hora á los ojos de nuestra fe la augusta escena del Calvario. ¿Quién de vosotros, os ruego, permanecerá insensible á vista de la passion y muerte de su Dios y Redentor, cuando el sol, las piedras, los sepulcros manifiestan á su modo su extremo dolor y sentimiento en la muerte de su Hacedor?

Mas advertid, señores, que no son lágrimas estériles las que pretendo sacar de vuestro corazon, sino de compuncion y de dolor de vuestros pecados, que fueron la causa y el artífice de tan horrible deicidio. Este hombre Dios nació para morir: asi convenia para que no pereciese todo el género humano, segun el oráculo que puso el Padre Eterno en boca de Cayfás. Su muer-

te pues era indispensable para satisfacer á la justicia de Dios infinitamente justo, y el nuevo testamento debia sellarse con la sangre de Jesucristo, segun los decretos eternos. Por tanto no debeis juzgar que fue en el huerto de las Olivas donde el Hijo de Dios oyó pronunciar por la primera vez la sentencia de su muerte. Su Padre la habia ya pronunciado en la eternidad, y él mismo voluntariamente se habia sujetado á ella, declarando su rendimiento desde que vino al mundo. Para confirmarnos S. Pablo en esta verdad, dice que *Dios habia escondido una sabiduría en su misterio, predestinada en su consejo, y preparada antes de todos los siglos para gloria nuestra.* Sabiduría, añade, que no conocieron los demonios; porque si hubiesen ellos advertido el extraño medio que iba á tomar para salvar al hombre, jamas hubiera instigado á los judíos á que crucificasen al Señor y Rey de la gloria.

La sentencia en efecto irrevocable estaba ya pronunciada, y Jesucristo tan sometido á ella, que el mismo Apóstol, citando al Real profeta, le hace hablar con su Padre desde su venida al mundo en esta forma: *tú no has querido ni hostia, ni oblation*; porque estas, como dice un célebre expositor, no tenían proporcion alguna con la grandeza de un Dios ofendido, ni con la enormidad de la injuria que el hombre le habia hecho: *pero me diste cuerpo*, porque yo mismo debo ser la víctima, capaz únicamente de reparar tan grave ofensa: me diste pues un cuerpo mortal y pasible, conforme al designio que tenias de hacerme un varon de dolores; por esto dixe en el momento de mi encarnacion: vedme aquí dispuesto á executar en tiempo la sentencia que habias pronunciado contra mí en la eternidad; sentencia que me condena á la muerte para satisfacer á

vuestra justicia; sentencia escrita á la frente del gran libro de los decretos de Dios, que contiene la suerte de los hombres, y asimismo la protesta que yo hice de someterme á ella: *in capite libri scriptum est de me, ut facerem voluntatem tuam, Deus meus, volui, et legem tuam in medio cordis mei*. Así cuando se encamina al huerto de las Olivas, va, dice el evangelista, en cumplimiento de lo determinado: *secundum quod est definitum, vadit*. Su sentencia pues está fundada, segun los doctores de la Iglesia, sobre un doble derecho de justicia; á saber, sobre la que Dios se debe á sí mismo, y sobre la que el hombre debe á Dios. Por la primera, se debe Dios á sí mismo la justicia de castigar el pecado, porque á la naturaleza y perfeccion del orden soberano es esencial, dice un sabio, querer en todas las cosas la belleza de orden, y que todo esté arreglado á los de-

signios de su eterna sabiduría. Además, hay en Dios una ley tan inmutable como él mismo, que le obliga á este rigor.

De aquí se sigue que el hombre prevaricador, siendo deudor á Dios, é incapaz de satisfacerle, debía perecer con toda su posteridad criminal, y una pérdida tan deplorable no podía repararse sin que el Criador, por un prodigio de su amor á la criatura, hiciese caer su venganza sobre una víctima digna de su justicia; y hé aquí los motivos de la rigurosa sentencia executada en Jesucristo.

No es pues, hermanos míos, una compasión solo superficial la que exige la Iglesia de nosotros en esta hora. Quiere que reconozcamos haber sido nosotros la causa de los trabajos y afrentosa muerte del Unigénito de Dios: quiere que animados de un vehemente dolor de haber ofendido á un *séx* supremo, digno

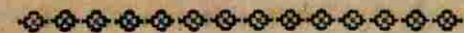
de ser infinitamente amado, expiemos nuestras culpas con lágrimas copiosas de verdadera penitencia: quiere no volvamos á ofenderle, renovando su crucifixión con nuevos crímenes, según el pensamiento de san Pablo: quiere en fin le acompañemos por el camino del Calvario, llevando cada uno su cruz con humildad, paciencia y amor, para asemejarnos á nuestro exemplar, sin cuya conformidad no podemos ser salvos. Este es el ánimo de esta esposa del cordero de Dios, que quita los pecados del mundo, cuando ofrece á los ojos de nuestra fe este Varón de dolores. Y conformándome yo con los piadosos sentimientos de esta augusta Madre, paso á exponeros con la posible brevedad la pasión y muerte del Unigénito de Dios hecho hombre.

¡Ó cruz admirable! Cátedra de nuestro Maestro, lecho de nuestro Esposo, tribunal de nuestro Juez, y

trono del Excelso : ¡ó cruz! en cuyos brazos hemos sido criados, y debemos morir : ¡ó cruz bendita! nuestro escudo durante la vida , nuestro refugio en la hora de la muerte, nuestro puerto en la eternidad : ¡ó cruz! mas resplandeciente que los astros; excelsa vara de Moisés , báculo del mejor Jacob , recibid , os rogamos , ¡ó adorable instrumento de nuestra salud! el homenaje debido con que la Iglesia os saluda: *ò cruz! ave spes unica &c.*

Passio Domini nostri Jesu Christi.

Despues que el mas hermoso &c.
Tomo VI. de mis sermones varios,
fol. 38 y sigg.



SERMON
DE LA RESURRECCION
DEL SALVADOR.

Surrexit. Marc. XVIII.

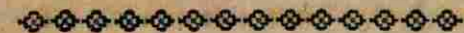
SEÑORES:

¡Qué dia de tanto placer para el cielo y para el mundo! para el cielo por el solemne triunfo de su Criador; para el mundo por la gloriosa resurreccion del Salvador del género humano. Este es el dia del Señor, en que debemos alegrarnos y regocijarnos todos, conforme á la expresion y espíritu de la Iglesia; dia

trono del Excelso : ¡ó cruz! en cuyos brazos hemos sido criados, y debemos morir : ¡ó cruz bendita! nuestro escudo durante la vida , nuestro refugio en la hora de la muerte, nuestro puerto en la eternidad : ¡ó cruz! mas resplandeciente que los astros; excelsa vara de Moisés , báculo del mejor Jacob , recibid , os rogamos , ¡ó adorable instrumento de nuestra salud! el homenaje debido con que la Iglesia os saluda: *ò cruz! ave spes unica &c.*

Passio Domini nostri Jesu Christi.

Despues que el mas hermoso &c.
Tomo VI. de mis sermones varios,
fol. 38 y sigg.



SERMON
DE LA RESURRECCION
DEL SALVADOR.

Surrexit. Marc. XVIII.

SEÑORES:

¡Qué dia de tanto placer para el cielo y para el mundo! para el cielo por el solemne triunfo de su Criador; para el mundo por la gloriosa resurreccion del Salvador del género humano. Este es el dia del Señor, en que debemos alegrarnos y regocijarnos todos, conforme á la expresion y espíritu de la Iglesia; dia

en que el cielo ha cumplido sus promesas ; en que han desaparecido las figuras y las sombras ; dia en que verificadas las profecías, se han cumplido los deseos de los patriarcas y profetas ; dia en que abolidos los sacrificios de la ley antigua , se ha establecido el de la ley de gracia, y un sacerdocio mas santo , con ceremonias mas nobles , sacramentos mas eficaces , templos mas augustos, leyes mas perfectas , gracias mas abundantes ; dia en que Jesucristo ha postrado por tierra á todos sus enemigos , y ha conquistado enteramente su reino ; dia en que satisfecha la justicia del Padre , y vengada su gloria , ha sido reconciliado el cielo con la tierra , borrado el terrible decreto de nuestra condenacion , y abiertas las puertas de la celestial Jerusalem , cerradas hasta este momento por la culpa.

¡Iglesia santa ! ¡Esposa casta del Cordero immaculado ! despójate del

luto , y adórnate con los vestidos de tu mayor gala , porque tu Esposo vive ya de nuevo , cargado de los despojos de todos sus enemigos. ¡ Ministros del Altísimo ! dexad vuestros cánticos lúgubres , porque el hombre Dios , á quien habeis adorado muerto y sepultado por la salud de su pueblo , ha resucitado ya por su propia virtud , para confirmar nuestra fe , solidar nuestra esperanza , y servirnos de fiel conductor para la vida eterna. ¡ Qué objeto de tanto consuelo , hermanos míos ! ¡ qué ideas tan magníficas , y tan dignas de ocupar vuestro espíritu ! bien quisiera tratarlas con toda la extension de que son susceptibles ; mas las circunstancias del dia no me lo permiten. Limitome pues por ahora á presentaros la resurreccion de Jesu. cristo , como un gage infalible de la resurreccion de nuestra carne á una vida inmortal , y como un perfecto modelo de nuestra resurrec-

cion espiritual; dos breves reflexiones que dividen la materia, dignas de esta cátedra, de vuestras atenciones, de mis débiles esfuerzos, y fin principal del ministerio apostólico. Pidamos las luces del Espíritu Santo por la poderosa mediación de su augusta esposa. Saludémosla con la Iglesia: *regina cæli lætare, alleluya, quia quem meruisti portare, alleluya, resurrexit sicut dixit, alleluya, ora pro nobis Deum, alleluya &c.*

Resurrexit &c.

Queriendo S. Pablo dar una prueba nada equívoca del dogma de la resurrección de la carne, habla en esta forma á los fieles de Corinto: *si se predica que Cristo resucitó de entre los muertos, ¿cómo afirman algunos entre vosotros, que no hay re-*

surrección de los muertos? Pues si no hay resurrección de los muertos, tampoco ha resucitado Jesucristo: y si Jesucristo no ha resucitado, es vana nuestra predicación, y también es vana vuestra fe....

Segun este racionio del Apóstol, dictado por el Espíritu Santo, se infiere necesariamente, que si Jesucristo (como es de fe) ha resucitado, resucitarán también todos los hombres. Por manera, que hay una relación y conexión esencial entre la resurrección de Jesucristo y la nuestra; porque Jesucristo es el primero de aquellos para quienes la muerte no es más que un sueño: *primitiæ dormientium*, como dice S. Pablo. Si es llamado el primero, ¿luego habrá otros despues? Para confirmarnos en esta verdad, sigue el Apóstol diciendo: *que por el hombre entró la muerte, y por el Hombre la resurrección de los muertos; pues así como en Adán mueren todos, así también serán todos vivificados en*
Tom. VIII. Cc

Cristo; pero cada uno en su orden. El primero es Jesucristo, y despues los que Cristo ha libertado; pues aunque hallamos en las escrituras algunos muertos resucitados por Dios antes que Jesucristo, estos solo fueron figuras suyas, ó como auspicios de la resurreccion universal, segun la expresion de Tertuliano: y todo lo que de aquí puede inferirse es, que si estos resucitaron, pueden resucitar otros muchos; mas Cristo es las primicias, y de su resurreccion se sigue la resurreccion universal necesariamente.

En efecto, el Salvador vino al mundo, dice S. Juan, para destruir las obras del demonio; esto es, el pecado y la muerte. Asi para conseguir una completa victoria de sus enemigos, no bastaba haber destruido el pecado con el precio infinito de su sangre: era necesario que triunfase tambien de la muerte, no solo de la suya propia, resucitándose á sí mis-

mo, sino de la muerte de todos los hombres, resucitándolos al fin del mundo, como se resucitó á sí mismo al tercero dia.

Oigamos á S. Agustin interpretar el pasage del Apóstol, para conocer la fuerza de su racionio. Acordaos, dice, que cuando Dios nos condenó á la muerte en castigo del primer pecado, añadió no obstante al punto, hablando con la serpiente que nos habia seducido: yo pondré una guerra abierta entre tu prole y el fruto de una muger; y este fruto, es decir, Jesucristo, quebrantará tu cabeza, y solo se extenderá tu poder á morderle el talon. Prediccion, añade este padre, que se cumplió á la letra; porque Jesucristo por medio de una muerte de solos tres dias, que fue la mordedura de la serpiente, adquirió el derecho de resucitar á una vida inmortal, en lo cual consiste el quebrantamiento de la cabeza de la serpiente; pues ella no pudo

impedir que el primero de los muertos, según la expresión del Apóstol, resucitase por sí mismo á una vida sempiterna, para ser el Reparador invencible del género humano, y el Gefe de sus escogidos, para ponerlos en posesion de la tierra prometida; esto es, del reino inmortal que les habia adquirido con su preciosa sangre. Jesucristo en efecto, concluye este padre, destruyó el poder de la serpiente infernal á beneficio nuestro: fue nuestra la guerra que sostuvo; venció para nosotros, y el fruto de su victoria fue la reparacion de nuestra felicidad. Es verdad que debemos morir, esta es la mordedura de la serpiente en el talon; mas esta es una muerte pasagera, porque venido el tiempo, debemos todos resucitar por la virtud de Jesucristo en nuestra propia carne, para recibir en cuerpo y alma el premio ó castigo correspondiente á nuestras obras. Es pues la resurreccion del Salvador un

gage infalible de la nuestra.

¿Y cómo resucitarémos, hermanos míos? Hé aqui el misterio que os propongo, dice S. Pablo á los corintios. Es cierto que todos resucitarémos: *omnes quidem resurgemus*; pero la suerte de todos no será una misma: *sed non omnes immutabimur*. Al primer eco de la trómpeta del juicio se reanimarán nuestros cuerpos, por deshechos y consumidos que se hallen: nuestra alma volverá á exercer en ellos sus funciones: volverémos todos á nueva vida, y á una vida inmortal: *omnes quidem resurgemus*. Pero no todos: temblad aqui, señores, y estremeceos, no todos entrarán en un estado glorioso de inmortalidad. Este será un privilegio exclusivo de los que hayan muerto en gracia de Dios; de los que fueren hallados conformes á la imágen de Jesucristo, en su humildad y mansedumbre, en su obediencia á las leyes inviolables de su Padre celestial;

en su amor á Dios, y caridad con sus hermanos; estos que han sido sus fieles imitadores, cargando diariamente con paciencia la cruz de su mortificación sobre sus hombros, serán transformados en Jesucristo, que *reformará el cuerpo de la humildad de ellos, asemejándole al de su propia claridad*, como dice S. Pablo.

Mas por lo que hace á vosotros, hombres mundanos, entregados á una vida sensual, á un perpetuo círculo de placeres, haciendo consistir en ellos toda vuestra felicidad; vosotros, esclavos miserables de la vanidad, de la envidia, del luxo, de la soberbia de la vida, de la ambición y de la meledicencia; vosotros, cristianos de pura ceremonia, que despreciáis al pobre, y al humilde, que aborrecéis el espíritu de penitencia y de mortificación, y que mirais con más horror la cruz del Salvador, que los filisteos la presencia del arca; vosotros resucitaréis, es de fe;

pero si morís en esta disposicion, lejos de ser transformados en la claridad de Jesucristo, sereis arrojados de su presencia, y entregados sin remision ni esperanza á las voracisimas llamas de un fuego eterno; porque está revelado, que solo los que le hubieren acompañado en su pasion y tribulaciones le harán compañía en su gloria, y que únicamente serán predestinados los que fueren hallados conformes á la imágen de Jesucristo, crucificados con Jesucristo, muertos con Jesucristo, sepultados con Jesucristo, para resucitar y ser glorificados con Jesucristo. Si aspirais pues á presentaros glorificados, y semejantes al Unigénito de Dios en el dia de vuestra general resurreccion, es necesario que os prepareis en tiempo por medio de una verdadera resurreccion espiritual, cuyo perfecto modelo hallarémos en la resurreccion de Jesucristo: segunda reflexion de este discurso. Seguidme atentos.

II. Muerto el hombre por la culpa á la vida de la gracia que recibió en el sacro bautismo, no puede aspirar á ser glorificado con Jesucristo en la eternidad, si en tiempo no es vivificado por la penitencia, cuya gracia debe obrar su resurreccion espiritual. Este sacramento es la segunda tabla, sin la cual no podemos recobrar la justicia perdida, ni obtener la salud eterna, que es el fin de nuestra peregrinacion. Para que sea pues verdadera esta espiritual resurreccion, ó por decirlo mas claro, para que sea fructuosa nuestra penitencia, es menester que se asemeje á la resurreccion de Jesucristo. Esta fue entera, verdadera, y para no volver á morir. Reflexionemos brevemente sobre estas calidades esenciales á nuestra penitencia ó resurreccion espiritual.

Jesucristo resucitó enteramente, ninguna parte de su cuerpo permaneció en el sepulcro, porque el Santo

de los santos no podia padecer corrupcion, como David se explica. El cristiano asimismo para conformarse á su original, debe resucitar totalmente, dice S. Buenaventura. Su resurreccion del pecado debe ser entera, porque no puede resucitar de una culpa mortal, sin resucitar juntamente de todas; por manera, que aunque se convierta al exercicio de las buenas obras, si no se aparta del ódio ó de cualquiera otro vicio, no ha resucitado aún, porque Dios á ninguno resucita sino enteramente; no digais pues, aborrezco el espíritu de venganza, la embriaguez, la soberbia y la avaricia; solo conservo la adhesion á la lascivia. Tú no has resucitado, dice este padre. En vano confesarás tus pecados, si exceptúas uno ú otro, porque el apóstol Santiago enseña, que el que observare toda la ley, faltando á un solo precepto, viene á ser reo de todos. Es pues necesario confesar todos los pe-

cados como estan en la conciencia, despues de un diligente exámen, para que la resurreccion espiritual sea entera, sin dexar en el alma corrupcion alguna.

Ademas, para tener conformidad con la resurreccion de Jesucristo, debe ser nuestra conversion á Dios sincera, ingénuá, verdadera, no fingida, fantástica ó imaginaria, como la de muchos cristianos que confiesan sus pecados por no ser notados de ímpios, por cumplir políticamente con el precepto en el tiempo prescrito por la Iglesia, por no ser tenidos por excomulgados públicos, y separados del comercio de los fieles. Jesucristo resucitó verdaderamente, como lo dixo, segun la expresion del evangelio; pero vosotros, permitidme que os lo diga, vosotros venis de ordinario al tribunal de la reconciliacion sin dolor, ni detestacion de la culpa, sin haber cumplido ninguna de las protestas que hicisteis

á los pies del confesor, sin haber dexado la ocasion de vuestra ruina espiritual, sin haber restituido la hacienda ó reputacion á vuestro hermano, sin perdonar las injurias, ni cesar de fomentar divisiones y discordias en el pueblo, y aun en el seno de vuestras familias; en una palabra, sin haber observado las promesas hechas á Jesucristo en persona de sus ministros. ¿Qué diré de vuestras resurrecciones? ¿Las llamaré verdaderas? ¿Tendrán conformidad con la resurreccion de Jesucristo? Ah! vosotros habeis mentido al Espíritu Santo, como Ananías y Saphira, y no sois menos reos que ellos de una muerte infeliz.

Finalmente, Cristo, dice el Apóstol, que *ha resucitado de entre los muertos, no muere ya, la muerte no volverá á dominarle*: y hé aqui una de las principales condiciones que debe hallarse en la resurreccion espiritual del pecador. Su propósito

de la enmienda debe ser tal, que esté resuelto en su interior á perder mil veces todas las cosas del mundo, y aun la propia vida, antes de ofender á su Dios; de suerte que pueda de corazon decir con el Apóstol: "ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni la violencia, ni lo alto, ni lo profundo, ni criatura alguna me podrá separar de la caridad de Dios, que es en Jesucristo nuestro Señor."

Cotejad, señores, esta resolucion de S. Pablo con vuestros propósitos de no volver á ofender á Dios, para conocer en cierto modo si habeis ó no resucitado con Jesucristo. No os engañeis, os ruego. Este perpetuo círculo del pecado á la confesion, de la confesion al mismo pecado; esta costumbre, este hábito vicioso, estas recaidas frecuentes en un mismo vicio; este volver continuamente á la culpa favorita, como el perro al vómito, ¿qué otra cosa significa que la falta

de resolucion, y de verdadero propósito de enmendar la vida? En esta hipótesi, ¿de qué os servirá la manifestacion de vuestros pecados, hecha sin la debida preparacion, sin dolor, sin horror á la culpa, y sin una resolucion firme de la enmienda? ¿Habeis resucitado con Jesucristo? resolved vosotros la cuestion. Yo de mi parte solo os digo con el Apóstol, que *Dios no será burlado*. No os contenteis pues con una penitencia de ceremonia, exterior puramente y fingida: aspirad por todos medios á una verdadera conversion, para resucitar con Jesucristo en integridad, en verdad, y para no volver á morir.

Y si habeis logrado la dicha de *resucitar con Cristo*, como os amonesta S. Pablo, *buscad en lo sucesivo las cosas del cielo*, sean ellas vuestra continua ocupacion, y no las de la tierra. Ya es hora que os levanteis del sueño de la culpa, y de aspirar por la penitencia á la luz de la gra-

cia, antes que os comprehendan las tinieblas. Levantaos pues los que dormís, y os iluminará Cristo.

Su resurreccion gloriosa de entre los muertos es el gage de nuestra resurreccion universal, y el objeto de toda nuestra esperanza. Apresuraos á resucitar en vida por medio de una verdadera conversion á Dios, despojaos del hombre viejo; es decir, del pecado, porque solo será salvo el que apartándose de la senda de los impios, marche hasta el fin de su carrera en una vida nueva, como se explica el Apóstol; y entonces os hallaréis dignos de celebrar la pascua, dice S. Ambrosio, cuando hagais tránsito verdadero de los vicios á las virtudes, de la muerte de la culpa á la vida de la gracia. Este es, señores, el fin de la venida de Cristo al mundo, el objeto de los sacramentos, el designio de la Iglesia cuando nos propone estos augustos misterios, y el blanco de mi predicacion.

Mis pecados tal vez la habrán hecho infructuosa; pero mi deseo de vuestra conversion ha sido sincero: perdonad mis defectos, pero apreciad los oráculos que os he comunicado como legado de Jesucristo, cuyo adorable Nombre sea ensalzado en los cielos y en la tierra. Amen. DIXE.

O. S. C. S. R. E.

*M. Fr. Sebastian Sanchez
Sobrino.*

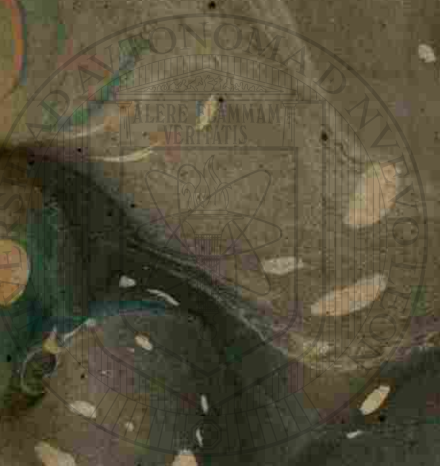
ÍNDICE

de los sermones que contiene este tomo.

Sermon de ceniza.	Pág. 1.
Sermon para el viernes de la Quincuagésima.	31.
Sermon para el domingo primero de cuaresma.	61.
Sermon para el viernes de la primera semana.	92.
Sermon para el domingo segundo.	123.
Sermon para el viernes de la segunda semana.	158.
Sermon para el domingo tercero.	187.
Sermon para el viernes de la tercera semana.	223.
Sermon para el domingo cuarto.	257.
Sermon para el viernes de la cuarta semana.	292.
Sermon para el domingo quinto.	323.
Sermon de Mandato.	359.
Salutacion de Pasion.	379.
Sermon de Resurreccion.	389.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CAPILLA ALFONSO DE BORBÓN BIBLIOTECA UN. UNIVERSITARIA

Roll 667 MICROFILMADO 10/5/83



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

